General Div. Davíd Padilla Arancibia

DECISIONES Y RECUERDOS DE UN GENERAL

LA PAZ – BOLIVIA

1982

El 8 de agosto de 1979 dejó la presidencia de Bolivia el General Div. David Padilla Arancibia. Su paso por el poder fue breve. Le tocó asumir una de las mayores responsabilidades en una República, con serenidad, espíritu de justicia y desprendimiento total de toda ambición.

Fueron inútiles los esfuerzos de quienes pretendían precipitarle en una prórroga presidencial. El General Padilla Arancibia había prometido al país, el 24 de noviembre de 1978 convocar a elecciones y entregar el poder a quien fuera elegido libremente por el pueblo. Debía sancionarse, lógicamente, en forma constitucional, su designación.

Sensiblemente, la ambición de los dirigentes políticos fue incontrolable. No vacilaron, una vez más, en engañar al pueblo con sus prédicas demagógicas. Así se impidió, voluntariamente o no, que se llegara a un estado de derecho.

Se amenazaba con las mayores violencias, "salir a las calles", si no se aceptaba el triunfo basado en el fraude. Se perseguía la imposición de causas que no constituían la fiel expresión de la voluntad popular.

Se había perdido tiempo, dinero y esperanzas de un futuro mejor con los comicios que se repetían uno tras otro. Se pretendía implantar una seudo-democracia, interesada solamente en la imposición de sistemas que hubiesen colocado al país junto a Cuba y, posteriormente, Nicaragua.

(Pasa a la solapa posterior)

DECISIONES Y RECUERDOS DE UN GENERAL

Gral. Div. DAVID PADILLA ARANCIBIA

DECISIONES Y RECUERDOS DE UN GENERAL

SEGUNDA EDICION

LA PAZ — BOLIVIA

1 9 8 2

Es propiedad del Autor.
Quedan reservados todos los derechos de acuerdo a Ley.
Registrado con D.L. 4-1-48-82.

Prohibida la reproducción:
Total o Parcial.

Empresa Editora "URQUIZO S. A." — La Paz.

Impreso en Bolivia — Printed in Bolivia

A mi padre,
a mi esposa,
a mis hijos.

I

En la vida de todo hombre hay un momento inolvidable y es aquel en que debe decidir su futuro, eligiendo una carrera. El 13 de diciembre de 1943, me incorporé al Colegio Militar juntamente con catorce postulantes de la ciudad de Sucre. De ese curso sólo egresaron, como Subtenientes, Manuel Dorado Flores, Misael Columba Vedia y el autor de estas notas.

A la hora de diana del 20 de diciembre de ese año, recibimos la orden de permanecer en cama hasta que se dispusiera lo contrario. Se había producido un golpe revolucionario en el que participaban el MNR y la RADEPA (Razón de Patria) contra el gobierno del General Enrique Peñaranda. Al ser derrocado, el ex-Comandante en Jefe del Ejército en la campaña del Chaco, asumió el mando de la nación el Mayor Gualberto Villarroel López.

A las once de la mañana se nos ordenó levantarnos de cama y preparar maletas, inmediatamente, para regresar a nuestros distritos. Minutos más tarde se

dio una contraorden dejando sin efecto la preparación de valijas. La situación se normalizó y continuaron las actividades en el Colegio Militar, de acuerdo con sus planes y programas.

Ese fue el primer golpe político que se produjo al iniciar mi carrera.

II

Llegó el 20 de noviembre de 1944. Después de once meses y algunos días como cadete del 1er. Curso General y juntamente con todos mis compañeros que conformábamos la 1a. Compañía de "mostrencos", fuimos movilizados hacia el cuartel de San Jorge. Llevábamos nuestras armas y correspondiente dotación de municiones para sofocar una revolución, cuyo centro principal era la ciudad de Oruro, donde algunos Jefes y Oficiales, acompañados de políticos y civiles, se levantaron en armas contra el gobierno del Mayor Villarroel.

Estuvimos algún tiempo en el cuartel, listos para embarcarnos pero se suspendió el viaje. Permanecimos en ese local solamente una noche para regresar luego, al Colegio Militar sin haber participado en ninguna acción.

Las consecuencias de este frustrado golpe fueron trágicas y sangrientas por la violenta represión que culminó con fusilamientos de militares y civiles, comprometidos en dicho movimiento. La historia registra

todos los detalles de esas jornadas de sangre y de luto que impresionaron profundamente al país y la opinión pública internacional.

El 13 de junio de 1946 se produjo un nuevo alzamiento civil militar contra el gobierno. Los revolucionarios se apoderaron de la Base Aérea de El Alto pero en una valerosa acción, de lealtad a las autoridades nacionales, el Comandante, Capitán Wálter Arce y sus Oficiales retomaron la Base, produciéndose inevitablemente algunas bajas. Los hermanos Ballivián y Raúl Zavala cayeron abatidos por las fuerzas militares. En la ciudad, en una escaramuza producida en la calle Armentia, murió el Coronel Carlos Lopera, otro participante en el golpe. Entretanto, un aviador rebelde lanzó una bomba sobre el Palacio Legislativo que, felizmente, no explotó.

El Batallón de Cadetes, desde ese momento hasta el luctuoso 21 de julio, se mantuvo en permanente estado de apronte. Podía actuar, en cualquier momento, de acuerdo con las órdenes del caso. Al mismo tiempo se aplicaron estrictas medidas de vigilancia y seguridad dentro del Colegio Militar.

Comandaba el Instituto, el Coronel Humberto Torres Ortíz quien fue cambiado de destino, ese mismo día. Quedó como Comandante accidental el Mayor René Gonzalez Torres.

El tiempo siguió su marcha y así llegó el domingo 21 de julio de 1946. Se habían producido varias tentativas para derrocar a Villarroel. El país vivía en un estado de intranquilidad y angustia. Todo hacía pre-

sumir que la nación se hallaba en vísperas de grandes acontecimientos.

Ese 21 de julio fue el último día del gobernante militar. Villarroel cayó víctima de la traición de sus propios camaradas y, sobre todo, de sus amigos y compadres. En esta acción participaron también dirigentes políticos que encabezaban grupos sediciosos compuestos por estudiantes, trabajadores fabriles y otros elementos. Cabe destacar, para dejar constancia en la historia, que los coroneles Arturo Armijo y Marcelino Montero, que comandaban las unidades más fuertes de la guarnición de La Paz, fueron quienes iniciaron el movimiento traidor y desleal contra el que les había encumbrado y protegido. En 1949, al iniciarse la Guerra Civil el entonces Tcnl. Marcelino Montero, fue asesinado en el Cuartel de Riberalta por un sastre llamado Aquilino. Se supone, tal vez, como acto de venganza por la actitud de este Jefe en las acciones de julio de 1946.

El presidente-mártir Gualberto Villarroel murió por sus ideales en el puesto del deber como un verdadero militar y hombre de honor. En el supremo sacrificio estuvo acompañado por sus colaboradores más íntimos y cercanos: su Edecán, Capitán Waldo Ballivián, su Secretario Privado Luis Uría de la Oliva, el Mayor Max Toledo que ocupaba la Dirección de Tránsito, Roberto Hinojosa y otros. Dieron, con su inmolación, un ejemplo de ilimitada lealtad hacia su mandatario.

Una actitud que merece ser destacada fue la del Batallón de cadetes, al mando del Mayor René Gon-

zalez Torres, quien se hallaba decidido a defender su Colegio Militar con los jóvenes cadetes a su mando, aún con el sacrificio de sus propias vidas. Se tomó esta decisión en vista de los rumores de un ataque de los revolucionarios contra el Instituto. Felizmente, esto no sucedió.

Los cadetes acordamos no permitir que el Comandante accidental de nuestro Colegio fuera detenido. Lo custodiamos dándole las seguridades necesarias hasta que se calmaran los ánimos y disminuyera la euforia revolucionaria. Posteriormente, se hizo el relevo en un ambiente de serenidad y respeto. El Mayor Gabriel Arze Gallinate se hizo cargo del Batallón de Cadetes y el General Julio Viera fue nombrado Comandante del Colegio Militar.

III

Desde la caída de Villarroel, la Institución armada vivió en un período crítico. El odio, la calumnia y el afán de desprestigiar y aniquilar a las Fuerzas Armadas, que animaba a los políticos complicados en el colgamiento del Presidente-mártir, fueron las características de ese período. Hay que añadir a eso, la actitud innoble, desleal y cobarde de varios Jefes y Oficiales que se comprometieron con los enemigos de la Institución castrense.

Un día de esos, llegó intempestivamente una orden al Colegio Militar, para adelantar las vacaciones finales en los últimos días del mes de agosto. Se to-

mó esta decisión, seguramente, por la situación en que se encontraba el país. De esta manera, los cadetes tuvimos el descanso más prolongado que se alargó desde los primeros días de septiembre de 1946 hasta la primera quincena de enero de 1947.

Durante los años 1947-48 se cumplieron los planes, tanto de estudios como de instrucción militar, en forma normal. Al finalizar noviembre fui destinado, juntamente con los Sub-brigadieres David Zambrana Covarrubias, Cimar Echazú Aguirre y Juan de la Cruz Monje Pinedo, a la Escuela Central Técnica de Viacha. Allí debíamos tener un período de práctica de mando.

Los otros 26 Brigadieres y Sub-brigadieres de mi tanda recibieron destinos en unidades de la guarnición de La Paz y otras del altiplano. En la Orden General del Ejército de diciembre de 1948, fuimos ascendidos al grado de Subteniente los treinta que pertenecían a mi Curso.

La ceremonia de egreso, tan llena de emociones y recuerdos para los que reciben su primera estrella y el sable de la patria, se llevó a cabo solemnemente el 3 de febrero de 1949.

La relación nominal de los egresados, como Subtenientes, es la siguiente:

1. Walter Mariscal Villegas (†)
2. Julio Zelada Dávalos (†)
3. Guido García Ossio (†)
4. Hugo Bretel Barba
5. Erlan Roca Sensano

6. Enrique Tejada Rivas
7. Guillermo Jiménez Gallo
8. Manuel Dorado Flores
9. David Padilla Arancibia
10. José Luis Espada Velásquez
11. Mario Antezana Antezana
12. David Zambrana Covarrubias
13. Luis Pedriel Peña (†)
14. Oscar Larrain Frontanilla
15. Humberto Pinto Saavedra (†)
16. Luis Morales Calderón
17. Miguel Ayoroa Montaño
18. Gustavo Melgar Guerrero
19. Hugo Rocha Patiño
20. Víctor Aguilar Dorado
21. Cimar Echazú Aguirre
22. Oscar Peralta Soruco (†)
23. Hugo Badani Montaño
24. Adelio Peñaranda Blanco
25. Misael Columba Vedia
26. Augusto Calderón Miranda
27. Jorge Guzmán Avila
28. Andrés Pantoja Rojas
29. Raúl de la Quintana Tapia (†)
30. Juan de la Cruz Monje Pinedo

De acuerdo con la Orden General de destinos, los Subtenientes Gustavo Melgar Guerrero, Juan de la Cruz Monje Pinedo y el autor, fuimos destinados al Arsenal Central de las Fuerzas Armadas, como Oficiales Instructores, Comandantes de Sección en la Compañía de Seguridad de esa repartición. Estuvimos,

primeramente, bajo el mando del Teniente José Medrano; después, a las órdenes del Teniente Abel Gutiérrez Escalier (muerto en la revolución de 1952) y finalmente, nos comandó el Teniente Federico Bravo Rodríguez. El Coronel Luis Velarde, el Teniente Coronel Orlando Gutiérrez y el General Felipe N. Vizcarra, fueron nuestros Comandantes en el Arsenal.

IV

Nos animaba el mayor entusiasmo en el desarrollo de nuestras actividades, caracterizadas por la responsabilidad y disciplina. Poníamos en práctica todo cuanto habíamos aprendido en el Colegio Militar y no había la menor vacilación en el cumplimiento de nuestros deberes. Pensábamos, únicamente, en honrar el uniforme de la patria y cumplir el juramento que prestamos al egresar del primer Instituto Militar de formación profesional.

A mediados de junio de 1949, en forma sorpresiva, el Subte. Monje nos hizo saber, a Melgar y a mí, que Flavio Luizaga Schmidt, ex-oficial y en situación de baja por sus actividades políticas, deseaba conversar con nosotros para plantearnos un problema institucional. Después de breve análisis, los tres resolvimos entrevistarnos. El encuentro se realizó al anochecer de un día del mes de junio en la plaza Antofagasta, situada delante del Arsenal.

Luizaga llegó totalmente camuflado y mal vestido. Comenzamos la conversación después de un sa-

ludo cordial y breve preámbulo. El ex-oficial nos planteó, de inmediato, la necesidad de apoyar y luego adherirnos a un vasto plan subversivo contra el gobierno de Mamerto Urriolagoitia y, sobre todo, contra la camarilla militar que se había entronizado.

Nos manifestó que gran parte del Ejército estaba de acuerdo con esta acción ya que él, personalmente, recorrió las guarniciones del interior del país donde tuvo oportunidad de conversar con gran parte de la Oficialidad. Nos expresó que había unanimidad para respaldar un movimiento revolucionario en el cual participarían, asimismo, miembros del MNR.

Los planteamientos de Luizaga y la forma en que hacía su presentación, nos dejaron sumamente preocupados. La proposición fue rechazada inicialmente porque en nuestra situación de Oficiales jóvenes, veíamos conveniente no inmiscuirnos en esa clase de actividades. De tal manera, los tres quedamos muy sorprendidos y luego de un intercambio de opiniones, pedimos a Luizaga que no nos tomara en cuenta porque nuestra carrera tenía apenas seis meses de antigüedad.

Le reiteramos que nosotros sólo pensábamos en cumplir con nuestras obligaciones como militares. Luizaga insistió con una serie de argumentos. Al despedirse, nos pidió que pensáramos serenamente sobre su proposición ya que la acción subversiva beneficiaría al país y a las Fuerzas Armadas. La participación del pueblo con el Ejército sería la solución más adecuada, expresó. Al retirarse manifestó que volvería, más o menos a fines de julio, para reanudar la conversación.

Luizaga no volvió a buscarnos, al menos a Melgar y a mí. Una vez solos los tres, luego de analizar su proposición y sopesar los pro y contras de su plan, decidimos no participar en semejantes trajines y dedicarnos sólo a nuestra profesión y nada más. En la conversación surgió una débil opinión de Monje en sentido de "llevarle el apunte" a Luizaga para investigar, a fondo, el asunto y saber quiénes estarían comprometidos en su plan. Terminantemente le dijimos a Monje que si él quería, por su cuenta y riesgo, podía atender las insinuaciones y propuestas de Luizaga. Nos respondió que vería lo más conveniente.

Con esta breve interrupción, si puede llamarse así, proseguimos con las actividades normales, dedicados por completo a la instrucción de los soldados puestos bajo nuestra responsabilidad. No dejábamos de pensar, por supuesto, en lo que podría ocurrir a la Patria y la institución armada con esta subversión en marcha.

Reconozco ahora que nuestro deber y obligación era informar a nuestro Comandante sobre la proposición de Luizaga. No lo hicimos y pienso que ese fue nuestro pecado ya que las consecuencias resultaron muy dolorosas para el país, el Ejército y para nosotros mismos que resultamos seriamente perjudicados en lo personal.

V

A medida que pasaban los días, una sospecha empezó a preocuparnos. De tarde en tarde, cuando los tres estábamos dedicados a la instrucción militar, llegaba un estafeta del Ejército, en motocicleta. Era de la II Sección y venía en busca de Monje para llevarle al Cuartel de Miraflores. Nuestra curiosidad fue creciendo hasta que emplazamos a Monje para que nos informara sobre el motivo de tantas llamadas. Nos respondió, con la mayor tranquilidad, que dicha Sección le requería para que diera una explicación sobre un incidente que dijo haber tenido con Oficiales de Carabineros en un lugar público.

Nuestra preocupación no se disipó totalmente y seguíamos dudando sobre ciertas actitudes de Monje, especialmente yo. Pasaban los días dentro de una aparente normalidad. Continuaban las actitudes extrañas, de ese camarada, que no estaban acordes con nuestro comportamiento como Oficiales jóvenes. Llegaba con cierto atraso en las horas de instrucción. Pedía permiso telefónicamente con una serie de pretextos, entre ellos, enfermedad. Otra cosa que nos llamaba grandemente la atención era que siempre disponía de más dinero que nosotros y vestía mejor.

Algunas veces, cuando descansábamos, nos comunicaba breves noticias referentes a reuniones políticas. Esto siguió preocupándonos pese a que nunca concretaba detalles. La búsqueda por estafetas disminuyó, seguramente porque Monje hizo conocer nuestra extrañeza, a quienes lo utilizaban en un servicio

de contrainformación a fin de darse cuenta de nuestras inquietudes y sospechas sobre lo que estaba haciendo.

El mes de julio pasó sin mayores novedades pero Luizaga ya no se presentó más. Ingresamos a agosto y un buen día, nuestro camarada Melgar, apareció uniformado luciendo los vivos de caballería. Esta arma le apasionaba pero egresó del Colegio Militar como Oficial de Infantería. Tuvo serios problemas con el Comandante de Ejército por esta arbitrariedad. Lo cambiaron de destino, a una unidad de infantería en el altiplano, pero no alcanzó a incorporarse. De este modo, Monje y yo quedamos como únicos instructores en la Compañía.

Solos, los dos, en cierta ocasión Monje me manifestó que había asistido, por curiosidad, a una reunión política en la que participó el Dr. Hernán Siles Zuazo. En oportunidad posterior, me invitó para intervenir en otra de esas reuniones donde, según me dijo, nuevamente estaría dicho político y algunos dirigentes movimientistas.

Por seguirle la corriente y para descubrir algo más de sus actividades, acepté ir a esa reunión pero, finalmente, no fui. Al día siguiente, me dijo muy sorprendido, que él había estado presente habiéndose tratado algunos puntos relacionados con los planes subversivos. Agregó que tampoco él volvería en otra porque no quería comprometerse.

En la primera quincena de agosto de 1949, me lesioné en un partido de fútbol. Estuve sometido a cu-

ración y reposo hasta el 23, aproximadamente. Me dieron de alta y regresé al Arsenal. Monje no volvió a decirme nada de las reuniones. Melgar estaba desvinculado de nosotros pero sabíamos que se paseaba por las calles de la ciudad sin incorporarse a su nuevo destino. Parecía buscar un pretexto para ser dado de baja porque ese era su deseo si no lo pasaban al arma de caballería.

De este modo, para el servicio de guardia, quedábamos Monje y yo, con turnos cada 24 horas. A esta altura quiero destacar que mi actitud de indiferencia ante las insinuaciones de Monje, para asistir a reuniones políticas, ocasionó un cambio en su conducta y amistad hacia mi persona.

Así llegó el 27 de agosto cuando a horas 12.00 me hice cargo de la guardia del Arsenal en cumplimiento del Orden del Día. A las 14.30 llegó, intempestivamente el Coronel David Terrazas Villegas, Jefe del Estado Mayor General. Como Comandante de Guardia me dispuse a rendirle los honores de reglamento.

—Deje no más, expresó. Seguidamente, con mirada penetrante y tono seco, me dijo:

—¿Usted es Padilla?

—Sí, mi Coronel, repuse. Luego Terrazas ingresó apresuradamente al despacho del Comandante del Arsenal, General Viscarra.

Esta actitud del Jefe de E.M.G. me sorprendió sobremanera. Desde ese instante me puse a pensar en que algo anormal iba a ocurrir y que el Alto Mando

Militar tenía conocimiento de algún plan o la inminencia de un hecho subversivo. Pasé el resto de la tarde impartiendo instrucción de orden cerrado a la Compañía de Seguridad pero continuaba mi preocupación.

A horas 19.00 ingresó, en forma sorpresiva, el entonces General Víctor Criales, Comandante de la Región Militar. Vestía traje de campaña y se disponía a guardar su automóvil. Me acerqué para darle el parte respectivo pero Criales me miró sin decirme nada. Salió rápidamente del Arsenal para embarcarse en otro vehículo.

Su actitud me intranquilizó mucho más y mi inquietud, por descubrir algo, iba en aumento. Llamé por teléfono a la casa de Monje y como no se encontraba allí, dejé el encargo de que me llamara de inmediato. No lo hizo seguramente porque estaba cumpliendo la misión encomendada por la Sección II del Ejército para hacer abortar el movimiento subversivo en el que lo habían infiltrado.

Es así que se confirmaron mis sospechas sobre las actividades de Monje, realizadas a espaldas de sus camaradas y, en este caso particular, al margen mío y de Melgar. Se prestaba para jugar un papel desleal e indecoroso que, a la postre, le causó serios problemas en su vida como militar y como ciudadano, ya que actualmente sólo ostenta el grado de Teniente Coronel pero antes debió sufrir todos los efectos de su ruindad que le sitúa como uno de los militares nefastos que, por dádivas y sin pensar en su futuro, se presta a organizar un papel tan condenable.

Más o menos a las 21.00 horas de ese 27 de agosto, cuando los soldados descansaban en sus dormitorios y estando dedicado a poner al día el Libro de Novedades, llegó presuroso el Cabo de Guardia para informarme que en la puerta se encontraba el Coronel Terrazas quien ordenaba dejarlo pasar.

De inmediato fui con las llaves a fin de cerciorarme de la presencia del alto jefe militar. Constaté que era él y le franquée la entrada. Observé dos jeeps estacionados en la calle. Pasamos a la Prevención con el Coronel Terrazas y su ayudante, Teniente Hugo García. Ya dentro de la Prevención me hizo algunas preguntas.

—Bueno, mi Teniente, ¿qué disposiciones ha tomado para esta noche? Se refería a los puestos de centinelas y dotación de munición.

Le respondí, serenamente: En cuanto a lo primero, "los de costumbre: un centinela fijo en la puerta principal y otro móvil dentro del callejón del Arsenal. En lo referente a la dotación de munición, cinco cartuchos por cada centinela".

—Muy bien, me dijo. De inmediato ordenó que preparara la entrega de mi cargo de Comandante de Guardia, alistando el Libro de Novedades, las llaves y el armamento de la Prevención.

Cuando al cabo de pocos instantes le expresé que todo estaba listo, llamó al Subte. Samuel Gallardo Lozada a quien entregué la guardia. La aparición de este Oficial fue una sorpresa para mí. Terrazas le dio al-

gunas instrucciones en voz baja. Me ordenó salir del Arsenal para embarcarme en el segundo jeep en el que se encontraba el Teniente Juan Ayoroa, otro ayudante del Jefe de E.M.G.

Iniciamos la marcha en los dos vehículos y llegamos a las puertas del Palacio de Gobierno. Allí se quedó Terrazas quien ordenó a Ayoroa que prosiguiera hasta el Gran Cuartel General, con destino a la Sección II. En el trayecto pregunté al Ayudante Ayoroa el motivo de mi relevo como Comandante de Guardia. Me respondió que era solamente para prestar un leve informe en esa Sección.

Me dejó en dicha repartición donde fui recibido por los Capitanes Carlos Sánchez Chumacero (muerto en Cochabamba el año 1953 cuando participó en un golpe subversivo de Falange Socialista Boliviana contra el Gobierno) y Gustavo Ramírez Canseco, ambos chuquisaqueños y amigos míos.

Después de permanecer algunos minutos con dichos Oficiales, sin preguntas ni explicaciones, aumentaba la preocupación por mi situación. Pregunté cuál era la causa que motivaba mi presencia en esa oficina. Me dijeron que debía esperar al Coronel Edgar Ruck Uriburu, Jefe de la Sección II, quien había ordenado mi detención.

Apenas llegó dicho Jefe, dispuso mi encierro en una habitación desocupada, situada al fondo de la Sección II. Ordenó que se me pusiera un centinela a la vista.

Desde mi encierro podía advertir un intenso movimiento de vehículos dentro del Cuartel General. Las llamadas telefónicas eran constantes lo que daba la impresión de una grave anormalidad.

Más o menos a las 00.30, el Coronel Ruck Uriburu abrió en forma violenta la puerta de la habitación donde me encontraba. Me increpó a voz en cuello, diciéndome más o menos lo siguiente:

—¿Qué es lo que iba a hacer Ud. so carajo? Por su culpa y de otros militares comprometidos y los movimientistas, hay un sinnúmero de muertos en Oruro, en Santa Cruz y aquí en La Paz, en la toma del Ministerio de Defensa. ¿Quiénes son los comprometidos? Hable o va a ver lo que le pasa.

Como yo no tenía conocimiento alguno de la subversión, le respondí que no sabía quiénes estaban comprometidos ya que como Oficial joven no participaba en esa clase de trajines, dedicándome íntegramente a mi profesión.

Ruck Uriburu continuó:

—Volveré dentro de un momento y vaya pensando para que me cuente todo cuanto conozca y sepa de la revolución.

Al hacerme esta advertencia, me dio cigarrillos y fósforos. Ruck Uriburu no volvió a verme. Estuve encerrado hasta las 8.30 del día siguiente. Luego se ordenó mi salida a la Secretaría de la Sección II donde los capitanes Ramírez y Sánchez me invitaron desayuno.

A las 11.00 de la mañana se me hizo el primer interrogatorio en la Sección I. El General Antonio Seleme y su Secretario Antonio Mattos me formularon preguntas relacionadas con la revolución que había estallado, principalmente en las ciudades de Santa Cruz y Cochabamba. Como era evidente, no tenía la menor información del hecho de modo que todas mis respuestas fueron negativas.

Mis declaraciones no agradaron a los interrogadores pero tampoco insistieron en sus preguntas. Advertí que se conformaban con cuanto había dicho acerca de la única oportunidad en que conversamos con Luizaga en compañía de los Subtes. Monje Pinedo y Melgar. Reiteré que no conocía los nombres de los cabecillas y menos aún de los camaradas comprometidos en esa acción.

Grande fue mi sorpresa cuando en el diario "La Razón" y en forma casual leí los grandes titulares donde se anunciaba el estallido de la revolución y que en la toma del Ministerio de Defensa había caído gravemente herido el Subte. Monje Pinedo, internado enseguida en el Hospital Militar. La verdad de todo esto era que Monje Pinedo hizo abortar la revolución, por lo menos en La Paz. Posteriormente comprobé que las heridas y fracturas de las que se "reponía" Monje Pinedo formaban parte del plan de mentiras y simulaciones de este Oficial con sus camaradas. Cumplió la misión asignada por quienes le utilizaron dándole toda clase de prebendas, apoyo y medios para servir de agente secreto de la Sección II e infiltrarse en el complot, que degeneró posteriormente en la Guerra Civil,

como se la llamó en todo el país. Así, de esta manera, el organismo militar utilizó a un joven oficial para descubrir un plan subversivo en el que los principales cabecillas pertenecían al MNR.

VI

En la tarde de ese mismo día, luego de unas horas de relativa libertad, fui conducido por el entonces Teniente Joaquín Loaiza Rivero como detenido a las dependencias donde actualmente funciona la Misión Militar Norteamericana. Al ingresar a una habitación, fue grande mi sorpresa, pues encontré a varios Oficiales que habían sido apresados en el curso de la mañana. Eran los Tenientes Luis Michel Rocha, Gregorio Vega Navia, Jorge Vera de la Viña, Humberto Rocha Urquieta, Gastón Serapio Peña y Lillo; los Suboficiales Zuna y Maldonado. Al siguiente día, llegó también, como detenido, el Subte. Gustavo Melgar Guerrero, a quien me referí anteriormente.

Después de dos días de permanencia en ese recinto, se nos condujo al Panóptico Nacional en dos vehículos de la Policía. Ingresamos a la Penitenciaría en horas de la noche. Se nos condujo a una sala contigua a las dependencias de la Sección Mujeres.

Recuerdo que a la media noche llegaron del Oriente, en calidad de detenidos, los pilotos del Lloyd Aéreo Boliviano, Mario del Granado y Zoilo Flores, además de otros Oficiales, entre ellos el Coronel Hinzler

Hinze, Capitán Angel Ortuste y otros más. A medida que pasaban los días, aumentaba el número de presos civiles y militares, traídos principalmente de Santa Cruz, Cochabamba, Sucre y Potosí.

Después de una permanencia de dos días en esa sección, nuestros carceleros nos condujeron a la Sección Guanay. En la celda Nº 1 estuvimos el Teniente Gregorio Vega Navia, el Subte. Melgar y yo. Los demás fueron distribuidos en distintas celdas.

Durante todo el mes de septiembre permanecimos encerrados en esa celda y, por supuesto, pendientes de los acontecimientos que se desarrollaban en el interior del país, como consecuencia de la Guerra Civil. Se nos custodiaba en forma estricta con algunos minutos libres, en la mañana y en la noche, para atender nuestras necesidades corporales. Durante este encierro pudimos comprobar, en carne propia, los incomparables beneficios de la libertad. A medida que pasaban los días era mayor la nostalgia de sentirnos libres.

Se nos retiraba de la celda a media noche a fin de ampliar nuestras declaraciones en una sala del penal. El encargado de recibir estas informaciones era el Juez Militar Mayor Luis Ramos Arce. Durante todo el mes de septiembre, las celdas de la Sección Guanay se llenaron, prácticamente, con Jefes y Oficiales, llegando en cierto momento a 150 presos. A medida que prestábamos nuestras declaraciones y se probaba la conducta de los menos comprometidos, se hacía el cambio de las celdas a un dormitorio común.

En una situación tan difícil en la vida del hombre, cuando se le priva de libertad, muchas veces injustamente, se acrecientan los valores humanos. Se hace más firme la solidaridad humana y se practica, sin reservas, la ayuda mutua a fin de resolver necesidades y liquidar situaciones apremiantes.

A fines de octubre, seguramente debido a la evaluación hecha en base de nuestras declaraciones, se dispuso que saliéramos del Panóptico Nacional. Algunos Jefes y Oficiales fuimos trasladados, siempre en condición de detenidos, a la Escuela Militar de Ingeniería situada en la avenida Arce. Indudablemente ya se respiraban ciertos aires de libertad dentro de ese Instituto, donde la vigilancia estaba a cargo de camaradas del Ejército.

Luego se nos trasladó a las dependencias del Estado Mayor General ubicadas, en esa época, en la calle Campero. Al cabo de dos días pasamos al local donde actualmente funciona el Centro General de Mantenimiento de la calle Pisagua. Allí estuvieron concentrados, materialmente, todos los Jefes y Oficiales, muchos de los cuales participaron en forma directa y activa, al mando de sus tropas, contra el gobierno de Mamerto Urriolagoitia, particularmente en Santa Cruz, Sucre, Cochabamba y Potosí.

En cambio otros fuimos detenidos solamente por sospechas y calumnias. De todos modos, justos y pecadores, soportamos un encierro de tres meses. En este último recinto, nuestra permanencia se hizo más llevadera porque disponíamos, al menos, de un patio

para desarrollar actividades deportivas. Se nos permitía escuchar noticias por radio y leer todos los diarios, aspecto sumamente importante para la vida de quienes están privados de libertad.

En este local, es donde la amistad entre Jefes y Oficiales se hizo cada vez más estrecha. Pudimos probar así que teníamos los mismos ideales. Allí nació recién nuestra oposición y odio hacia el régimen que imperaba, en esos momentos, en Bolivia. En la Presidencia se encontraba Mamerto Urriolagoitia, apoyado por los mandos militares de esa época y, sobre todo, por los Comandantes de unidades que marcharon a las zonas convulsionadas para combatir contra sus camaradas comprometidos en una Guerra Civil para tratar de cambiar la vida política de Bolivia, cuyos principales sostenedores en ese tiempo y verdaderos dueños de la situación eran los llamados Barones del Estaño.

En este mi primer año de Subteniente, pude advertir ya que la decantada unidad de las Fuerzas Armadas era una mentira y un amargo engaño. La institución se encontraba notablemente dividida en sectores. Lamentablemente esto viene sucediendo a través de los años de la vida institucional del país. De manera que quienes pregonaron y pregonan la unidad monolítica de las Fuerzas Armadas, están equivocados y no tienen el suficiente valor civil para confesar la verdad.

VII

En los primeros días de diciembre tuve una sorpresa e indudablemente una gran alegría al recibir un Memorandum por el cual se me señalaba un destino. Lógicamente significaba que estaba sobreseído.

Debía incorporarme al Regimiento Rocha 10 de Infantería con asiento en Mutún. Muchos otros Jefes y Oficiales recibieron también las respectivas órdenes. En su mayor parte fueron destinados a unidades fronterizas. Algunos continuaron detenidos sufriendo sanciones de distinto orden.

Al Regimiento Rocha fueron destinados, por las mismas razones, los siguientes Oficiales: Teniente Walter Rodríguez Michel, Teniente Mariano Nagashiro Chapi; Subte. Hernán Terrazas Céspedes (estos dos últimos combatieron en Incahuasi en las filas de los rebeldes). Por sospechosos se destinó, a la misma unidad, a los Tcnls. Orlando Gutiérrez Landívar, Alcides Sapiencia y los Subtes. Julián Céspedes Rivera y Luis de Ugarte Torrico.

Grande fue mi sorpresa, cuando iniciaba mis trámites de bagajes y viáticos en la Contraloría General de la República, encontrarme haciendo las mismas gestiones con el Subte. Juan de la Cruz Monje Pinedo. Había recibido igual destino que yo.

De acuerdo con los hechos relatados anteriormente, en ese encuentro casual no tuve más remedio que reaccionar como ser humano y camarada. Le perdoné por los graves errores que había cometido, como ami-

go y militar. Proseguimos juntos la tramitación necesaria olvidando cuanto había sucedido, poco tiempo antes, para marchar juntos a nuestros nuevos destinos.

Más o menos el 15 de diciembre llegamos a Puerto Suárez donde nos recibió el Subte. Carlos Ibáñez Mendoza, Secretario-cajero de la unidad. De manos del My. Angel Costas Menacho recibimos las órdenes respectivas, destinándose al Subte. Juan de la Cruz Monje a Mutún y a mi, como Comandante del fortín San Juan. El 18 de ese mes me encontré en mi destino con el teniente David Lafuente Soto y el Subte. Luis Ugarte Torrico, a quienes los relevé.

En octubre de 1950, el Regimiento Rocha cambió de sede siendo trasladado a Roboré. Allí permanecí por espacio de varios años. En el curso de 1951, el Regimiento permaneció en dicha guarnición donde los trabajos de instrucción y territoriales se desarrollaron normalmente bajo el comando del Cnl. Manuel Vaca Roca.

VIII

En este año se produjeron, en el país, dos acontecimientos que merecen ser destacados porque afectaron fuertemente a la institución. Se realizaron las elecciones generales para designar al Presidente, Vicepresidente y congresales. En esa oportunidad, el candidato del MNR era el Dr. Víctor Paz Estenssoro y el candidato oficial D. Gabriel Gosálvez. Este político, pese al apoyo oficial y contar con todos los medios por

su condición oficialista, perdió frente al jefe movimientista. El MNR iba a llegar al poder mediante el voto popular y no con una revolución.

Es de hacer notar que en estas elecciones participaron seis candidatos pero ninguno de ellos obtuvo la mayoría de ley. Por consiguiente, le tocaba al Congreso decidir quién asumiría la presidencia. Gosálvez no quiso someterse a la decisión parlamentaria pese a que su partido, PURS, contaba con una fuerte mayoría. Los tres candidatos eran Paz Estenssoro, Gosálvez y el General Bernardino Bilbao Rioja. El Congreso no alcanzó a tomar decisión alguna.

El triunfo del MNR indujo al gobierno de Urriolagoitia a entregar el mando supremo de la nación a las Fuerzas Armadas. La presencia del movimientismo en el gobierno, según el mandatario, sus ministros y miembros del Alto Mando Militar, era un peligro porque a través del MNR se entronizaría el comunismo internacional. Este fue el pretexto esgrimido por el régimen y en vez de que Urriolagoitia resistiera la acción del partido considerado vencedor, pero aún sin sanción parlamentaria, prefirió deshacerse de tal responsabilidad. Por intermedio del Comandante en Jefe de ese tiempo, General Ovidio Quiroga, se designó el nuevo presidente y su gabinete como si se tratara de una Orden General de destino.

El mandatario elegido por el Comando fue el General Hugo Ballivián Rojas y al singular acontecimiento se le llamó "el mamertazo". Urriolagoitia abandonó

el Palacio de Gobierno y salió al exterior como "agente confidencial".

Seguramente, para mostrar a la opinión pública que las FF.AA. en su totalidad estaban de acuerdo con esa decisión del gobierno, se nos consultó y fue nuestro Comandante de Regimiento, Cnl. Manuel Vaca Roca, quien nos informó en reunión de Oficiales que, por instrucciones de la superioridad, debía prestarse juramento de lealtad al nuevo Gobierno. Así lo hicimos dominados por un sentido de conformidad por lo que pasaba con los destinos de la patria. Por supuesto, una vez más quedó mellado el prestigio de la institución militar.

Esta es otra prueba de lo ocurrido en otras épocas cuando las Fuerzas Armadas fueron conducidas al sometimiento de las nuevas autoridades, sin pensar —posiblemente— en las futuras reacciones de un pueblo silencioso y estoico que esperaría, el momento oportuno, para actuar en defensa de las instituciones.

¿Cuál fue el resultado de la maniobra política de Urriolagoitia estimulada por la ingenuidad o ambición personal de los Altos Mandos de esa época? La historia registra el alzamiento popular más sangriento que alcanzó éxito pues se reclamaba por los derechos adquiridos en elecciones, escamoteados por el gobierno. En vez de una transición pacífica se tuvo una toma del poder por la fuerza, con la revolución del 9 de abril de 1952.

IX

A fines de marzo de 1952 fui destinado al Regimiento Pérez 3 de Infantería con asiento en Corocoro. Como Oficial cumplidor de su deber me incorporé el 7 de abril. Antes de relatar lo que sucedió en esta nueva unidad, para intervenir en defensa del gobierno, quiero hacer conocer un encuentro casual, en esos días, con el entonces Teniente Walter Rodríguez Michel, destinado en la Base Aérea de El Alto.

Nos encontramos en la calle Comercio y luego de un saludo cordial, como amigos y camaradas, pues ambos habíamos sido oficiales del Regimiento Rocha, le informé que había sido destinado al Regimiento Pérez y que tenía ya comprado mi pasaje para viajar en ferrocarril en la mañana del día 7.

En tono serio y amigable, me dijo: "David, yo te pido que no te incorpores todavía porque en estos días han de producirse grandes novedades".

Ante estas palabras le pregunté en qué consistían esas novedades. Me respondió que habrían cambios en la vida política del país. Finalizó insistiendo para que no viajara.

Mi decisión de incorporarme a mi unidad ya estaba tomada. Ante esto, me reiteró que tuviera mucho cuidado en mi Regimiento, pero no me dio detalle alguno. Esto me permitía suponer que el Teniente Rodríguez conocía perfectamente el plan revolucionario y por mantener secreto absoluto, no me dio mayores informaciones.

Como tenía decidido, me incorporé a horas 18.00 del 7 de abril al Regimiento Pérez. Al llegar a Cororo encontré varios camaradas y amigos. El día 8 en la mañana, en forma reglamentaria, me presenté al Comandante de la unidad, Coronel Ricardo Hervas Pozo quien, después de algunas recomendaciones y reflexiones, me concedió día libre para instalarme en la habitación asignada dentro del cuartel. En la respectiva Orden del Día fui destinado a la Compañía de Acompañamiento como Comandante de la Sección Ametralladoras Pesadas. El Teniente Asdrúbal Timberlaker comandaba la Compañía. Los Subtenientes Armando Reyes Villa y Jaime Rodríguez Alcázar eran los Comandantes de las Secciones de Morteros y Fusileros, respectivamente.

El miércoles 9 de abril, primer día de instrucción en mi nueva unidad, salimos al campo en cumplimiento del horario de trabajo. Después de la gimnasia consignada en el programa y luego de iniciar la instrucción de combate, fuimos sorprendidos por la llegada de estafetas del Comando de Regimiento. Se nos ordenaba regresar de inmediato.

Nuestro Comandante de Compañía dio cumplimiento a la orden y todos volvimos al cuartel. Llegamos directamente al Comando de la Unidad donde el Cnl. Hervas inició la reunión de Jefes y Oficiales. Nos hizo conocer lo que sucedía en La Paz, informándonos, en forma concreta, que había estallado una revolución encabezada por los movimientistas y el Cuerpo Nacional de Carabineros. Dijo que nosotros, como mi-

litares, debíamos actuar en defensa del gobierno y asegurar la tranquilidad del país.

Hervas impartió las órdenes correspondientes para que en el lapso de dos horas estuvieran listas las Compañías, con su equipo, armas y municiones, a fin de embarcarse en el tren que partiría a horas 14.00. Dispuso, asimismo, que por razones de seguridad del cuartel y de las familias de los Jefes y Oficiales, quedara una Sección reforzada al mando del Subte. Rolando Sánchez López.

Efectivamente, partimos a las dos de la tarde del día 9 comandados por el Coronel Hervas y el Comandante de Batallón, Tcnl. Ernesto Clavijo.

Llegamos a la ceja de El Alto, más o menos a las 18.30. Miembros del Estado Mayor General nos esperaban para darnos las instrucciones del caso. Así, al Regimiento Pérez se le asignó la zona en esa región sobre Achachicala. Varios Oficiales de otras unidades, que ya se encontraban desplegados, nos informaron que el combate durante el día fue intenso y que había varios Oficiales y soldados muertos.

Ocupamos la zona asignada y sostuvimos un intenso fuego de hostigamiento sobre la ciudad que estaba sin luz eléctrica. Más o menos a las cuatro de la mañana, se señaló otra misión a mi Regimiento. Debíamos desplazarnos hacia el extremo derecho de la ceja de El Alto para descolgarnos, a las 06.00 horas, sobre Sopocachi.

Al iniciarse esta operación, pude notar el desorden, la falta de coordinación entre las unidades, la ca-

rencia de precisión, en las órdenes y misiones para alcanzar el objetivo que era Sopocachi.

En primer lugar deseo hacer conocer que después de recibir la orden de nuestro jefe, no lo vimos más ni al Comandante de Batallón en la conducción de la unidad. Tan es así que hasta el día de hoy no conozco la suerte que corrieron; pero debo dejar claramente establecido que mi Regimiento actuó sólo por iniciativa y responsabilidad de los Comandantes de Compañía y de Sección.

A las 7.30 de la mañana bajamos combatiendo los tres Comandantes de Sección de mi Compañía pero ya en la mitad de la falda del cerro noté la ausencia total de la Sección Morteros y su Comandante Subte. Armando Reyes Villa. Dicho Oficial ya no se dejó ver y más tarde fui informado, por un clase de su unidad, que había ordenado a sus soldados que si querían combatir, lo hicieran y los que no deseaban asumir esa actitud, abandonaran las armas.

Esta clase de actitudes, en las que se ponía de evidencia la falta de decisión y sentido de responsabilidad, influyeron sobre la moral de los soldados causando un grave desaliento. Era un pésimo ejemplo, pues se demostraba la ausencia de virtudes militares en momentos que se requería demostrar valor y coraje para cumplir la misión asignada por los Jefes.

Creo que estas actitudes debieron presentarse en muchas unidades o, tal vez, los Oficiales estaban comprometidos en la revolución, lo cual permitió el éxito del golpe de estado.

Al mando de mi sección de ametralladoras pesadas y de acuerdo con la misión general fijada a mi Regimiento, llegué con mis soldados por las quebradas. Descendimos combatiendo, en todo momento, hasta llegar al Montículo. Quiero hacer constar que en todas estas acciones me acompañó el Suboficial José Roca Bascopé, reemplazante de la Sección y que, por motivos disciplinarios, se encontraba con ese grado ya que antes, en el Colegio Militar, tenía un año más de antigüedad que yo.

Pocos fueron los Oficiales que cumplieron debidamente su misión, poniendo en práctica su iniciativa, valor y espíritu de responsabilidad. Puedo mencionar al Cap. Mario Rodríguez Meruvia, Tte. Víctor Collao Zuazo (herido), Subte. Jaime Rodríguez Alcázar (herido) y el autor de estos apuntes, herido en la pierna derecha en acción desarrollada en el Montículo. No puedo referirme a los demás componentes del Regimiento y menos aún al Cnl. Hervas y Tcnl. Clavijo.

Después de haber llegado al Montículo, con unos cuantos soldados de mi Sección, me encontré con Oficiales de otras unidades, entre ellos los Capitanes Amado Prudencio y Angel Ortuste, el Tte. Orlando Roca y muchos otros más. A las dos de la tarde, aproximadamente, resulté herido. De inmediato fui auxiliado por unos jóvenes que me llevaron a una casa próxima a la Plaza España. Luego me trasladaron en una ambulancia al Hospital Militar juntamente con un soldado también herido.

Quiero hacer notar algo importante: lo que se ha venido llamando la derrota del Ejército por las fuerzas revolucionarias, se debió fundamentalmente a que muchos Jefes y Oficiales estaban comprometidos en la subversión. Otros, no tuvieron el espíritu militar necesario ni supieron cumplir con su deber. No hubo adecuada conducción de parte de los Comandantes en sus respectivas unidades ni se observó claridad en la asignación de misiones. Finalmente, creo que se carecía de un plan de defensa de la ciudad. Todos estos factores contribuyeron al triunfo de la revolución y la derrota de las fuerzas militares.

En las filas castrenses hubo, lamentablemente, actitudes inícuas, desleales y cobardes, en muchos de los Oficiales en contraposición de otros dignos y valientes militares que supieron responder debidamente a la misión que tenían. Soportaron ultrajes, vejaciones, torturas y encierros. Varios oficiales ofrendaron sus vidas sin la menor vacilación. Honor y reconocimiento a todos ellos.

De esta manera surgió el gobierno del MNR. Un conocido General, que ocupaba en esos momentos el cargo de Ministro de Gobierno de Ballivián, al que le unían lazos de compadrazgo, fue el elemento principal que utilizó a los carabineros para sus propios fines políticos. Cuando la situación se mostraba adversa, abandonó todo para buscar asilo en la Embajada de Chile de donde salió una vez triunfante la revolución que había desahuciado. Lógicamente no ocupó situación alguna de gobierno pero fue premiado con el car-

go de Agregado Militar en España por el lapso de casi diez años. También fue Embajador.

Cuando se contribuye con informaciones verídicas y completas a la historia, es necesario dar los nombres de aquellos Oficiales que supieron demostrar capacidad, sentido de responsabilidad y espíritu de sacrificio. Sus camaradas deben conocerlos para tener un ejemplo. Además hay actitudes que no pueden olvidarse como el caso del Teniente Walter Rodríguez Michel con quien tuve un encuentro antes de mi viaje a Corocoro. Como anoté antes, me pidió que no me incorporara pues iban a producirse novedades en el curso de esos días. Cuando triunfó la revolución y quedó establecido el nuevo gobierno, fue nombrado Edecán del Presidente de la República. Lo mismo ocurrió con su primo hermano, Teniente Aníbal Michel Rodríguez, quien comandaba una compañía en el Regimiento Pérez. También formó parte de la Casa Militar como Edecán del nuevo gobernante. Nada puedo decir de la Compañía que estaba bajo su mando en las acciones del 9 de abril.

Como corolario debo afirmar que la actitud del presidente Mamerto Urriolagoitia, desconociendo el triunfo del MNR para entregar el mando a los militares, fue la causa que precipitó la reacción del pueblo. Así se preparó la subversión estimulada por la ambición de quienes ocupaban los Altos Mandos Militares.

X

Cuando fui internado en el Hospital Militar, encontré en la misma pieza que se me asignó también herido al Subte. José Estrada Antezana. A él y sus familiares los recuerdo con gratitud porque fui alojado en su hogar durante un corto período de recuperación, después de haber sido dado de alta en el Hospital Militar.

Viajé, luego, a Sucre en compañía de mi padre y someterme, posteriormente a una operación quirúrgica que se realizó el día 6 de junio de 1952 para extraerme el proyectil incrustado en la pierna derecha.

Durante este período de rehabilitación en Sucre, tuve la oportunidad de leer la primera Orden General de Destinos, preparada por el nuevo Mando Militar que servía al gobierno movimientista. Se daba de baja del Ejército a más de 150 Jefes y Oficiales por el único delito de no ser elementos serviles ni incondicionales del régimen instaurado el 9 de abril. A mí se me destinó al Regimiento Riosinho, con asiento en Cobija, sin considerar el estado de salud por mi herida. Decidí no cumplir esta orden ateniéndome a todas las consecuencias.

Como tenía necesidad de someterme a una operación quirúrgica, hice conocer a las autoridades militares de Sucre esta situación. Presenté los respectivos certificados médicos. Se me respondió aceptando mi permanencia en el capital sucrense hasta la recuperación total de mi salud.

A fines de julio recibí un Memorandum por el cual se me destinaba al Regimiento Waldo Ballivián, de guarnición en La Paz. Me incorporé a esta unidad después de las Fiestas Patrias presentándome ante su Comandante, Coronel Gualberto Olmos Arrázola. Este destino me llamó la atención ya que había combatido en la Revolución del 9 de abril contra los revolucionarios. Creo que se debió a que en 1949, durante la guerra civil, fui detenido por espacio de tres meses como sospechoso y presunto comprometido con la revolución del MNR. No creo que hubo otra razón.

Me incorporé al Regimiento Escolta como Oficial disciplinado y para no tener problemas en mi carrera profesional. Muchos Oficiales, egresados del Colegio Militar, nos encontramos en esa unidad. Recuerdo a los Tenientes Raúl Alvarez, Alfredo Vaca, José Equino, Guillermo Tarifa, Rolando Sánchez; Capitanes Joaquín Malpartida, Amado Prudencio y otros.

No debe olvidarse que la euforia revolucionaria seguía latente. Vimos así con profunda amargura que muchos, por azar del momento, fueron incorporados con grados de Oficiales y Clases. No tenían el menor conocimiento de la carrera militar y no observaban ninguna disciplina ni respeto por los verdaderos militares.

La tropa estaba constituida por soldados contratados, es decir milicianos insolentes y carentes de toda educación. Por esto, bajó muchísimo la moral de los que éramos verdaderos profesionales, preparados en el Colegio Militar.

Pese a todo, nos comprometimos a imponer la disciplina dentro de esa masa de milicianos a fin de recuperar el prestigio de la institución armada. Nos dedicamos, con la mayor decisión, a inculcarles el respeto a las normas que deben regir la vida en los cuarteles.

Fui destinado, como Oficial Instructor, a una Compañía juntamente con los Subtes. Guillermo Tarifa y Rolando Sánchez López, bajo el comando del Capitán Joaquín Malpartida Pórcel. Tuvimos que soportar una situación de intranquilidad y de improvisaciones, donde existían privilegios. Eran precisamente los que acababan de incorporarse como Oficiales y Clases, gente traída de la calle, quienes gozaban de toda suerte de beneficios.

En una oportunidad, a sugerencia de varios Oficiales, tuvimos una reunión de camaradería. Estaban allí no solamente los Jefes y Oficiales de mi Regimiento sino también de otras unidades y reparticiones de La Paz. Nos concentramos en casa del Teniente Guillermo Tarifa Cuba para pasar un rato agradable, cambiando ideas y opiniones en torno de la situación militar.

A las 21.00 horas, cuando se realizaba la reunión un día de septiembre, hicieron una sorpresiva aparición el entonces Teniente miliciano Alex Orellana. En esos momentos lucía las insignias de Capitán de caballería sin que nadie le llamara la atención por semejante abuso. Le acompañaba una señorita Rosario Costas. La presencia de esta pareja nos incomodó pues

no habían recibido invitación alguna. Sin embargo, dejamos que permanecieran con nosotros.

A la media noche terminó la reunión y nos retiramos a nuestros domicilios pero nos dominaba la desconfianza y la sospecha. No nos equivocamos en nuestro presentimiento pues al siguiente día, el Comandante de Regimiento convocó a una reunión de Oficiales para tratar, según se decía, "asuntos de servicio".

En la reunión, el Cnl. Olmos preguntó, directamente, quiénes estuvieron en la fiesta, cuáles fueron los motivos para ello y quiénes criticaron al gobierno, entonando también la canción "Siempre", característica del MNR. En una parte de ella se hacía referencia a que "a Paz Estenssoro le espera el cordel". Las críticas fueron duras, finalizando las observaciones con la indicación de que si no estábamos conformes con nuestra situación en el Regimiento y en la guarnición en La Paz, podíamos pedir cambio de destino. Olmos agregó que cuanto se había dicho y comentado en la reunión, era de conocimiento de la Presidencia y del Comando de Ejército.

Las sanciones no se dejaron esperar y sin un sumario informativo, por lo menos, fueron dados de baja del Ejército el Tte. Guillermo Tarifa Cuba (dueño de la casa), el Tte. Javier Carrasco Trigo y el Subte. Víctor Aguilar Dorado. A los demás, se les cambió de destino enviándoseles a guarniciones en la frontera. En cuanto a mí, solicité volver al Regimiento que había dejado en Roboré.

La calumnia y la intriga campeaban por doquier. Los serviles y aquellos que se prestan para todo, sabían conseguir hábilmente situaciones ventajosas a fin de gozar de las granjerías del poder. Para lograr esto, no vacilaban ante nada. Utilizaban con suma habilidad la mentira y la adulación. Un ejemplo puede señalarse en la pareja que ingresó a una fiesta privada.

Cumplió su misión con gran habilidad perjudicando a tres camaradas militares.

Serví en las guarniciones de Santiago de Chiquitos, San José, San Matías y Roboré, durante los años 1953-54-55. Estaba alejado del centro de La Paz donde se consumaba toda clase de atropellos e injusticias contra miembros de la institución armada.

En 1956 fui destinado, como alumno, a la Escuela de Armas en la ciudad de Cochabamba donde, juntamente con 18 Tenientes de tres tandas distintas del Colegio Militar, culminamos otra etapa de la carrera profesional bajo el mando del distinguido Comandante, Coronel Gilberto Guzmán Aguilera y el Jefe de Estudios, Tcnl. Eduardo Rivas Ugalde.

En 1957, primer año como Capitán, fui destinado por primera y única vez en mi carrera profesional, a la ciudad de Sucre. Estuve en la Escuela Militar de Clases cuyo Comandante era el Tcnl. Hugo Suárez Guzmán, militar amante de su profesión, enérgico, exigente y con gran sentido de responsabilidad.

En el año 1958 fui destinado como Ayudante del Ministro de Defensa Nacional, Dr. Carlos Morales Gui-

llén. Estuve en ese cargo hasta el mes de junio. Obtuve una beca para seguir el curso de Comando y Plana Mayor en Fort Gulick (Panamá) junto con el Mayor Félix Montero Rodríguez y Cap. José Vargas Lizidro.

En 1959 me destinaron al Palacio de Gobierno como Edecán de la Presidencia. Es necesario hacer constar que ni para este cargo ni el de Ayudante del Ministro de Defensa me valí de influencias o recomendaciones. Sólo cumplí órdenes dictadas por el Comando General del Ejército.

Como el objetivo de estos apuntes es narrar, fundamentalmente, los acontecimientos políticos más importantes registrados en la historia de los últimos tiempos, más otros estrechamente vinculados con mi carrera profesional, me apresuro en referirme al golpe subversivo encabezado por Falange Socialista Boliviana el 19 de abril de 1959.

El General Gustavo Larrea Bedregal era, en esos días, Jefe de la Casa Militar del Presidente de la República. Yo era Ayudante y encargado de la Sala de Armas del Palacio de Gobierno.

XI

El movimiento subversivo de abril constituyó una verdadera sorpresa, tanto para el Gobierno como para el Alto Mando Militar.

Sucedió un domingo y a media mañana. No se produjo en la madrugada, elegida siempre para golpes

y revoluciones. Ese día se encontraba como Edecán de servicio en el Palacio de Gobierno el Cap. Alfredo Vaca Medrano y de turno, el Cap. Alfredo Rivas Jenkins. Por esos azares de la vida y por intuición, se me ocurrió ir a Palacio para que al concluir su servicio el Cap. Vaca Medrano pudiéramos salir juntos a fin de dar un paseo.

Estuve en la casa presidencial a las 10.30. Con Vaca Medrano dejamos pasar el tiempo en el dormitorio de Edecanes. De pronto, hizo su aparición sorpresiva el Cap. René Mattos Bustillos, Comandante de Batallón del Regimiento "Waldo Ballivián", ubicado en la calle Sucre. Tomó café con nosotros y luego se retiró para asistir a un partido de basquetbol entre un equipo femenino paraguayo y uno nacional en la calle México. Hasta ese momento no se había observado ningún síntoma de subversión. Todo parecía tranquilo en la ciudad.

Con gran sorpresa nuestra escuchamos, más o menos a las 11.00 de la mañana, un intenso tiroteo en las proximidades del Palacio de Gobierno. Después de una pausa y sin poder ubicar con exactitud el lugar donde se producían los disparos, llamamos por teléfono al Ministerio del Interior sin tener respuesta alguna. En ese preciso instante el Comandante de Guardia subió para informarnos que el tiroteo se había producido en el cuartel de la calle Sucre. Agregó que un grupo de civiles armados ingresó por la puerta trasera del local.

Encendimos un aparato de radio y escuchamos los mensajes y proclamas de los revolucionarios, leídos en Radio Altiplano.

El tiroteo se generalizó en distintos puntos de la ciudad y, como es lógico, en casos como estos, reinó la confusión. Nuestra obligación, como Edecanes, era informar de inmediato al Presidente de la República que se encontraba en su domicilio con el Cap. Rivas. Nuestros esfuerzos para comunicarnos con el primer mandatario fueron infructuosos.

El tiroteo se hacía cada vez más intenso y a medida que llegaban partidarios del gobierno y empleados del Palacio de Gobierno con informaciones, podíamos darnos cuenta y estar al tanto del desarrollo del golpe subversivo encabezado por los falangistas. Como Edecanes tomamos las medidas necesarias de seguridad y defensa del Palacio y como era el encargado de las armas, las distribuí, con sus respectivas dotaciones, a los funcionarios que iban llegando.

En forma inesperada llegó el presidente Siles Zuazo, más o menos a las 12.30 en compañía del Ministro de Gobierno, Walter Guevara Arce; del Ministro de Salud Pública, Dr. Julio Manuel Aramayo y de su Secretario Privado Mario Alarcón Lahore. En el grupo se encontraba igualmente el Cap. Rivas. El conductor del automóvil presidencial, Castillo, fue herido por una ráfaga de ametralladora en los riñones, en la esquina Mariscal Santa Cruz-Socabaya. Tuvo las suficientes fuerzas para llegar, así herido, hasta el Palacio.

A esta altura de los acontecimientos, por orden presidencial, las unidades de La Paz recibieron las instrucciones necesarias. Antes de llegar a su despacho, Siles Zuazo se detuvo en el cuartel de San Jorge desde donde estableció contacto con el Comando en Jefe.

Cuando se producen acontecimientos de gravedad, como este tipo de acciones subversivas, los Jefes y Oficiales están obligados a incorporarse de inmediato a sus unidades o en los centros militares más próximos para recibir las órdenes del caso. Tratándose de los Edecanes, debían constituirse de inmediato en el Palacio. En esta oportunidad, el primero en hacerlo fue el Cap. de Aviación Heberto Olmos R. El Cap. Jaime Trigo Gandarillas lo hizo más tarde, aproximadamente a las 18.00, cuando ya todo estaba en calma. Pretextó no haber podido conseguir un vehículo para constituirse donde debía estar. En cambio, el Cap. Samuel Gallardo Lozada no se incorporó indicando que estaba proporcionando seguridad a la familia del Presidente en su residencia de Calacoto.

Ministros, miembros de las FF.AA., senadores, diputados, amigos de Siles Zuazo, entraban y salían de la casa de Gobierno con toda clase de informaciones sobre la subversión que aún no había sido dominada.

Es necesario hacer constar que en la calle Sucre y contigua al cuartel del Regimiento "Waldo Ballivián", funcionaba una repartición de la Dirección General de Tránsito. Desde allí se hizo la primera resistencia contra el grupo de falangistas pero no pudieron evitar la caída del cuartel que se hallaba totalmente des-

guarnecido. Sólo estaban los soldados de guardia que sin ninguna preparación para esta eventualidad, fueron sorprendidos.

Este golpe de mano fue eficazmente realizado por los falangistas que utilizaron un camión con las mismas características de los vehículos del Ejército. Los atacantes se detuvieron tranquilamente en la puerta del cuartel y llevaron adelante su plan.

La retoma estuvo a cargo del Cap. Mattos Bustillos con efectivos del Batallón de San Jorge y cooperado por elementos de Tránsito. A las 13.00 horas, la acción era violentísima y en esta ocasión sucumbieron todos los que se habían apoderado del cuartel (en total 18) menos uno que logró escapar herido. Por consiguiente es el único testigo que podría dar los detalles de cuanto ocurrió en ese domingo sangriento, principalmente en la calle Sucre. Víctor Sierra fue el único falangista que logró salvar su vida.

La muerte de bolivianos, causada por sus propios compatriotas, causa indudablemente mucho dolor y amargura. Considero que los caídos, por sus ideales, en esa frustrada revolución, fueron los más valientes falangistas. Murieron por una causa a la que se habían entregado desde jóvenes. Es necesario rendirles el mayor homenaje por su valentía pues no vacilaron, un solo instante, en llegar hasta el máximo sacrificio.

Distintos puntos y reparticiones fueron tomados por los falangistas con cierto número de muertos, heridos y otros que fueron detenidos. A las 18.00 cesaron los tiroteos y las fuerzas del gobierno recupera-

ron las posiciones capturadas por los revolucionarios. Recuerdo que entre los primeros presos que ingresaron al Palacio estaban Roberto Freyre, con heridas en la cabeza y Luis Sainz.

La calma y normalidad volvieron a la ciudad. El Cap. Mattos Bustillos, luego de haber retomado su cuartel (a las dos de la tarde más o menos) se presentó en Palacio para informar al Presidente sobre los hechos ocurridos en la calle Sucre, indicando que todos los atacantes habían muerto menos uno.

Los detalles aún no han sido totalmente esclarecidos y solamente queda el recuerdo de un hecho más en la sangrienta historia de Bolivia.

XII

Más o menos a las siete de la noche, el Presidente Siles me ordenó que fuera al cuartel de la calle Sucre para constatar si entre los muertos estaba un señor Walter Alpire. Expresé que no lo conocía y como se encontraba, en esos momentos, en el despacho presidencial el senador Carmelo Cuéllar, le dijo al mandatario que él podía identificarlo puesto que lo conocía. Salimos juntos con dirección al cuartel.

Dolor y espanto me causó observar el macabro cuadro con los 18 cadáveres tendidos en una pequeña habitación. A la luz de unos fósforos, Cuéllar reconoció a Alpire. Volvimos, de inmediato, a Palacio para dar el informe respectivo.

Se suponía que a dicha hora todo había concluído pero los servicios de Inteligencia del Gobierno seguían buscando al Jefe de esa revolución que era, indudablemente, Oscar Unzaga de la Vega.

Había disminuído el número de visitantes en Palacio mientras sesionaba el gabinete en pleno. A las nueve de la noche llegó un grupo de personas armadas, entre los cuales pude identificar al ex-oficial de Ejército Javier Carrasco Trigo.

Ingresaron, desesperadamente al Palacio, para informarle al Presidente que en la calle Larecaja, situada en el norte de la ciudad, había sido muerto dentro de una casa el Jefe falangista Unzaga de la Vega lo mismo que su ayudante René Gallardo.

En esos momentos hizo su ingreso otro grupo de detenidos, entre ellos el Mayor retirado Julio Alvarez La Faye quien tenía sangre en la cabeza. En el puesto de sanidad del Palacio se le auxilió de inmediato.

Grande fue la sorpresa para el Presidente y su gabinete la noticia de la muerte de Unzaga de la Vega. De inmediato, Siles Zuazo destacó una comisión al lugar de los hechos para comprobar la veracidad de las informaciones.

Así se supo que el Jefe de Falange yacía muerto en un cuarto de baño junto a su ayudante, el ex-cadete René Gallardo. Alvarez La Faye quedó detenido y el único que desapareció misteriosamente, según se dijo con un maletín en la mano, fue Enrique Achá Alvarez, sobreviviente de esa sangrienta acción y el úni-

co que puede decir la verdad de cuanto ocurrió en esa casa de la calle Larecaja. Hasta hoy día, no se ha hecho la respectiva aclaración, tan necesaria y vital puesto que se trata del honor y de la memoria de su jefe muerto. Achá Alvarez logró refugiarse en un convento de frailes en la Avenida Armentia.

De esta manera concluyó otra jornada sangrienta en la vida política de Bolivia, con trágico saldo de muertos, heridos, presos y perseguidos. Lo más doloroso fue la pérdida de un hombre idealista, que murió en el puesto del deber, como conductor de un partido político. Se sacrificó por su causa y sus nobles ideales.

Después de la desaparición de Unzaga de la Vega, Falange se desintegró paulatinamente. Sus miembros se incorporaron a otros partidos. En la actualidad no es más que un conglomerado de personas sin mayor prestigio y sin arraigo popular. Una prueba de ello está en los resultados de las últimas elecciones generales.

Otro acontecimiento, del cual es necesario hacer referencia, es el ocurrido el 19 de marzo de 1960, día en que el Presidente Hernán Siles Zuazo recordaba su cumpleaños. Más o menos a las cinco de la mañana se escucharon los primeros disparos de armas de fuego. El tiroteo se intensificaba a medida que pasaban las horas. Me levanté de inmediato para constituirme, primeramente en el cuartel de carabineros, situado en la calle Colombia. Llegué ahí con mucha dificultad por la severa vigilancia policial. Tuve que identificarme como un Edecán del Presidente para poder pasar. No sa-

bía aun que en la subversión estaban comprometidos muchos oficiales de esa institución.

Logré llegar al cuartel y conversé con el Coronel Soria, comandante de la unidad. A mi pedido, pude disponer de un vehículo para trasladarme al Palacio a donde llegué a las 6.30.

El Edecán de Servicio me informó, de inmediato, que el alzamiento estaba encabezado por Walter Guevara Arze y apoyado por los carabineros. De todo esto había sido informado el Presidente, telefónicamente. A los pocos minutos Siles Zuazo ingresaba al Palacio con algunos ministros y miembros del Alto Mando Militar.

A las 10.00 de la mañana ya se pudo comprobar que casi todas las unidades de carabineros estaban desplegadas en vía pública y puntos estratégicos de la ciudad. En ese momento fui llamado por Siles Zuazo quien me encomendó la misión concreta de ir a la calle Loayza donde todavía funcionaba la Academia de Policía cuyo Comandante era el Coronel Víctor Ramírez. Debía conversar y reflexionar a los carabineros, en nombre del mandatario, para que depusieran su actitud. También debía entrar en contacto con el Cap. Pablo Caballero Díaz, Comandante de Batallón, quien se encontraba con sus cadetes en el antiguo Mercado de Flores (Comercio esquina Colón).

En la conversación con Ramírez, respetuosa y cordial, se me dijo que él estaba recibiendo informaciones y que no tenía mayores detalles de lo que ocurría.

Sin embargo, me expresó, que después de conseguir noticias las comunicaría al Presidente.

Al volver de la calle Loayza me detuve para conversar con Pablo Caballero. Le indiqué que me acompañara. Respondió que tomaría algunas disposiciones con sus cadetes y que luego se haría presente en el Palacio. No quiso acompañarme y tampoco se presentó en la casa de Gobierno.

Más tarde se supo que este Capitán Caballero indujo a sus subordinados a alzarse en armas, en actitud subversiva contra el régimen. Se hallaba estimulado por elementos falangistas.

Es así que el combate se generalizó en las proximidades de la calle Calama y zonas adyacentes. Caballero y sus cadetes iban replegándose, combatiendo en las alturas de la zona norte para darse luego a la fuga. Posteriormente se supo que la cabeza visible del alzamiento era el Cnl. Burgos, del cuerpo de carabineros, que comandaba la unidad del cuartel de la calle Calama. En el combate desarrollado en esa zona, efectivos del Regimiento Ingavi capturaron el cuartel, quedando desde ese momento nuevamente bajo el control y propiedad del Ejército.

Debe destacarse un aspecto importante en esta nueva subversión contra el gobierno del MNR y es que más o menos a las 11.00 de la mañana, se hicieron presentes en el Palacio de Gobierno varios Mayores y Capitanes de carabineros. Pude notar la presencia del entonces Cap. Justino Torres. Conversaron con el Presidente proporcionándole algunas informaciones. Si-

les Zuazo les dijo que como Oficiales de honor de la institución policial tenían la misión de ir a persuadir a los revoltosos para evitar más derramamiento de sangre. Si esto no se conseguía, el mandatario ordenaría a las unidades de las FF.AA. la aniquilación total del cuerpo policial.

De inmediato, los Oficiales abandonaron el Palacio para dar cumplimiento a la orden presidencial. No pasaron ni treinta minutos para que se recibiera un llamado telefónico indicando que el Cnl. Burgos había sido muerto, en su propio cuartel y que el alzamiento comenzaba a declinar.

Lo que la historia debe esclarecer ahora es quién o quiénes dieron muerte a Burgos. Es lógico presumir que esos oficiales que conversaron con Siles Zuazo fueron los autores o por lo menos instigadores, de esa muerte.

Pasado el medio día seguía escuchándose disparos en la zona norte de la ciudad. Efectivos de cadetes, comandados por Pablo Caballero, junto con los carabineros de la calle Calama y sus respectivos Oficiales, continuaban resistiendo y combatiendo en las alturas de la plaza Riosinho contra los soldados de los Regimientos Ingavi y Waldo Ballivián. El resultado final del alzamiento fue que muchos Jefes, Oficiales, cadetes de la Academia e inclusive guardias, fueron apresados. Personalmente en dos vehículos trasladé presos de la zona de combate hasta el Palacio de Gobierno.

Dentro del ambiente político, el Partido Auténtico Revolucionario (PRA), cuyo jefe era el Dr. Walter Guevara Arze, tomó carta de ciudadanía. Así, en algunos lugares del país ya se hacía presente con ciertas actitudes de hecho.

XIII

Lo que voy a narrar, enseguida, tiene estrecha relación con cuanto relaté líneas arriba. Un domingo, en los primeros días de abril, fui testigo en un local público nocturno, de la agresión brutal de que fue víctima el escritor Augusto Céspedes, por parte de Rubén Julio quien, al mando de sus matones, protagonizó este hecho bárbaro golpeando salvajemente a su víctima y emprendiendo, en seguida, la fuga.

Este atropello fue condenado por el propio Gobierno que intentó aplicar algunas medidas contra los agresores.

Era Ministro de Gobierno, esos días, el Dr. Carlos Morales Guillén. Pocos días después de este hecho, Siles Zuazo y su Ministro, me nombraron Prefecto del Departamento de Pando, con previo asentimiento del Comando de Ejército.

Rubén Julio tenía sus bases políticas y comerciales en la ciudad de Cobija. En un avión expreso del LAB y con seis personas para mi seguridad, llegué sorpresivamente al aeropuerto de esa localidad para tomar inmediato contacto con el Comandante del Regimiento Riosinho, Tcnl. Juan Ribera Tapia.

Este Jefe me informó sobre la situación indicándome, principalmente, que tanto elementos dirigidos por Rubén Julio y otros del PRA, capitaneados por sus dirigentes, trataban de ejercer control en esa ciudad. Juan José Capriles dirigía al PRA en Cobija.

Al día siguiente, día de mi llegada, me posesioné como Prefecto del Departamento, en reemplazo de Aldo Núñez Vela. Con el apoyo directo y decidido del Comandante, Jefes, Oficiales, Clases y tropa del Regimiento Riosinho, inicié mi gestión prefectural, con el firme propósito de poner orden y asegurar la tranquilidad en esa alejada región de la patria. Por supuesto, contaba también con el beneplácito de la población.

De esta manera, la vida y actividad en esa región se normalizaron. La tranquilidad volvió a todos los hogares.

Otra misión importante que cumplí, como Prefecto, fue garantizar la actividad de los partidos políticos en vista de la proximidad de las elecciones que se llevaron a cabo en 1960. Lamentablemente, después de la calma y tranquilidad de que gozaba la población de Cobija, el domingo 31 de mayo se produjo un lamentable hecho de sangre. Elementos pertenecientes al PRA, que se encontraban en estado inconveniente, dieron muerte, en plena vía pública, al Cnl. de Ejército (retirado) Alejandro Julio.

Como autoridad suprema del Departamento tuve que aplicar medidas enérgicas contra los autores. Los principales lograron huir y se refugiaron en la frontera. Otros fueron apresados para iniciar las investiga-

ciones pero después de un corto período de detención en una dependencia del cuartel, lograron huir burlando la vigilancia de los soldados. Se asilaron en la vecina localidad de Brasilea.

Mi gestión prefectural concluyó con la transmisión del mando presidencial al ganador de las elecciones, Dr. Víctor Paz Estenssoro. Recibí una orden del Ministerio de Gobierno para entregar el cargo al mismo Núñez Vela a quien había reemplazado en abril. A mediados de agosto viajé a La Paz para conocer mi nuevo destino. Fui ratificado, nuevamente, como Edecán del Presidente.

XIV

El resto de 1960 y 1961 permanecí como Edecán. No se produjeron hechos de importancia pero debo referirme a un fallido golpe de estado en el que se trató de involucrar al Comandante del Regimiento Motorizado de esa época, el Tcnl. Rogelio Miranda Valdivia. Se dijo que tenía algunas conexiones con civiles, lo cual no se pudo comprobar. Creo que para justificar este hecho se realizó un allanamiento en una casa de Miraflores en la que murió el Ing. Núñez Rosales.

Este suceso, totalmente confuso, no fue aclarado hasta la fecha. Creo que lo ocurrido con Miranda Valdivia fue motivado por la ambición de algunos Oficiales muy adictos al MNR. Para perjudicar al Comandante se tejió una serie de intrigas ante los organismos

de Seguridad del Estado. El Cap. Walter Daher Saavedra, era a la sazón II Comandante de esa unidad.

En 1962, inclusive hasta 1964, viajé becado a la República Argentina para realizar estudios en la Escuela Superior de Guerra. Desde la distancia sólo conocía la situación de Bolivia por la prensa y radio. Alguna vez nos reuníamos los Oficiales becados para analizar lo que ocurría en el país. Coincidimos en que las modificaciones de la Constitución Política, hechas por Paz Estenssoro para ser reelegido, constituían el comienzo de su caída.

Así ocurrió, debiéndose exclusivamente a la camarilla que seguía y cercaba al mandatario. Sólo por afán de figuración y servilismo precipitaron su caída en 1964, al poco tiempo de haber iniciado un tercer período presidencial.

Desde esos días el MNR, al igual que FSB, se dividió en muchas fracciones antagónicas. Esa situación repercutió hasta el presente en que la ambición de algunos, que se creían dirigentes unificadores del partido sólo consiguieron destruirlo más, desprestigiándolo hasta el extremo de no tener ahora ningún poder de arrastre ni influencia sobre las masas bolivianas, ventajas de las que gozaba antes de su caída (4 de noviembre de 1964).

En 1965, por orden del Comando General del Ejército fui destinado a la Escuela de Comando y Estado Mayor como alumno del II ciclo, juntamente con los becados que se encontraban en el Brasil: Tcnl. Wal-

ter Rodríguez Michel, Alberto Ribera Cortez y el Mayor Carlos Romero Arévalo.

En 1966 se me destinó como Jefe de Sección al Comando de la IV División con sede en Camiri; estaban a mi cargo las Secciones II y III hasta el mes de junio en que, por orden superior, asumí el cargo de Comandante del Regimiento Bullaín 4 de Artillería, de guarnición en Choreti, en reemplazo del Tcnl. Vicente Antezana Negrete. En ambas situaciones, la labor se desarrolló de acuerdo con las directivas generales del Comando de Ejército y las disposiciones de la IV División en cuya Comandancia estaba el Cnl. Humberto Rocha Urquieta.

En junio de 1966, se realizaron las elecciones generales. El General René Barrientos Ortuño resultó triunfador en esos comicios pero lo sugestivo es que en la localidad de Camiri el resultado fue adverso habiendo triunfado la fórmula del MNR.

Esto se debió al pésimo trabajo que se realizó durante la campaña electoral en dicho distrito y sus alrededores. La dirección de dicha actividad fue encomendada por Barrientos al Cnl. Rocha, pero este jefe se rodeó de elementos poco capaces para llevar adelante ese tipo de labores. La responsabilidad del fracaso recae, únicamente, en el director de la campaña, pese a los recursos económicos y medios que fueron facilitados por el candidato.

En 1967 fui destinado como Comandante del Regimiento Campos 6 de Infantería con asiento en Carandaití. Ese año todo el país fue sacudido por la apa-

rición de fuerzas guerrilleras, integradas por extranjeros y nacionales en la provincia Cordillera del departamento de Santa Cruz.

Estos grupos hicieron sentir su presencia en forma violenta con su primera emboscada en Ñancahuazú, contra una fracción militar comandada por el My. Hernán Plata Ríos. Se lamentó la muerte del Sbte. Rubén Amézaga y de diez soldados. Este hecho se produjo el 23 de marzo de ese año.

El pueblo boliviano y las FF.AA. conocen perfectamente el desarrollo y la culminación de las actividades guerrilleras que finalizaron con la captura y muerte del argentino-cubano Ernesto "Ché" Guevara. Lo que puede decirse de esta lucha es que desde su aparición, con la primera emboscada, hasta fines de julio, las fuerzas irregulares que penetraron en territorio nacional, asestaron una y otra vez, en distintos puntos de la zona de la guerrillera, duros golpes a las fuerzas regulares que no estaban preparadas para este tipo de guerra.

La situación cambió totalmente a partir de la emboscada y especialmente con la acción de Vado del Yeso, en Río Grande, donde tuvo destacada actuación el entonces Cap. Mario Vargas Salinas, cuyos efectivos aniquilaron a la columna de "Joaquín" (Comandante cubano Juan Vitalio Acuña Núñez), en la que se encontraba la guerrillera Tania (Laura Gutiérrez Bauer de Martínez, Tania T. o Haydée Tamara Bunke Binder).

Desde esos momentos empezó una reacción favorable de las fuerzas de nuestro Ejército. Esto se pro-

dujo como consecuencia de la instrucción impartida en Santa Cruz y otros centros, en este tipo de guerra. Esta actividad se desarrolló bajo el asesoramiento de instructores militares norteamericanos.

Como Comandante del Regimiento "Campos" 6 de Infantería, no tuve ninguna participación directa en la lucha contra las guerrilleras pero sí, por orden de la IV División, destaqué a la zona de lucha una compañía reforzada debidamente instruída en este tipo de guerra, al mando de los Subtes. Vitaliano García y Luis Revollo Vargas.

En los años 1968-69 fui Jefe de Sección del Departamento III del Ejército. Se sucedieron como Jefes de Departamento los Coroneles Manuel Cárdenas Mallo, René Bernal Escalante y Samuel Gallardo Lozada.

A mediados de 1968 más o menos, se produjo un hecho con visos de subversión, encabezado por el General Marcos Vásquez Sempértegui, quien había dejado de ser Jefe de Estado Mayor del Ejército, pocos días antes del golpe que pretendía realizar.

El Gobierno, en conocimiento seguramente de algún plan subversivo, le encomendó una misión en el exterior. Al final, no llegó a cumplirla.

Sorpresivamente, una noche, Vásquez Sempértegui leyó personalmente una proclama revolucionaria transmitida por Radio Altiplano.

Considero que la actitud de este Jefe, ya sin mando y sin ninguna relación directa con sus subordinados, no podía tener éxito alguno. Posteriormente se

supo que tenía como base de sustención, para esta empresa, a varios suboficiales y clases comprometidos y, por supuesto, algunos Jefes y Oficiales.

No cabe duda de que contaba también con el apoyo de sectores civiles que lo precipitaron a la subversión. Lastimosamente para él, el movimiento no prosperó. Cuando todo parecía debidamente ajustado, algunos de los jefes comprometidos fueron apresados en momentos de aproximarse a los cuarteles en cumplimiento de sus misiones. El Cnl. Angel Ortuste y los Tcnls. José Roca Bascopé, José Eguino Claure y Aníbal Michel Rodríguez cayeron presos siendo exiliados al Paraguay. Otros dos Jefes que sufrieron tal vez injustificadamente la sanción de baja del Ejército, fueron los Coroneles Manuel Cárdenas Mallo y Raúl Alvarez Peñaranda. Hasta ahora no se sabe si estaban realmente comprometidos o no con Vásquez Sempértegui, cuya situación conoce debidamente el pueblo de Bolivia y los miembros de la institución armada.

Los Suboficiales y Clases comprometidos en esta acción recibieron las sanciones determinadas por los Reglamentos militares y el Código Penal Militar.

XV

El 27 de abril de 1969, el pueblo boliviano recibió un tremendo impacto con la noticia de la muerte, en un accidente de helicóptero, del Presidente de la República General René Barrientos Ortuño, en la región de Arque. Perecieron carbonizados juntamente con él, su Edecán y el piloto, Capitanes Estívariz y Orellana.

Hasta el día de hoy, la trágica muerte del mandatario no ha sido esclarecida. Circularon toda clase de conjeturas en torno de esta dolorosa pérdida nacional.

Al tener conocimiento de la muerte del General Barrientos, por medio de las radioemisoras, me constituí en el Gran Cuartel General. Estuve en el Departamento III para tener una información completa.

El entonces Comandante en Jefe de las FF.AA. General Alfredo Ovando Candia, se encontraba en Estados Unidos. En momento tan delicado se reunió el Alto Mando Militar para considerar el asunto y tomar las medidas relativas a la situación. Se supo que en dicha reunión se escucharon diversas opiniones, muchas de ellas contradictorias, en cuanto a la sucesión presidencial.

Siendo un gobierno constitucional y de acuerdo con la Carta Magna, le tocaba legítimamente ser sucesor al Vicepresidente Luis Adolfo Siles Salinas. Hubo discrepancias pese a la claridad del asunto. Muchos opinaban que debía esperarse la llegada del Gral. Ovando. Felizmente se impuso la sensatez en algunos Jefes que no querían reconocer la sucesión lógica en el Gobierno. Aclaradas las cosas, Siles Salinas asumió el mando.

Desde ese momento, la decisión adoptada no fue del agrado de muchos Jefes y Oficiales, adictos y protegidos de Ovando. Empezaron a complotar después del sepelio de Barrientos en Cochabamba. Es así que a los 150 días de haber permanecido como Gobernan-

te y en medio de la mayor orfandad política, sin ningún respaldo sólido especialmente de las FF.AA., Siles Salinas fue derrocado en Santa Cruz, ciudad en la que se encontraba con motivo de la efemérides departamental. El autor del golpe fue Ovando.

Este movimiento revolucionario fue abiertamente planeado y dirigido, a la luz del día, sin ningún rubor ni miramiento por nada ni nadie. Los autores estaban guiados únicamente por la prepotencia, el abuso y la ambición de mando. Siles Salinas pudo ser derrocado aun a los 30 días de su posesión.

El Presidente estaba plenamente consciente de cuanto le ocurría, tarde o temprano, porque —según manifestaciones propias— habría dicho alguna vez que la única fuerza de que disponía eran las leyes de la nación y así como subió al poder sin respaldo alguno también caería completamente solo. Esta fue la realidad. El vacío político en torno de su gobierno era total.

En la conjura planeada por Ovando, fueron dos Jefes quienes la planearon cuidadosamente. Eran el General Rogelio Miranda V., Comandante del Ejército, y el Tcnl. Juan Ayoroa Ayoroa, Comandante del Regimiento Ingavi. Ambos fueron los artífices y planificadores cooperados por los Coroneles José Eguino Claure, Samuel Gallardo Lozada; los Tenientes Coroneles Miguel Ayoroa y Guillermo Jiménez. A este equipo se sumó el Gral. Jesús Vía Solíz.

Triunfante la revolución, el Gral. Miranda quedó como Comandante del Ejército y Ayoroa pasó a ocupar el cargo de Ministro del Interior.

He mencionado especialmente a ambos Jefes para recordar que en 1970, siendo Ministro el Tcnl. Ayoroa, se opuso a ciertas determinaciones de su Presidente. Miranda fue el cabecilla de una revolución contra su amigo y gobernante Ovando. El análisis y los juicios sobre la conducta de estos militares, dejo al pueblo y a los camaradas de las Fuerzas Armadas.

XVI

En 1970 se me destinó como Jefe de Sección del Comando de la VI División con asiento en Riberalta, bajo el comando del Cnl. Félix Montero Rodríguez y el Cnl. Manuel Cárdenas Mallo como Jefe de Estado Mayor.

La vida en esa guarnición militar se desarrolló cumpliendo los planes y directivas del Comando General de Ejército y las del Comando de la VI División.

Nuevamente en octubre, el país fue sacudido por la actitud de algunos camaradas que se sublevaron contra el gobierno. El cabecilla resultó ser el Gral. Rogelio Miranda, Comandante del Ejército. Estaba apoyado por dos Coroneles, Comandante de Regimiento, Miguel Ayoroa del RC4 y Augusto Calderón, del Andino "Murillo".

Este alzamiento no tuvo los resultados esperados y Miranda no alcanzó a sentarse en la silla presiden-

cial por falta de decisión. El Palacio de Gobierno se encontraba abandonado en esos momentos, pues nadie llegó a ocuparlo. El Presidente y el Jefe que pretendía derrocarlo terminaron abrazándose en la Nunciatura Apostólica.

Ante semejante indecisión surgió un fugaz triunvirato integrado por los Generales Efraín Guachalla Ibáñez y Fernando Sattori Rivera y el Contralmirante Alberto Albarracín Crespo. Se organizó un gabinete cuyos miembros no alcanzaron a posesionarse. Se trataba de un triunvirato huérfano de apoyo popular y militar. Por ello no duró ni 24 horas. El primero en renunciar, tal vez por su gran olfato y midiendo las consecuencias, fue Sattori Rivera.

La confusión para el pueblo y las FF.AA. fue grande. En realidad, el país vivió ese día sin gobierno pero al siguiente surgió, inesperadamente, la figura del Gral. Juan José Torres Gonzales. En su huída llegó a El Alto para protegerse y cuando bajó a la ciudad lo hizo como Presidente de la República. Le apoyaban, con entusiasmo, los sectores laborales y la Fuerza Aérea. Todos ellos lo acompañaron para que jurara el cargo de primer mandatario en los balcones del Palacio de Gobierno, ante una multitud que lo aclamaba frenéticamente.

De esta manera surgió un Gobierno respaldado por las masas populares. Las medidas y actitudes de ese régimen tuvieron grandes repercusiones, sentidas por el pueblo de Bolivia y los camaradas de las Fuerzas Armadas.

Lamentablemente, Torres Gonzáles, desde el momento en que se dejó apoyar por grupos laborales, fue perdiendo autoridad y sus actos tuvieron como inmediato resultado no poder dar adecuada solución a los problemas nacionales. Estaba supeditado a las órdenes y proposiciones de esos sectores que, al final, resultaron ser de extrema izquierda.

Se instauró la Asamblea Popular del Pueblo con poderes extraordinarios y que ni el propio gobernante podía controlar. El país marchaba hacia el abismo en un clima de caos, anarquía y, por supuesto, de desgobierno.

En tal situación, peligraba la integridad de la patria y, por consiguiente, de la institución tutelar. Puedo citar un solo ejemplo: ante las presiones y pedidos injustificados, se cedió al magisterio todas las instalaciones de la II División de Ejército en Oruro. Fueron el Gral. Jaime Paz Soldán y el Cnl. Walter Rodríguez Michel quienes, en representación del gobierno, firmaron el acta de entrega. Se despojó así de un edificio propio de su patrimonio a la institución castrense. Con este solo ejemplo queda demostrado que el Presidente militar era atropellado y se le obligaba a asumir actitudes que talvez conscientemente no habría adoptado. Sensiblemente se lo empujaba y así resultó arrastrado por las corrientes de la extrema izquierda. Las decisiones de este sector se cumplían perjudicando a la institución y a su propio prestigio de General de División. Otros hechos parecidos ocurrieron en las ciudades de La Paz y Santa Cruz.

Esta situación, analizada debidamente y soportada por las FF.AA. debía tener un límite. Por estas razones sobrevino la revolución encabezada por el Cnl. Hugo Banzer Suárez y que culminó con el triunfo del 21 de agosto de 1971.

A fines de octubre de 1970 fuí cambiado de destino. Pasé de Riberalta a Challapata como Comandante del Regimiento Rangers "Méndez Arcos" 24 de Infantería. Me hice cargo de la unidad y tomé posesión en el cuartel del Regimiento Camacho, pues mi Regimiento se encontraba en Oruro, después de sangrientos combates entre sectores mineros, laborales y extremistas que atacaron las instalaciones del Comando de la II División.

Fui posesionado por el Coronel Alfredo Cortés de Rojas. Luego de que volvió una relativa tranquilidad a Oruro, viajé con toda mi unidad a Challapata, asiento del Regimiento. Quedó sólo una sección en el Comando de División.

El 11 de enero se produjo la primera asonada subversiva para intentar el derrocamiento del General Torres. El centro de esta actividad fue La Paz. Luego de permanecer detenido, por espacio de varias horas, el General Luis A. Reque Terán, Comandante de Ejército lo mismo que el Jefe del E.M.G., Coronel Samuel Gallardo L., volvió la normalidad. Entre los captores se encontraban el entonces Cap. Rolando Arzabe cooperado por otros Oficiales.

Al controlar la situación el Gobierno, los Jefes del movimiento, Coroneles Hugo Banzer Suárez y Ed-

mundo Valencia, se asilaron en Embajadas de países vecinos.

En la guarnición de Oruro y particularmente, en mi Regimiento, no se registró novedad alguna. Teníamos noticias sólo por las radioemisoras. Por disposición del Comando de Ejército, el Regimiento Méndez Arcos que yo comandaba, constituía la reserva estratégica del Ejército. Por consiguiente, dependía en lo operativo de dicho Comando.

Bajo esta premisa conducía la unidad, colaborado directamente por el My. Raúl López Leytón, como Comandante de Batallón.

Este Regimiento estaba dotado de apreciable cantidad de armamento, municiones, equipo, medios de transporte y de comunicaciones y sus efectivos sobrepasaban de 700 hombres. Disponía de buenos Oficiales y Clases. Mediante sus esfuerzos podíamos contar con los mejores combatientes. En síntesis: la vida cuartelaria se desarrollaba en base a los principios disciplinarios y en un marco de constante trabajo y de gran responsabilidad.

Más o menos a fines de junio advertí ciertos hechos anormales. Algunos Oficiales efectuaban viajes intempestivos a Oruro. El My. López solicitaba, para ello, el permiso respectivo con uno u otro pretexto. El Cap. Rubén Darío Guzmán se trasladó a Trinidad porque, según decía, "su señor padre había recibido una cornada de toro". Con ciertas dudas y con el fin de que aclarara su situación, le dí la autorización del caso.

Por otra parte, mis servicios especiales me informaban sobre el viaje de elementos civiles a Challapata para entrevistarse con los complotadores en horas de la noche.

En reunión semanal de Jefes y Oficiales, después de considerar atentamente aspectos relacionados exclusivamente con el servicio, analizábamos la situación política del país y la peligrosa actitud del Gobierno y del Alto Mando Militar. No se ponían las cosas en su lugar colocándose a la institución armada en una situación sumamente delicada. En estas reuniones expresaba a mis oficiales que nuestro Regimiento asumiría, en todo momento, la defensa de nuestra querida institución y de la Patria. Reiteraba que obraríamos en forma unánime y decidida.

Como Comandante de Regimiento, viajaba por asuntos de servicio a la ciudad de La Paz para hacer conocer al Comando de Ejército, especialmente al Coronel Gallardo y a su hermano Jorge, que ocupaba el cargo de Ministro del Interior, la preocupación existente en los Jefes y Oficiales de Oruro, principalmente en la oficialidad de mi Regimiento, sobre los atropellos, insultos y otras actitudes provocativas de los extremistas que actuaban dentro de la Asamblea del Pueblo contra las Fuerzas Armadas.

En la sede del gobierno se me decía que todo era pasajero y que los extremistas serían controlados. En los primeros días de agosto, poco antes de las fiestas patrias, conversé detenidamente con el Jefe de Estado Mayor para hacerle conocer, con mayor énfa-

sis, que la situación se agravaba con relación a dos aspectos: uno, la expresión de malestar general en todo el país y las actitudes cada vez más vehementes de los políticos extremistas contra la institución armada. Luego, no podía ocultarse la preocupación cada vez mayor de los Jefes, Oficiales y Clases que demostraban su firme determinación de tomar actitudes decididas para evitar el caos y la anarquía. La respuesta fue: "si vos y tu Regimiento están con la subversión y todos cuantos están con ella, será el pueblo que defenderá al gobierno". Con esta tajante opinión terminó mi conversación con el Jefe de Estado Mayor.

Regresé a mi unidad con todas las soluciones favorables para ella, relativas a la dotación de uniformes para presentarse en Oruro y Challapata en las fiestas patrias que se aproximaban. Las extrañas actitudes de ciertos Oficiales eran cada vez más notorias. Toda la posición de ellos se aclaró con motivo de la celebración de mi cumpleaños, el 13 de agosto. A las once de la mañana, contra mi voluntad y sólo por acceder a la solicitud insistente del Comandante de Batallón, se me rindió honores con toda la unidad formada. Luego se realizó una reunión social en mi domicilio con la asistencia de todos los Jefes, Oficiales y Clases con sus respectivas esposas.

Más o menos a las cinco de la tarde y por efectos de la bebida, comenzaron las discusiones entre Oficiales, particularmente entre los Mayores López Leytón y Octavio Viscarra, este último Jefe de Servicios de la Unidad. A fin de evitar consecuencias más desa-

gradables, se suspendió la animada reunión. Quedé solamente con mi familia. Mi hermano Alfredo llegó justamente con sus familiares para saludarme.

Supe que al retirarse de mi domicilio y en plena vía pública, recrudecieron los insultos y las discusiones llegándose inclusive a un cambio de disparos con armas cortas, felizmente sin resultados dolorosos. A las siete de la noche, llegaron a casa, mi Ayudante Cap. Isaac Capriles, el Jefe de Transportes Tte. Tito Fiori, algunos Oficiales y Clases, quienes me informaron, sorprendidos, que la tropa estaba armada y equipada para emprender la marcha sobre Oruro.

Iba a comenzar el movimiento revolucionario pues el Mayor López había asumido el mando de la unidad. El Cap. Guzmán, el Cap, Escalera, médico del Regimiento y algunos Oficiales y Clases esperaban solamente los vehículos de transporte para emprender la marcha hacia Oruro.

Estos hechos constituían un verdadero motín militar y es por eso que, como Comandante de Regimiento y con la energía y decisión que se imponen en estos casos, me constituí de inmediato en el cuartel para poner en su lugar a los que estaban pasando por alto los principios de disciplina, respeto y obediencia.

Ordené, de inmediato, a la tropa que estaba formada dar cumplimiento a mis órdenes. Los soldados escucharon mi voz y se dirigieron a las cuadras para desarmarse inmediatamente. La orden fue obedecida sin ninguna vacilación. En seguida se entabló una vio-

lenta y acre discusión con los autores de este lamentable episodio. En un momento de esos, puede decirse que me obligaron a dirigirme a la oficina de radio para que informara al Comandante de División, Cnl. Miguel Azurduy, que la unidad se dirigía hacia Oruro iniciando, de esta manera, la revolución.

El radio-operador Sof. Jaime Abasto, trataba de establecer contacto con la radio de Oruro. Creo, más bien, que simulaba hacerlo pues era un Clase responsable y disciplinado. Conocía exactamente la situación. En esos instantes y para poner fin a esa emergencia, desenfundé el revólver y conduje presos, en un jeep, al My. López y al Cap. Escalera. En el preciso momento de encerrarlos en una dependencia de la Sección Transportes, apareció el Cap. Rubén Darío Guzmán quien estaba preocupado, seguramente, por las movilidades. Con actitud insolente representó mi decisión. Fue tomado preso y encerrado con los otros dos Oficiales.

Con la firme determinación asumida como Comandante de Regimiento, creo que cumplí mi deber sin dejarme sobrepasar por los conjurados poniendo en alto mi prestigio personal y mi honor de militar. Lo que es más, di un ejemplo sobre la forma cómo se debe comandar una unidad en circunstancias difíciles, cuando algunos elementos insubordinados quieren mellar el prestigio de la unidad, menoscabar y pisotear la autoridad de un Comandante.

Volvió la calma y luego di el parte correspondiente al Comando de División y también al de Ejército dando cuenta de cuanto había ocurrido.

Al día siguiente, 14 de agosto, se presentaron en la guarnición de Challapata los Coroneles Hugo Céspedes Espinoza y Hugo Rocha Patiño, ambos conformaban una Comisión especial. Luego de informarles sobre todo cuanto había ocurrido, sujetándome a la más estricta verdad, me indicaron que los tres detenidos debían ser conducidos, de inmediato, a La Paz bajo el cuidado de Rocha. El Cnl. Céspedes se quedaría para recibir las declaraciones y proseguir con la investigación necesaria.

Grande fue mi sorpresa cuando al siguiente día, domingo 15 de agosto, regresaron a Challapata los tres, acompañados por el Comandante de División, Cnl. Miguel Azurduy Estenssoro. Todo aquello resultaba sumamente sorprendente pues una actitud como la de los tres oficiales, que habían protagonizado un motín, no fue debidamente evaluado en el Comando de Ejército. Ese delito se pasó por alto ya que decidieron, muy alegremente, su regreso para que en compañía de quien había partido con ellos, Cnl. Azurduy y de quien quedó en Challapata, Cnl. Céspedes Espinoza, se hicieran ciertos arreglos, como quien dice "lavar los trapos sucios en la casa". Más tarde supe que en el Comando de Ejército afirmaron que todo lo ocurrido fue por efectos del alcohol y nada más.

Se realizó la reunión de Jefes y Oficiales, más o menos a las seis de la tarde del domingo. Hice uso de la palabra y relaté, en forma breve y objetiva, todo lo acontecido el 13 de agosto. Anoté, al mismo tiempo, que no admitiría más a los tres Oficiales en el seno de la unidad por ser responsables del acto bochor-

noso y asimismo, irrespetuoso. Al pasar por alto las normas disciplinarias daban un nefasto ejemplo al resto de Oficiales y Clases de la unidad.

Hablaron los Cnles. Azurduy y Céspedes quienes coincidieron en afirmar de que en aras de la unidad y espíritu de cuerpo del Regimiento, se olvidara todo lo acontecido. Me insinuaron para que los tres se reincorporaran nuevamente al Regimiento. Se escucharon, igualmente, las palabras del My. López en sentido de pasar por alto un incidente tan bochornoso comprometiendo trabajo, disciplina y lealtad. Expresó su arrepentimiento, en nombre suyo y el de los dos Capitanes. Ante esto, acepté la reincorporación a las filas del Regimiento de dichos Oficiales.

La unidad volvió a una relativa normalidad pero esto se produjo en forma paulatina. Sin embargo, había desaparecido la confianza que existía antes de esos lamentables sucesos.

XVII

La noche del 18 de agosto, más o menos a las 22.00 horas, fui llamado urgentemente por el Comandante de División para sostener una conferencia por radio porque en la tarde de ese mismo día, se había iniciado en la ciudad de Santa Cruz un movimiento revolucionario. Las radioemisoras cruceñas transmitían, en cadena, numerosas proclamas incitando al alzamiento.

De este modo conversé con el Cnl. Azurduy en presencia de mi Ayudante, Cap. Capriles. Cambiamos ideas acerca de la situación en el país. Azurduy me dijo que tuviera lista a mi unidad para marchar sobre Oruro en cualquier momento.

Como mi Regimiento, en lo operativo, dependía directamente del Comando de Ejército, le dije que si tenía esa orden para mi unidad. Le hice notar la falta de combustible necesario para mover la columna de vehículos. Me reiteró que, de todos modos, estuviera listo pidiéndome solucionar el problema de los carburantes. Así concluyó la primera conversación.

A las 23.00 del mismo día tuve la segunda conversación. Esta vez, el Comandante de la División me ordenaba que saliera de inmediato, con todos mis efectivos, hacia Oruro, porque la situación se hacía cada vez más grave. En esta oportunidad le pedí que me leyera la disposición respectiva del Comando del Ejército para dar cumplimiento a su orden. Además, le reiteré la falta de gasolina, despidiéndonos hasta otro momento.

Más o menos a las 00.30 del 19 de agosto, nuevamente el Cnl. Azurduy, muy angustiado y reflexivo, me indicó que hiciera cuanto estuviese a mi alcance para conducir mi unidad hasta Oruro.

Después de este tercer contacto y apreciando la situación crítica en que se encontraba el país, decidí movilizar el Regimiento, consiguiendo la gasolina requerida para el desplazamiento de los vehículos y ase-

gurar el traslado de las tropas, tal como pedía el Comando de División.

Ordené al Comandante de Batallón, My. López, para que se constituyera en el cuartel a fin de impartir las órdenes del caso a los Comandantes de Compañía. Debía levantarse, de inmediato, la tropa, proceder a su preparación y alistar todos los efectivos a fin de partir a las seis de la mañana, hora en que indiqué a la División que el Regimiento emprendía la marcha. En cuanto a la gasolina tuve que ordenar al agente de YPFB, señor Benegas, que me proporcionara en calidad de préstamo unos dos mil litros.

Con el antecedente de lo ocurrido el día 13 de agosto, cuando los protagonistas de estos hechos querían ser los iniciadores de la revolución y su fracaso por mi actitud, antes de iniciar la marcha con dirección a Oruro, convoqué a una reunión de urgencia a los Jefes, Oficiales y Clases en el cuartel del Regimiento a fin de ponerlos al tanto de la situación y el motivo de nuestro traslado a Oruro.

En primer lugar expresé, claramente, que como Comandante era el único responsable de cuanto haría la unidad. Pedí el cumplimiento fiel de mis instrucciones como buenos soldados de la Patria que deben acatar disciplinadamente las disposiciones de su Jefe. Analicé brevemente la situación del país, especialmente cuanto ocurría en Santa Cruz. Añadí que si había que tomar una determinación, lo haríamos en resguardo de la tranquilidad de la nación y por el respeto a la institución armada, cuidando por su integridad. Para

concluir la breve reunión, antes de la partida, todos indicaron, a una sola voz, que mis órdenes serían acatadas y cumplidas disciplinadamente.

Más de 600 soldados, distribuidos en siete compañías ocupando los vehículos disponibles, salimos con dirección a Oruro a las siete de la mañana, con todas las disposiciones y medidas de seguridad que el caso aconseja. Quedó en la guarnición de Challapata una compañía reforzada al mando del Tte. Ramiro de la Riva.

Cuando la columna se aproximaba al cruce de Huanuni, vimos numerosos camiones que se dirigían a Oruro. Comprobamos, en seguida, que eran mineros que se movilizaban en defensa del gobierno. Esto pudimos probarlo cuando un camión se detuvo, debido seguramente por falla mecánica. Conversamos con sus ocupantes y así pudimos confirmar que era gente minera que se desplazaba para defender al régimen. Yo les indiqué que mi Regimiento iba a Oruro para imponer orden.

Proseguimos viaje y llegamos al camino adyacente a la pista del aeropuerto. Nos detuvimos en ese punto a fin de hacer conocer mi decisión a los Jefes, Oficiales y Clases, tomada a lo largo del recorrido, de sumarse a la rebelión y apoyar la revolución encabezada por el Cnl. Hugo Banzer Suárez.

En dos jeeps nos dirigimos al Comando de la II División, el My. López, el Cap. Capriles, dos Clases y el autor de estas notas. Dicho Comando funcionaba en las dependencias del Regimiento Camacho. En esos

momentos se realizaba una reunión con algunos dirigentes políticos. La columna quedó, entre tanto, al mando del Cap. Guzmán.

Esa decisión la tomé como Comandante de unidad sin que nadie me hubiese obligado a hacerlo. Actué sin ningún cálculo, menos por conveniencia personal. Tomé esa determinación en forma serena pues juzgaba ser la más conveniente para salvar al país y a la institución armada sobre la que pesaba la amenaza de su destrucción. Para Bolivia se avecinaban horas de angustia y de anarquía, de un desorden que ponía en grave riesgo su existencia.

Una cosa es la Patria, la institución armada y sus supremos intereses. Otra, es la amistad con quienes, en determinado momento, se encuentran a la cabeza de la institución.

Seguramente muchos pensaban, especialmente quienes dirigieron desde sus comienzos este movimiento, que me inclinaría por la amistad y sentimientos personales, pues tanto el Jefe de E.M.G., Cnl. Samuel Gallardo Lozada y el Ministro del Interior, Dr. Jorge Gallardo, eran mis amigos. Sin embargo, ante las alternativas que suelen presentarse en la vida, es preferible obrar como militares defendiendo a su institución y a la Patria. Lógicamente se pierde la amistad de buenos amigos personales.

Esta fue mi actitud de la cual no me arrepiento como tampoco me arrepentiré jamás de todos los actos de mi vida profesional. Actué, en todo momento, con decisión, valor y firmeza.

En la reunión se nos esperaba con lógica ansiedad pues todos deseaban conocer mi opinión y mi actitud.

De inmediato tomé la palabra para hacer conocer que mi Regimiento estaba sobre ruedas, en el aeropuerto de la ciudad. Solicité al Comandante de División que nos pusiera al tanto de la situación para conocer el desarrollo de los acontecimientos lo mismo que las órdenes recibidas del Comando de Ejército con respecto al movimiento de la unidad a mi cargo.

El Cnl. Azurduy hizo una breve síntesis de los hechos, indicando, sobre todo, las unidades que iban sumándose al movimiento. Con relación a la orden del Comando de Ejército, para el desplazamiento de mi unidad, dijo que había recibido verbalmente —lo cual era una mentira— tal disposición. Continuó con una serie de argumentos para pintar con colores más dramáticos la situación. Noté que esperaba la decisión de mi Comando para ver lo que haría.

Al concluir su intervención, solicitó mi parecer. Como yo había tomado una firme decisión y sin tomar en cuenta sus argumentos y motivaciones, además viendo los rostros marcados por la angustia y la profunda preocupación de los militares y de los pocos civiles que asistían a la reunión, en forma serena y decidida manifesté que mi unidad, velando por el pueblo de Bolivia y por sus Fuerzas Armadas, se plegaba con firmeza, valor y sin esperar recompensas a la revolución.

Disminuyó la tensión en la concurrencia que expresó su alegría con aplausos. A continuación ordené al My. López para que condujera al Regimiento hacia el cuartel Camacho a fin de iniciar el operativo correspondiente.

Se solicitó un plano de la ciudad para tomar, conjuntamente con el Regimiento Camacho, las medidas del caso. Ocupamos todos los puntos estratégicos y las reparticiones públicas. Esta operación, desarrollada alrededor de las tres de la tarde, con el Comandante de Batallón, Oficiales y Comandantes de Compañía, nos permitió el control total de la ciudad a horas 16.00 El único foco de resistencia fue la Universidad de Oruro. Luego de un disparo de bazoka a la puerta principal, se rindieron los que pretendían resistir. Todos ellos fueron conducidos presos al cuartel.

De la columna de mineros no se supo nada. Oruro se encontraba bajo el control total de las unidades militares.

Todo esto sucedió el viernes 19 de agosto. Hasta ese momento, los demás Comandantes de unidades de las FF.AA. no se pronunciaron en favor de la revolución.

Una de las primeras medidas de mi Regimiento fue recuperar el edificio de la II División que fuera cedido, bajo presiones, al gobierno del Gral. Torres, al magisterio local. De esta manera, la institución armada volvía entrar en posesión de su legítimo patrimonio.

XVIII

El sábado 20 volaron aviones militares sobre la ciudad de Oruro y especialmente sobre el sector del Regimiento Camacho. Lanzaron volantes con consignas destinadas a la tropa. Incitaban a deponer las armas y que no dispararan contra sus hermanos. Les ofrecían, asimismo, el licenciamiento inmediato.

Estas incitativas no tuvieron efecto alguno porque la decisión de todos era invariable.

A las seis de la mañana, el Comandante de la División y el autor de estos apuntes, fuimos informados por un taxista de que una columna fuertemente armada se aproximaba a Caracollo, seguramente con la intención de retomar Oruro.

Evidentemente, era una agrupación táctica conformada por el Regimiento Motorizado y el Andino, comandada por el Cnl. Luis Quiroga Prada y el My. Hugo Pórcel Zamora, con el objetivo de recuperar la capital orureña.

Ante esto, organizamos inmediatamente la defensa en las afueras de la ciudad, con despliegue de infantería y artillería sin descuidar, por supuesto, el camino que conduce a los centros mineros. Se nos informó, igualmente, que la columna se había detenido en un lugar llamado Pasto Grande, desde donde no avanzó más.

A las diez de la mañana más o menos, los aviones de la FAB incursionaron en forma amenazante so-

bre nuestros dispositivos. Al mismo tiempo, llegaban al cuartel, el My. Pórcel Zamora y el Cap. Oscar Roca Elío, en actitud intimidatoria, para tratar de hacernos desistir de nuestra actitud ya debidamente consolidada. En caso contrario, dijeron, cumplirían su misión de atacar para recuperar Oruro. Nuestra firmeza les hizo ver que no estábamos dispuestos a ceder ante ninguna amenaza y que si atacaban, nos defenderíamos hasta las últimas consecuencias.

Más tarde supimos que el Comandante de esa Agrupación Táctica fue llamado a La Paz. No supimos los motivos para que esa unidad se quedara en Pasto Grande sin su Comandante y sólo a órdenes del Mayor Pórcel, en espera —según decían— de nuevas instrucciones.

Por intermedio de un parlamentario, enviado por la Agrupación Táctica, se nos indicó que a las 15.30 debíamos encontrarnos en el campo de nadie, el Comandante accidental My. Pórcel, con un Oficial y el Comandante de División conmigo, a fin de tomar acuerdos definitivos. A esa hora de la tarde, sabíamos por informaciones radiales que la situación en La Paz era cada vez más crítica y que la única unidad que aún resistía era el Batallón del Regimiento Colorados, al mando del My. Rubén Sánchez, en defensa del gobierno.

Dicha entrevista se realizó, aproximadamente, a las cuatro de la tarde. En este encuentro se acordó, conforme a expresiones del My. Pórcel, que las tropas que comandaba, accidentalmente, permanecerían

inmovilizadas en el mismo lugar y que lo propio debíamos hacer nosotros. Esto demostraba un cambio radical en los enviados para retomar Oruro.

En horas de la tarde regresamos a nuestros puestos de Comando. Se había consolidado la revolución. El Gral. J. J. Torres y su gabinete huyeron al anochecer.

Se dijo que existía un plan denominado "Aguilita Voladora" o "Ciempiés", que consistía en el avance simultáneo de fuerzas de La Paz y de los centros mineros hacia Oruro. Este plan no llegó a desarrollarse y sólo hubo una pequeña escaramuza, en la tarde del sábado, en las proximidades del aeropuerto de Oruro, entre trabajadores de las minas y las tropas que resguardaban dicha base aérea y los caminos adyacentes. El saldo fue de cuatro o cinco mineros muertos y algunos presos.

El domingo 21 de agosto, cuando la situación se había consolidado, el Comandante de la División convocó a una reunión de urgencia que se realizó a las nueve de la mañana. Se trataba de una consulta del Alto Mando Militar sobre una terna para designar al Presidente de la República. En ella figuraban el Coronel Hugo Banzer Suárez, General Florentino Mejía y el Cnl. Andrés Selich. Por unanimidad y en forma inmediata, todos nos pronunciamos para que el nuevo mandatario fuese el Cnl. Banzer. Esta decisión fue transmitida de inmediato a La Paz.

Luego de todos estos acontecimientos fue preciso tomar las medidas post-revolucionarias referentes

a la designación de autoridades del departamento de Oruro.

Como siempre ocurre en la agitada vida política de Bolivia, cuando todo está consolidado y pasa el peligro, aparecen civiles y gente de partidos que aseguran haber contribuido a la revolución con su "esfuerzo" y sus "sacrificios". Lo único que hay es el afán de conseguir una ubicación en el presupuesto nacional.

Es así que, en una reunión en que participaban solamente miembros del Estado Mayor y Comandantes de unidades, se presentaron elementos del MNR y FSB, esperando recibir designaciones. El Cnl. Azurduy ya estaba dispuesto a aceptar los planteamientos de los "colaboradores" de la revolución pero solicité un cuarto intermedio para tener otra reunión, de carácter estrictamente militar, sin la presencia de civiles, dispuestos a "sacrificarse" por el país.

Muchos Jefes y Oficiales, por no decir la totalidad de ellos, me solicitaron hacerme cargo de la Prefectura. Este pedido lo rechacé cordialmente indicándoles que mi contribución en favor de la revolución triunfante, no era para conseguir cargos políticos ni acomodos personales y que mi puesto era nada más que el Comando del Regimiento.

Las circunstancias y ese momento tan especial imponían que las autoridades departamentales fuesen militares. En este sentido, en el curso de la reunión, propuse el nombre del Cnl. Miguel Azurduy, para ocupar la Prefectura y el del Cnl. Ing. Luis Ramírez Can-

seco para Alcalde Municipal. La proposición fue aceptada por unanimidad por los Jefes, Oficiales y Clases de la guarnición.

Con los detalles de este relato y los pasos fundamentales que se dieron a fin de que la revolución alcanzara el mayor éxito, se produjo el ascenso del Cnl. Hugo Banzer Suárez a la presidencia. Posteriormente ascendido a General, gobernó por el lapso de siete años, registrándose así uno de los hechos más significativos en la turbulenta historia de nuestro querido pueblo boliviano.

Se alejó la gravísima amenaza que pesaba sobre el país. El extremismo perdió las posiciones que había logrado ganar con el gobierno del General J. J. Torres. Empezaba una nueva etapa en la vida de Bolivia.

XIX

Durante los años 1972-73 fui Jefe de Estado Mayor de la I División de Ejército que se encontraba bajo el mando del Coronel Alcoreza Melgarejo, a quien siguió el Gral. Alberto Libera Cortez.

En agosto de 1973 estalló en Santa Cruz un movimiento subversivo de los falangistas encabezado por Carlos Valverde Barbery quien, luego de servir como Ministro de Estado al Gral. Banzer Suárez, pasó a la oposición. En esta acción encabezada por el ex-ministro de Salud Pública, estuvieron involucrados el Coman-

dante de la VIII División Gral. Hormando Alvarez y el Comandante del Colegio Militar de Aviación, Tcnl. Hugo Muñoz.

Como consecuencia de este fallido golpe, fueron detenidos varios Jefes y Oficiales, especialmente en Cochabamba y Santa Cruz. Puede mencionarse, entre ellos, a los Capitanes Carlos Zapata Cabeza, Humberto Campos Valdez, Rolando Saravia Ortuño, Renán Canelas López, Tte. Rudy Landívar, Tcnl. Hugo Muñoz y el General Hormando Alvarez.

Por orden del Presidente de la República fui designado Juez sumariante. Actué como Secretario del Tcnl. Oscar Larraín Frontanilla. Recibimos, de inmediato, las declaraciones de los comprometidos en la fracasada subversión. De acuerdo con el grado de culpabilidad se aplicaron las sanciones correspondientes conforme a las normas del Código Penal Militar. El Gral. Alvarez fue dado de baja y residenciado en Riberalta. El oficial más comprometido, de acuerdo con sus declaraciones, resultó ser en Santa Cruz el Tte. Rudy Landívar, quien prestó su declaración en la vivienda actual del Jefe de Policía Militar, contigua al cuartel situado en San Jorge. Dio detalles y nombres, las reuniones y lugares donde se efectuaron y en las que se planeó la revolución para intentar derrocar a Banzer Suárez. Puede decirse que esta fue la primera expresión de disconformidad con el nuevo gobierno. Este plan no pudo contar con el apoyo necesario para alcanzar los objetivos perseguidos por los revolucionarios.

En 1974 se registró otro episodio en la vida política del país cuando el 4 de junio se intentó derrocar, nuevamente, al gobierno, en una acción conocida con el nombre de "El tarapacazo". En esta ocasión me encontraba desempeñando las funciones de Jefe del Departamento II del Ejército. En dicha condición tuve que actuar en las labores de investigación. Tomé declaraciones a los Jefes y Oficiales comprometidos en tal hecho.

Se sindicó a varios Comandantes de unidades como participantes en este golpe que contó con el Regimiento Tarapacá como fuerza inicial. Algunos blindados de esta unidad bajaron de El Alto a la ciudad con misiones específicas pero no llegaron a cumplirse por falta de decisión y coordinación de los sublevados.

Se dijo que una poderosa unidad, el Regimiento Lanza con asiento en Guaqui y comandada por el Cnl. Edén Castillo, estaba muy comprometida. Se comentó que dicho Jefe se desanimó negándose a entrar en acción en el momento oportuno.

El Tcnl. Ing. Genaro Zegarra, comprometido también en el plan subversivo, fue quien le encaró, en mi oficina, acerca de su complicidad. Inclusive llegó a decirle que había recibido dinero. Ante tales evidencias, Castillo se negó. Varios Jefes y Oficiales que participaron igualmente en este movimiento fallido, fueron detenidos, sancionados y algunos expulsados del país. Se debe destacar que el Comandante del Tarapacá, Tcnl. Rodolfo Cueto Jiménez, fue advertido sobre los

trajines subversivos de algunos de sus Oficiales. Particularmente yo le indiqué que el Subte. Carlos Llanos Badani era el enlace que realizaba frecuentes viajes a Oruro y Cochabamba, en automóviles alquilados por los cabecillas de la subversión.

El Departamento II tenía informaciones de fuentes que merecían toda fe. En consecuencia, ordenó que el Subte. Llanos se presentara en mi oficina a fin de tomar las medidas más aconsejables. Este Oficial quedó detenido el 3 de junio y fue el propio Comandante del citado Regimiento que se presentó en horas de la noche, con algunos Oficiales, reclamando por su libertad. Invocó para ello su condición de Comandante responsable de la conducta de sus subordinados.

Empero, cuán equivocado estaba Cueto cuando en la noche del 4 de junio, o sea al siguiente día, fue apresado por sus propios Oficiales en su Comando. Lo inmovilizaron a fin de que los comprometidos bajaran a la ciudad con algunos blindados para cumplir misiones y objetivos determinados.

Otro centro de agitación fue el Batallón Divisionario de la I División donde sus Oficiales y algunos miembros del Estado Mayor detuvieron, momentáneamente y cortándole las comunicaciones al Comandante, General Alberto Libera Cortez.

En el Regimiento Ingavi 4 de Caballería, comandado por el Cnl. Raúl Tejerina Barrientos, las opiniones estaban divididas. Unos apoyaban la decisión de

respaldar el golpe y otros, defeccionaron o se desanimaron.

Este hecho no contó con el apoyo de las unidades comprometidas en el interior del país. Por tanto, el "tarapacazo" fracasó. Los resultados de este golpe fallido fueron graves para algunos miembros de la institución. Por orden del gobierno fue expulsado del país el Tcnl. Raúl López Leytón. Igual decisión se tomó con los Mayores Gary Prado Salmón, Ricardo Sánchez y Alejandro Uzqueda. Otros Oficiales, como los Subtes. Fernando Loaiza, Oscar Lobos y algunos más, se asilaron en Embajadas de donde salieron al exterior.

Este suceso significó para el Gobierno una profunda preocupación ya que la actitud de Oficiales y Jefes de algunas unidades obligó a que se aplicaran medidas drásticas.

El 7 de noviembre de 1974 se produjo nuevamente en la ciudad de Santa Cruz otro movimiento subversivo con participación de elementos falangistas que pretendían derrocar al gobierno del Gral. Banzer.

Se tenían informaciones precisas sobre los planes de militares y civiles para alcanzar sus objetivos. En una oportunidad tuve que viajar a la capital cruceña para conversar con el entonces Comandante de la VIII División, General Julio Pérez Chacón. Luego de la información que proporcioné me dijo que no veía nada anormal en la conducta de sus Jefes y Oficiales. La única novedad era que el Tte. Tito Fiori se encontraba en la clandestinidad. Era el nexo entre civiles y militares comprometidos.

Este caso fue similar al de la actitud del Tcnl. Rodolfo Cueto Jiménez, comandante del Tarapacá en el fracasado "tarapacazo". Pérez Chacón avaló la conducta de sus subordinados demostrando su tremenda equivocación ya que lo sorprendió también la subversión en los primeros días de noviembre. Se debe destacar que el principal complicado en dicho alzamiento fue el My. Edgar Chumacero, quien se encontraba al mando del Regimiento Manchego 12 de Infantería.

En los primeros días de noviembre, dicho Jefe se encontraba en el Gran Cuartel General de Miraflores para defender su tesis de ascenso. Precisamente, a horas muy tempranas del 7 de ese mes, vino a mi oficina para indicarme que su unidad confrontaba un serio problema y que, por tanto, debía constituirse de inmediato en ella. El Presidente Banzer Suárez, sabedor de lo que estaba ocurriendo en Santa Cruz, donde las unidades militares controlaban la ciudad y a cuya cabeza estaban el Gral. Hormando Alvarez, el Tte. Tito Fiori y los falangistas capitaneados por Carlos Valverde, se constituyó en el Comando en Jefe para tomar las medidas que imponían las circunstancias.

Viajó de inmediato y en el mismo avión llevó al My. Chumacero quien, según se sabe, se había comprometido con el Gral. Banzer Suárez para restituir la normalidad de su unidad.

Este Jefe, una vez al mando de sus tropas, hizo todo lo contrario a su compromiso con el primer mandatario. Nuevamente desplazó sus efectivos para reiniciar la acción subversiva. Esta actitud duró poco tiem-

po pues las tropas llegadas del interior del país retomaron la ciudad restableciendo la normalidad. Hubo varias bajas y detenciones. El Tte. Fiori, conducido a La Paz, fue duramente golpeado.

El My. Chumacero y otros civiles se dieron a la fuga. El Gral. Alvarez fue detenido por segunda vez. En esta oportunidad, la sanción para este Jefe fue ser residenciado en Trinidad, en el lugar llamado Campo Luminoso, un centro ganadero de COFADENA. Por varias razones, entre ellas climatéricas, no alcanzó a viajar por lo que se le fijó residencia en Alto Obrajes, en la casa de su hermano político Gral. Alfonso Villalpando.

Esta subversión fracasó, igualmente, por la defección de algunas unidades comprometidas en el interior del país. Fue el tercer intento para derrocar al Gral. Banzer Suárez. Estuvo protagonizado por elementos militares muy adictos, en primera instancia, al propio mandatario. Luego se convirtieron en elementos resentidos y adversarios del gobernante.

A esto debe sumarse el permanente compromiso de elementos falangistas que para asegurar la ascensión de Banzer Suárez constituyeron una de las fuerzas políticas que apoyaron, en forma decidida, la revolución de agosto de 1971. Posteriormente, FSB se convirtió en fuerza opositora al Gobierno. Este grupo estaba liderizado por Carlos Valverde Barbery, cuyo resentimiento nació el momento en que debió dejar el cargo de Ministro de Salud Pública. Es decir, se repitió lo que siempre ocurre en nuestra vida política.

Quienes, por uno u otro motivo, o por razones de mejor servicio, deben retirarse de ciertas situaciones en el gobierno, se convierten de inmediato en enemigos del primer mandatario, salvo excepciones muy contadas.

El gobierno del Gral. Banzer Suárez, después de conjurar este nuevo acto subversivo, dictó las medidas del 9 de noviembre de 1974, mediante Decretos que son de amplio conocimiento del pueblo y de las FF.AA. Sin embargo, es preciso destacar la disolución del Frente Popular Nacionalista y la responsabilidad gubernamental que recayó sobre los hombros de la institución armada. Al mismo tiempo, se dispuso el receso de toda actividad sindical y política implantándose el Servicio Civil Obligatorio.

En 1975 permanecí como Jefe del Departamento II. No se registró nada anormal pues las actividades, tanto nacionales como castrenses, se desarrollaron sin contratiempos. El país vivía en un período de paz social completa.

En 1976 tuve que viajar a Panamá por motivos de salud. Debo agradecer públicamente a los Generales Raúl Alvarez Peñaranda, Comandante General del Ejército y Víctor Castillo Suárez, Jefe de E.M.G. por la decidida y sincera cooperación que prestaron para este viaje en compañía de mi esposa. Pude contar así con los recursos necesarios para mi curación.

Una vez restablecida mi salud, fui nombrado Presidente del Tribunal Permanente de Justicia Militar, cargo que desempeñé por el lapso de dos meses, o sea

del 4 de octubre al 4 de diciembre de dicho año. Luego, por Orden General fui destinado como Comandante de la III División con asiento en Villamontes.

El 5 de enero de 1977 me hice cargo del Comando de esa División, relevando al Cnl. Arturo Veizaga Barrón. Mi Jefe de E.M. fue el Cnl. Luis Llanos Mendieta.

Fue en este año en el que, por determinación del Ejército se crearon dos Cuerpos: el primero con asiento en Oruro y el segundo, con asiento en Santa Cruz, cuyo Comandante era el Gral. de Brigada Antonio Rojas Montalvo.

En la guarnición de Villamontes y bajo los tres Comandos anteriores, se registraron algunas anormalidades cometidas por Jefes y Oficiales. Consistían en la internación de vehículos de la República Argentina, con ciertas facilidades otorgadas de acuerdo con los Jefes de la aduana de Yacuiba. Este lamentable hecho se repitió con excesiva frecuencia hasta constituir un factor negativo para el buen nombre de los miembros de la institución armada que prestaban servicios en Villamontes y Yacuiba. Los beneficiados con este abuso obtenían apreciables sumas de dinero para su provecho personal, en desmedro del prestigio de la institución militar.

En una ocasión, por orden del Presidente de la República, viajamos a Yacuiba el Gral. Raúl Alvarez Peñaranda, el Director General de Aduanas de esa época, Tcnl. Av. Hernán Castro V. y el autor. Pudimos com-

probar los hechos relatados los mismos que fueron puestos en conocimiento del primer mandatario.

Mi destino, como Comandante de esta División se definió, de acuerdo con recomendaciones del Comando y Jefe de Estado Mayor del Ejército. Más tarde me dijeron de dicho destino obedecía a instrucciones del Presidente de la República para poner orden en esa región y recobrar el prestigio de la Institución Armada cortando, de manera radical, el tráfico ilegal de vehículos. Cumplí esa misión en forma positiva pues durante mi gestión ningún miembro de las FF.AA. tuvo oportunidad de dedicarse a semejante actividad.

Con la colaboración eficaz y decidida del Jefe de E.M. de mi Comando y de los jefes dependientes del mismo, se cumplió un año calendario completo de labores, es decir, de instrucción, trabajos territoriales conforme a nuestros planes y programas, realizando inspecciones a las unidades bajo mi mando. Esta actividad se desarrolló en forma contínua de modo que no se produjeron actitudes contrarias a nuestras normas de vida militar. Dicho año culminó sin ninguna novedad. Posteriormente fui destinado como Comandante del II Cuerpo de Ejército en la ciudad de Santa Cruz.

En el curso del año, recibimos la visita del Gral. Banzer Suárez en tres oportunidades. La primera, en enero; la segunda con motivo de la inauguración de la fábrica de aceite de Villamontes y la última, en noviembre para informarnos sobre la situación política; fundamentalmente de la apertura democrática que había decidido el gobierno, llamando a elecciones gene-

rales las mismas que se realizaría en 1978. Se adelantaba, de esta manera, en dos años, la determinación tomada por el gobierno en 1974, que era de que las Fuerzas Armadas gobernarían hasta 1980.

Esta visita fue realizada por el primer mandatario en compañía del Ministro del Interior, quien en una amplia exposición y de acuerdo con lo tratado en reuniones del gabinete ministerial y del Alto Mando, informó que se había decidido que Banzer Suárez sería el candidato en 1978 para un período constitucional de cuatro años.

El Ministro Gral. Juan Pereda Asbún, analizó todos los aspectos sociales, políticos, económicos, militares y otros relacionados con la política internacional. Concluyó su exposición afirmando que el Gral Banzer Suárez era el personaje que reunía todas las condiciones favorables para ser el candidato.

El Ministro Pereda Asbún solicitó nuestras opiniones. Es necesario hacer notar que en dicha reunión, después del saludo del Presidente, éste se retiró de la sala para dejarnos solamente en compañía de su Ministro del Interior. Obró de esta manera por razones de ética personal y para que su presencia no influyera en nuestro ánimo de modo que pudiéramos dar opiniones francas y sinceras. Pocos Jefes y Oficiales hicieron uso de la palabra para presentar sus puntos de vista pues todos coincidían en que esa posición era la más adecuada. Así se apoyó la sugerencia de Pereda Asbún.

En mi condición de Comandante de la División y para poner punto final a la reunión, hice uso de la palabra a fin de hacer conocer algunos aspectos relacionados con la proposición del Secretario de Estado. Asimismo requerí, principalmente, al Ministro Pereda Asbún, que nos hiciera conocer los efectos de su proposición en el ambiente civil. Como todo andaba sobre ruedas, según el alto funcionario y se tenía el consenso del pueblo, no quedaba otra cosa, como militar, que dar mi opinión en sentido de estar de acuerdo con dicha propuesta que se juzgaba conveniente para el país.

Todos estábamos conformes y sólo esperábamos los resultados definitivos de tan trascendental paso dado por las FF.AA. porque la consulta fue hecha a todos los miembros de la institución armada.

En los primeros días de diciembre fui sorprendido por la intempestiva visita de un suboficial quien llegó en un avión de la FAB para entregarme, en forma personal, un sobre cerrado con la advertencia de que no lo abriera, de acuerdo a instrucciones, hasta las ocho de la noche, hora en la que el Presidente Banzer Suárez difundiría su Mensaje al pueblo boliviano.

Convoqué a reunión de Jefes y Oficiales, inclusive a los de la guarnición de Yacuiba, a fin de escuchar la palabra presidencial y, al mismo tiempo, abrir el sobre cerrado que tenía en mi poder.

Nuestra sorpresa fue grande, pues el Mensaje leído por el Gral. Banzer Suárez planteaba su decisión de revisar serenamente la posición de su candidatura,

propósito comunicado en noviembre, es decir, dicha candidatura quedaba sin efecto ya que por un elevado acto de desprendimiento retiraba su postulación que había contado con el consenso de sus camaradas. Nos pedía comprensión por el paso que estaba dando.

El impacto fue demasiado fuerte y quedamos realmente desconcertados. En consecuencia, estuvimos en espera de más informaciones para ver el rol que debíamos desempeñar y conocer la posición que asumiríamos en definitiva, frente a futuros acontecimientos.

La sorpresa no fue solamente para los militares sino también para todo el pueblo de Bolivia.

Posteriormente, en un acto espontáneo y sorpresivo, según dicen, en la ciudad de Santa Cruz, ante una concentración en la plaza 24 de Septiembre, el Gral. Banzer Suárez proclamó como candidato presidencial "por el nacionalismo" a su Ministro del Interior, Gral. Juan Pereda Asbún, quien se encontraba junto a él. Los resultados de esta decisión serán motivo de un análisis posterior.

El 8 de enero de 1978 me constituí en mi nuevo destino de Comandante del II Cuerpo de Ejército sustituyendo en el cargo al Gral. Antonio Rojas Montalvo, destinado al Comando de la Escuela de Altos Estudios Nacionales como Director.

El destino que recibí constituyó un ascenso en mi carrera profesional y una satisfacción personal por el hecho de comandar un Cuerpo de Ejército, lo cual significaba tener bajo mi mando a tres Divisiones con

sus respectivas unidades. Además, tenía jurisdicción en los departamentos de Santa Cruz y Tarija.

El cambio de Villamontes, un pueblo cordial, respetuoso y amigo de las FF.AA. me causó profunda pena. Agradezco, una vez más, a sus autoridades y toda su población por las permanentes e innumerables muestras de apoyo y comprensión que me brindaron durante mi gestión.

Mi llegada a Santa Cruz constituyó un ascenso y grata satisfacción; en esta ciudad recibí de sus autoridades y sus habitantes constantes pruebas de respeto y aprecio; tuve como Jefe de E.M. al Gral. de Brigada Julio Herrera Dorado y como Comandantes de División a los siguientes: Gral. Brig. Humberto Palacios Medina de la III; Brig. Augusto Calderón Miranda de la IV y Gral. Brig. Aldo Justiniano Viveros de la V.

En Santa Cruz ya se notaban y sentían los aires de una intensa actividad pre-electoral pues fue en la capital cruceña donde se proclamó, por primera vez, como candidato presidencial, al Gral. de Brigada Aérea Juan Pereda Asbún, quien fue Comandante de la FAB por poco tiempo, pues tuvo que habilitarse para iniciar su campaña política.

En los frecuentes viajes que realizaba el Gral. Banzer Suárez a Santa Cruz, teníamos oportunidad de intercambiar opiniones entre autoridades civiles y militares sobre la situación política. Al mismo tiempo, recibíamos informaciones y orientación del primer mandatario. Toda esta actividad se relacionaba con la

etapa pre-electoral. Sin embargo, es necesario destacar que en todo momento nos reiteraba el Presidente que debía prestarse todo el apoyo y cooperación necesaria al candidato del nacionalismo, Gral. Pereda Asbún.

Más o menos a mediados de marzo se recibió en mi Comando una orden del Comando General del Ejército, en texto cifrado, para consultar a las unidades sobre la opinión y el apoyo que se brindaría a Pereda Asbún. Concretamente se nos pidió porcentajes referentes a dicho respaldo.

Recibidos los informes sobre los resultados de las consultas personales, hechas por radio a través de los Comandos de las tres Divisiones, se observó un cuasi empate, es decir, el 50 por ciento estaba de acuerdo en apoyar la candidatura de Pereda Asbún y el otro cincuenta por ciento era, si no contrario, por lo menos indiferente por su candidatura.

En una de las varias oportunidades en que comuniqué estos resultados al Gral. Banzer Suárez, le solicité realizar un viaje por todas las guarniciones dependientes de mi Comando a fin de conversar personalmente con los Jefes y Oficiales. También pedí tal cosa al Comando de Ejército, que me proporcionó un avión para realizar el recorrido respectivo. Conté con uno de la empresa aérea del Cnl. Luis Arce Gómez, quien desempeñaba las funciones de Ayudante del Gral. Alfonso Villalpando, Comandante General del Ejército.

Llegó el avión con el piloto civil Prudencio Morales, viajamos en compañía del G-II del Comando de

cuerpo, Tcnl. Carlos Mena y de mi Ayudante Cap. Walter Herrera.

La primera guarnición visitada fue Camiri. Viajé con su Comandante Gral. Augusto Calderón, quien se encontraba esos días en Santa Cruz.

El recorrido duró, aproximadamente, siete días y me sirvió muchísimo para conversar con Jefes, Oficiales y Clases. Analizamos con ellos la situación política del país en este período pre-electoral. Como punto fundamental debía conseguirse el apoyo de todos ellos a la candidatura de Pereda Asbún.

Les plantée la necesidad de apoyarlo porque esta fue la idea y recomendación que constantemente repetía el Gral. Banzer Suárez. Felizmente todos comprendieron que tal vez esta era la mejor solución en las próximas elecciones (9 de julio de 1978). Lamentablemente, en ese tipo de consultas, la mayoría de los Jefes y Oficiales no llegaron a expresar sus verdaderos sentimientos, por disciplina o por el temor de comprometerse. Es por esta razón que no se logró conseguir una opinión sincera, veraz y objetiva sobre la cual se pudiera tomar decisiones o elevar informes realmente verídicos, a la superioridad. En estos casos, lo que tocaba al Jefe o Comandante y en esta oportunidad al autor, era tratar de interpretar la posición y pensamiento de los componentes de cada unidad para hacer, luego de una evaluación, un cuadro de situación.

Concluido este viaje por las guarniciones, me correspondió informar a la superioridad sobre los resul-

tados. En base a estas observaciones prosiguió la actividad electoral de Pereda Asbún.

A mediados de abril se realizó en el Gran Cuartel de Miraflores una reunión de Comandantes de Grandes Unidades e Institutos de las tres Fuerzas. El principal objetivo fue analizar, estudiar y llegar a conclusiones sobre la realidad política nacional. Para esto se organizaron Comités de Trabajo. Me tocó presidir uno de ellos con mayoría de miembros de la Fuerza Aérea.

En síntesis fueron tres o cuatro Comités cuyas Recomendaciones y Conclusiones coincidieron en sentido de brindar todo el apoyo necesario al Gral. Pereda Asbún en su campaña electoral.

Se hizo notar que dicha candidatura no era "oficialista", pues sólo representaba al nacionalismo. El Presidente Banzer Suárez estuvo en la inauguración y clausura de dicho cónclave militar. Sus palabras, al terminar la reunión, fueron de felicitación por los resultados logrados, remarcando y ordenando que el apoyo a Pereda Asbún debía ser decidido por parte de todos los miembros de la institución castrense. De este modo los resultados electorales favorecieron al candidato nacionalista.

En Santa Cruz se conformó un equipo para dirigir la campaña electoral de Pereda Asbún. El principal directivo fue el Dr. Oscar Román Vaca, actual Prefecto del departamento. A mi manera de ver, la campaña no fue bien llevada ni debidamente orientada, por los resultados obtenidos, especialmente en las provincias del

norte cruceño. La dirección de ese sector se encomendó al señor "Michi" Correa, ex-miembro del MNR.

Es una realidad el hecho de quienes se dedican en Bolivia a la tarea de organizar concentraciones populares, de apoyo a los candidatos o a los mandatarios, siempre sobrestiman sus poderes y alcances. Es así que para la primera proclamación, en la localidad de Montero, Correa me manifestó con anticipación que se alcanzaría un gran éxito, calculándose con la presencia de 30 a 40 mil personas.

Para evidenciar dicha aseveración, me constituí en esa localidad y ordené a mi Estado Mayor que hiciera lo mismo con trajes de civil. Queríamos comprobar la magnitud de esa concentración. Más o menos a las 10.30 y luego de larga espera, llegó el candidato a la puerta de la Alcaldía Municipal para iniciar el acto.

Dos fueron las sorpresas en esta proclamación: primero, que de las 30 a 40.000 personas que aseguraba Correa, los miembros del Comité apenas lograron concentrar 4.500 manifestantes. La otra sorpresa desagradable fue que el Gral. Pereda Asbún apareció, en la tarima preparada para el efecto en el ingreso de la Alcaldía, acompañado por el señor Rubén Julio Castro.

A mi manera de ver, luego de analizar cuidadosamente cuanto sucedía, puede decirse que allí comenzó el fracaso de la campaña del Gral. Pereda Asbún anticipándose, también, la debilidad del futuro gobierno.

En la noche del mismo día nos reunimos en la casa de Percy Suárez, el Prefecto Gral. retirado Arnoldo Saucedo, Fernando Sattori, Ing. Herberto Castedo, Cnl. W. Bernal y el autor, a fin de comentar y analizar esta primera proclamación, sobre todo para hacer ver la preocupación por la compañía del señor Rubén Julio junto al candidato en dicha concentración.

Todos coincidimos en los dos aspectos: escasa concurrencia y la participación de dicho político, eran factores negativos para la campaña, por lo cual decidimos hacer conocer estos hechos, en forma cordial y amistosa, al candidato. Así se hizo en un ambiente de absoluta sinceridad. El Gral. Pereda Asbún nos dijo que debía hacerse un reajuste o tal vez cambios de las personas encargadas de la campaña. En cuanto a la presencia de Julio manifestó que él mismo se encargaría de alejarlo, dentro de poco tiempo. Así concluyó nuestra reunión.

En otra opotrunidad, en el Comando del Colegio Militar de Aviación, informamos al Gral. Banzer Suárez que la campaña en Santa Cruz no había recibido el impulso necesario y que había ciertos resortes flojos. Además, el candidato en sus continuas visitas a Santa Cruz, no tomaba contacto con sus bases sino que permanecía en compañía de su amigo Abraham Telchi. A esto respondía el mandatario: "el gobierno y las FF.AA. han hecho todo en favor del Gral. Pereda Asbún. Lo hemos lanzado a la piscina y ahora que aprenda a nadar él".

Esto nos dio a entender que todo el resto dependía del candidato. De ello son testigos el Prefecto, el Alcalde, el señor Castedo y el Comandante del Colegio Militar, Cnl. Waldo Bernal.

El Gral. Pereda observando seguramente la realidad de los resultados de la campaña en Santa Cruz, debió ordenar mayor actividad a su gente a fin de que las labores siguieran un ritmo más intenso y, sobre todo, más efectivo. Es así que la proclamación efectuada en la plaza 24 de Septiembre, cerrando la campaña en esa región, tuvo mejores resultados por el número de personas asistentes. Además, la organización fue más cuidadosa por la puntualidad y la calidad de los oradores.

Pereda Asbún se mostró muy satisfecho por el éxito logrado en esta ocasión. En la noche nos invitó a una reunión social donde se observaba alegría, gran optimismo y efectiva comprensión.

Una de las mayores preocupaciones del Gral. Banzer Suárez era que Falange, dirigida por Mario Gutiérrez, debía servir como base política al candidato Pereda Asbún. Con este propósito organizamos una reunión social en Santa Cruz. Participamos en ella el Prefecto, el Alcalde, el autor con su Jefe de Estado Mayor Gral. Julio Herrera y la plana mayor falangista encabezada por su jefe.

El resultado no fue satisfactorio. FSB como partido nacionalista y considerado siempre como adicto a las FF.AA. tenía la mejor disposición para apoyar a Pereda Asbún con la condición de que prescindiera de

las siglas políticas y, principalmente, si dejaba de lado a Rubén Julio, representante de una fracción del MNR. Sin embargo, Falange no contribuyó con su respaldo al candidato nacionalista, pese a los intensos esfuerzos del Presidente Banzer Suárez.

La negativa de Falange culminó en un día de abril, después de la reunión de Comandantes de Grandes Unidades llevada a cabo en el domicilio del Gral. Rojas Montalvo, en La Paz. Participaron el candidato, el anfitrión, el Dr. Gutiérrez y el Gral. Banzer Suárez. Posteriormente tuve conocimiento de los graves y delicados entredichos protagonizados por el jefe de FSB y el Gral. Pereda. Inclusive llegaron a expresar cosas hirientes en presencia del primer mandatario sin considerar su alto rango ni tomar en cuenta sus propósitos.

Indudablemente, el gobernante quería asegurar para Pereda Asbún una sólida base política con grandes partidos nacionalistas. Con este motivo, Gutiérrez fue enviado a Estados Unidos para convencer a Víctor Paz Estenssoro a fin de que en aras de la patria colaboraran, con sus respectivos partidos, al Gral. Pereda. Sensiblemente este buen propósito no llegó a culminar en el éxito.

El Gral. Pereda Asbún participó en las elecciones convocadas por el Gobierno basándose en pequeños partidos políticos sin caudal electoral, sin arraigo popular ni prestigio alguno tales como el PIR, el PRA de Jorge Ríos Gamarra, barrientistas, el MNR de Rubén Julio y algunas entidades y grupos cívicos sin mayor

significación. Si evidentemente obtuvo una mayoría relativa de votos en relación con los otros candidatos, se debió al decidido apoyo de las FF.AA. conforme a las recomendaciones del Gral. Banzer Suárez.

Ahora bien, luego de conocerse los resultados electorales y siendo el Gral. Pereda Asbún el presunto ganador y futuro Presidente Constitucional de la República, se produjeron hechos inesperados y sorpresivos como la anulación de los comicios debido a las innumerables irregularidades comprobadas. Dicha anulación se hizo a pedido del candidato nacionalista.

El autor de estos apuntes y el Comandante del Colegio Militar de Aviación, Cnl. Waldo Bernal, fuimos los colaboradores de Pereda Asbún en Santa Cruz. Al conocer los resultados casi definitivos de las elecciones, resolvimos viajar a La Paz el 18 de julio, con la previa autorización de nuestros Comandos, para felicitar al Gral. Pereda Asbún por su triunfo.

Al siguiente día, o sea el 19 a horas 18.00 nos constituimos en el domicilio del candidato triunfante para presentarle nuestros saludos y felicitarlo. Nos recibió de inmediato y grande fue nuestra sorpresa cuando nos entregó un documento, que horas antes había presentado a la Corte Electoral Nacional pidiendo la anulación de las elecciones.

El Gral. Pereda se hallaba reunido con varios amigos personales y sus asesores. Después de leer el documento, le preguntamos cuál era el motivo para tomar una actitud tan intempestiva. Nos respondió que

en la noche anterior, en una reunión del Alto Mando Militar con el Presidente de la República, se había analizado extensamente la situación, estudiándose los resultados electorales y tomando nota de los rumores que circulaban acerca de los comicios. Se hablaba de una serie de irregularidades y de fraude, lo cual desvirtuaba el juego limpio democrático.

Nos declaró que había predisposición en el Alto Mando contra él para hacerle ver la conveniencia de anular las elecciones. Concretamente, el Gral Hugo Bretel, Ministro de Defensa, en un momento de la reunión, tal vez en forma premeditada, resultó siendo el portavoz para expresar que por el prestigio de la Institución Armada sería conveniente la anulación de los comicios. En fin, Pereda Asbún nos manifestó que él no sería objeto de malos tratos de sus camaradas.

Añadió, por último, que no buscó la Presidencia de la República sino que fue propiciado por el Gral. Banzer Suárez y apoyado por las FF.AA. En consecuencia, manifestó: "Por mi prestigio y para evitar comentarios que podrían dañar la imagen de la institución armada, resolví —antes que el Alto Mando pidiera la anulación— enviar la nota que ustedes acaban de leer".

Continuamos conversando y nos dio otros detalles de la reunión, luego le preguntamos sobre su situación en ese momento y los pasos que daría. Nos respondió que viajaría a Cochabamba y Santa Cruz para conversar con los camaradas. Al mismo tiempo me encomendó hablar con el Comandante y Jefe de E.M. del Ejército para que me explicaran el motivo de su

actitud en la noche anterior y algunos otros detalles más.

Me comprometí para ir de inmediato al Comando de Ejército a fin de solicitar una reunión con el Gral. Villalpando y el Gral. Terrazas. Los resultados le haría conocer al siguiente día. De la casa de Pereda Asbún me fui al Comando de Ejército. Esperé la llegada de ambos Jefes, pues estaban reunidos con el Presidente de la República en el Palacio de Gobierno. Bernal, a pedido de Pereda Asbún, creo que fue también al Comando de la Fuerza Aérea.

XXI

Llegaron los dos Generales al despacho del Comandante, habiendo sido recibidos de inmediato. Estuvo presente el Gral. Hugo Céspedes, quien desempeñaba las funciones de Inspector General de las FF.AA.

Antes de relatar la conversación con dichos Jefes, deseo hacer conocer algunos antecedentes. Si para tomar una determinación en un problema que concernía a las FF.AA. y al país se realizó una reunión en abril, en la que los Comandantes de Grandes Unidades e Institutos Militares tomaron decisiones luego de analizar la situación política, acordando finalmente apoyar al candidato Pereda Asbún, con el patrocinio del Alto Mando Militar y del Presidente de la República, ¿por qué en esos momentos no se convocó a otra reunión para acordar lo que debía hacerse con respecto al problema de la anulación de elecciones? El Alto Mando

Militar, el primer mandatario y el propio candidato tomaron una determinación olvidándose de las FF.AA., particularmente de los Comandantes de Grandes Unidades.

Con esta premisa, inicié la conversación con los Grales. Villalpando y Terrazas. Les hice notar y dejé constancia de que esto originaría problemas dentro de la institución armada, ya que, mal o bien, el Gral. Pereda Asbún era miembro de ella y como tal, representante de las FF.AA. Les hice notar, también, que esta decisión de anular las elecciones de un momento a otro, acarrearía una serie de protestas e inquietud en los cuadros civiles que apoyaron, consciente o inconscientemente al candidato nacionalista. Lo que es más, se crearía un estado de malestar en la FAB, pues el Gral. Pereda Asbún era el máximo exponente de esa Fuerza. También anoté que en el Comando del II Cuerpo de Ejército, del que era su Comandante, se produciría un descontento. Añadí que el problema podía alcanzar mayor magnitud y gravedad.

Los Generales me respondieron, en tono sarcástico, que lo hecho fue en bien de la patria, fundamentalmente de la institución armada. Villapando expresó: "Peredita no tenía el apoyo unánime de la institución militar y no haría una representación digna como Presidente". El no creía en un futuro malestar porque "ni en la Fuerza Aérea tenía arrastre". Más o menos iguales conceptos y con una sonrisa en los labios se expresó el Gral. Terrazas. Céspedes se limitó a escuchar la conversación pero al final dijo que debía tenerse calma y prudencia en esos momentos.

Les dije que había venido precisamente con el objeto de conversar con Pereda Asbún para felicitarlo. Agregué, asimismo, que el candidato se encontraba sumamente extrañado por la actitud del Alto Mando Militar. Me preguntaron cuándo regresaría a Santa Cruz, a lo que repuse "mañana", por el día 20. Me despidieron con una sonrisa y antes de abandonar el despacho les dije: "Cuidado que se produzcan novedades por la situación del Gral. Pereda Asbún y reaccionen algunos sectores de las FF.AA.". A esto me contestaron que no tenían ningún cuidado y que todo pasaría normalmente.

Cuán equivocados estaban. El error y la forma de subestimar al adversario les costó su caída.

Cuando ingresé al Comando de Ejército me encontré con el Ayudante de Villalpando, Tcnl. Arce Gómez, quien me aseveró que los Generales estaban en el Palacio de Gobierno. Muy rápidamente le pregunté qué había sucedido en la reunión y el por qué de la renuncia del Gral. Pereda Asbún, a lo que, con un ademán, me respondió: "lo que aquí faltan son huevos, mi General", señalando las oficinas.

Me retiré a la residencia de mis familiares y luego al hotel donde estaba alojado. Al siguiente día, 20 de julio, me dediqué a asuntos personales. Mi pasaje de regreso en el LAB era para la mañana del 21. Perdí contacto con el Gral. Bernal pero había dejado un mensaje en el hotel indicando que regresó a Santa Cruz.

El día 20, más o menos a las ocho de la noche, me fui al hotel Libertador, pues quise descansar en

vista de mi viaje a tempranas horas. Estaba bastante preocupado por la situación y sobre todo por la reacción de algunos sectores de las FF.AA.

A esas horas de la noche no sabía nada de la situación del Gral. Pereda Asbún pero, al entrar en el hotel me entregaron un mensaje de Santa Cruz. Era del Cnl. Bernal que me había llamado para una conferencia indicando que lo haría nuevamente.

Efectivamente, recibí su llamado. Conversé más o menos a las 22.00 horas y me dijo lo siguiente: "Estoy aquí en mi Comando con Juanito (se refería al Colegio Militar de Aviación) y me encarga decirte que, por favor, te alistes para viajar de inmediato a Santa Cruz, porque la situación se ha tornado un tanto delicada. el Gral. Pereda Asbún está siendo presionado por Oficiales del Colegio y mucha gente civil que se encuentra acá, a fin de que tome una decisión. Es por eso que me insinúa decirte que subas de inmediato al aeropuerto del GAC, a donde llegará un avión para que vengas urgentemente".

No le pedí mayores detalles y solamente indiqué que conservaran la calma. Me preparé para subir, en seguida, a El Alto.

Tomé un taxi en la puerta del hotel para constituirme en el GAC a fin de viajar a la capital cruceña. Después de breve espera, llegó el avión. Nos embarcamos el Gral. Antonio Sempértegui y el Gral. Gastón Lupo. Llegamos a Santa Cruz más o menos a las 11.30 de la noche. En el trayecto sólo cambiamos opiniones

rápidas analizando la situación. Nos preocupaba muchísimo lo que estaba sucediendo en la capital cruceña. Fue un viaje tranquilo en una noche de luna.

Cuando llegamos, pude observar el despliegue de los cadetes del Colegio Militar de Aviación en el aeropuerto militar y mucha gente provista de diferentes tipos de armas. De inmediato conversé con Bernal y Pereda, quienes estaban reunidos con Jefes y Oficiales del instituto militar conjuntamente con civiles que rodeaban a ambos.

Pasamos los tres a una sala para conversar ampliamente. Me informaron que tanto en Cochabamba, por donde había pasado el candidato y ahora aquí, según me dijeron, los Oficiales habían expresado que "esto no puede quedar así, es una burla para su persona". Se comentó que la presión era fuerte para asumir alguna actitud subversiva. Se me pidió una opinión preguntándome cuál sería mi posición como Comandante del II Cuerpo de Ejército, para hacer luego un serio planteamiento al Gobierno y al Alto Mando Militar.

Al llegar al aeropuerto militar observé gran número de civiles que me saludaron afectuosamente. Vi también la euforia de Jefes y Oficiales que demostraban preocupación por los momentos que se vivía.

Ante la pregunta del Gral. Pereda Asbún acerca de la actitud del II Cuerpo sobre la situación que se confrontaba, le respondí: "De inmediato me constituiré en mi Comando y dentro de una hora te doy la respuesta".

Me retiré al cuartel del II Cuerpo donde se encontraban todos los Jefes, Oficiales y Clases al mando del jefe de E.M. Gral. Julio Herrera Dorado. Pasamos a mi oficina y ordené al citado jefe militar que me pusiera al tanto de lo que estaba ocurriendo en Santa Cruz.

En forma breve me dijo que muchos civiles podían asumir una actitud contra el gobierno y que los Jefes y Oficiales del Colegio Militar de Aviación estaban presionando al Gral. Pereda Asbún para hacer planteamientos definitivos y serios al Ejecutivo.

En la expresión y actitudes de Pereda Asbún ví su firme decisión para tomar una posición radical.

El jefe de E.M. informó que estando a cargo del Cuerpo de Ejército en mi ausencia, se limitó a tomar medidas de seguridad en las instalaciones militares, a la espera de mi llegada.

En el trayecto de La Paz a Santa Cruz, ya estaba planeando decisiones personales para transmitirlas a mi Estado Mayor. Eran las de cooperar al Gral. Pereda Asbún en lo que haría o me pediría. Informé a mi E.M. que durante los dos días de permanencia en La Paz pude darme cuenta de la situación por la que atravesaba el país. Hice conocer algunos pasajes de la reunión del Alto Mando Militar con el Presidente de la República y de la actitud del candidato para solicitar la anulación de las elecciones. Por otra parte, les informé sobre la conversación sostenida con el Comandante y Jefe de E.M. de Ejército, su reacción y sus opiniones. Además describí la forma despectiva con

que veían al candidato Pereda y juzgaban su posición. Agregué asimismo, que eso constituía una burla para el país, fundamentalmente al candidato nacionalista, porque ellos fueron quienes nos obligaron y ordenaron que se le apoyara durante la campaña electoral. Resulta, añadí, que ahora, como quien dice "entre gallos y media noche", deciden algo trascendental en su reunión. Continué manifestando que al tener pleno conocimiento de todo esto y como Comandante de esta guarnición, mi decisión era respaldar firmemente al Gral. Juan Pereda Asbún.

Luego les pedí sus opiniones. Todos estuvieron de acuerdo con lo que les había dicho y fundamentalmente con mi decisión.

Ordené, de inmediato, ponernos en contacto con los Comandantes de las tres Divisiones, comenzando por la III, siguiendo con la V y luego hablé con el Jefe de E.M. de la IV, pues el Gral. Calderón se encontraba en La Paz. Informé sobre todo cuanto estaba ocurriendo en Santa Cruz y de lo que posiblemente pasaría posteriormente.

Les pedí, igualmente, su parecer. Se me contestó que todo cuanto ordenara yo, sería acatado en forma disciplinada y consecuente.

Con esta decisión, primero de los Jefes y Oficiales del Comando del II Cuerpo y posteriormente de los Comandantes de las G.U. me trasladé al Colegio Militar de Aviación para hacer conocer al Gral. Pereda Asbún todo lo acordado. Esta determinación fue

recibida con satisfacción y agradecimiento. Expresé que el paso que daríamos iba a ser hasta las últimas consecuencias, responsabilizándonos del éxito o fracaso de nuestra actitud. De inmediato, retorné a mi Comando para disponer lo conveniente de acuerdo con los acontecimientos.

Fuí llamado de La Paz, primero por el Gral. Udaeta, Inspector del Ejército, quien me pidió un informe sobre los sucesos en Santa Cruz, porque estaba recibiendo noticias alarmantes y, sobre todo, tenía conocimiento de algunas proclamas difundidas por la radio. Le manifesté que fuera de esas emisiones radiales no había movimiento alguno de tropas y que reinaba calma y tranquilidad en el campo militar.

Posteriormente me llamó el Jefe de E.M. de Ejército, Gral. Terrazas. Me hizo notar su preocupación por las noticias recibidas de la capital cruceña. Le respondí que, evidentemente, tal como expresé en la conversación sostenida en su Comando, se observaba malestar en los Oficiales de la Fuerza Aérea y descontento contra el Alto Mando Militar y el Gobierno por lo que se había hecho al Gral. Pereda Asbún.

Añadí que el II Cuerpo, bajo mi mando, previas consultas con los Comandantes de División, decidió asumir la misma actitud del candidato presidencial. Para ello se acordó apoyarlo moral y materialmente. A esto repuso que las consecuencias las cargaría yo pues quedaríamos huérfanos de todo respaldo por nuestra actitud. Le respondí que la decisión que ha-

bíamos tomado y el paso correspondiente eran irreversibles.

Minutos más tarde fui llamado a la radio por el Gral. Alfonso Villalpando, Comandante General de Ejército. Expresó que ya tenía conocimiento claro de lo que estaba sucediendo en Santa Cruz y de cuyos resultados seríamos culpables Pereda Asbún y yo, afirmando que nuestra actitud culminaría en el fracaso por falta de apoyo del resto de las guarniciones.

Contesté que los únicos culpables eran ellos por la decisión que habían tomado o de lo que indujeron hacer al Gral. Pereda Asbún, sin consultar con los Comandantes de G.U. Luego hice notar la falta de consideración al candidato, quien indudablemente resultó ser el oficialista.

También le manifesté que nuestra actitud era firme y que el Gobierno debía entregarse al Gral. Pereda Asbún. A tiempo de despedirme me dijo que debía atenerme a las consecuencias. Así terminó la conversación con el Comandante General del Ejército. No hubo más llamadas.

En la madrugada del 21, se ordenó al Comandante del Regimiento Ranger, Tcnl. Simón Subieta, que desplazara sobre la ciudad de Santa Cruz dos compañías de blindados, como medida de precaución ya que al transcurrir las horas íbamos sabiendo que muchas unidades del interior se plegaban en apoyo del Gral. Pereda Asbún.

En las primeras horas del 21 me constituí en el Colegio Militar de Aviación para permanecer allí es-

tableciendo contactos radiales con los Comandantes de unidades del interior y destacando comisiones de Oficiales de dicho instituto a algunos puntos del interior del país.

El Colegio Militar se constituyó en el centro de operaciones donde se llevaba un control total, minuto a minuto y en forma gráfica, sobre el respaldo que se recibía. Más o menos, a la una de la tarde todas las unidades habían expresado su apoyo menos las unidades de La Paz que no se pronunciaban aún, lo que siempre ha ocurrido en otros casos conflictivos.

El planteamiento hecho por el Jefe responsable de esta decisión era de que se le entregara el Gobierno como ganador de las elecciones.

XXII

En el Alto Mando Militar continuaban los esfuerzos para evitar todo apoyo a la actitud tomada en Santa Cruz. El Gobierno, como medida transaccional y para evitar que el problema quedara sin solución, envió una comisión formada por el General Víctor González Fuentes, Jefe de E.M. del Comando en Jefe y los Coroneles Jaime Niño de Guzmán, Ministro de Educación y Alberto Natusch Busch, Ministro de Asuntos Campesinos.

Esta comisión llegó a Santa Cruz más o menos a las tres de la tarde. De inmediato convocó a una reunión reservada en la que estuvieron presentes Pere-

da Asbún, yo, algunos Oficiales del Cuerpo de Ejército y del Colegio Militar de Aviación.

El principal motivo de este viaje era pedirnos que dejáramos sin efecto nuestra decisión de entrega del gobierno a Pereda Asbún y que, más bien, este viajara a La Paz para tomar acuerdos con el Gral. Banzer Suárez. Se nos indicó, asimismo, que faltaba muy poco para el 6 de agosto, fecha en la que el candidato triunfador asumiría el mando de la nación.

La posición de Pereda Asbún era firme, respaldada por casi todas las unidades del interior del país. Dicho Jefe indicó a la comisión, que en primer lugar, no viajaría a La Paz y que la entrega de la presidencia debía efectuarse en el día, es decir el mismo 21 de julio.

Ante esta determinación, tomé la palabra para hacer conocer a los comisionados de La Paz que el paso dado por el II Cuerpo de Ejército era definitivo, respaldando a Pereda Asbún en todo lo que había manifestado.

Terminada, en ese momento, la reunión, los comisionados volvieron a La Paz.

En seguida regresé al Comando del II Cuerpo para informar sobre la comisión llegada de La Paz y de la firme determinación tomada en esa reunión. Me quedé esperando algún resultado. Más o menos a las seis de la tarde, me llamó Pereda Asbún para pedirme, telefónicamente, que me alistara para viajar de inmediato a La Paz porque el movimiento militar que

habíamos iniciado alcanzó el objetivo esperado, pues el Gral. Banzer Suárez entregó, momentáneamente, el mando presidencial a los miembros del Alto Mando Militar.

Los resultados y las secuencias del abandono que hizo del poder el primer mandatario fueron conocidos, en forma objetiva, por el pueblo boliviano a través de fotografías, relatos periodísticos y las emisiones de la Televisión del Estado.

En un avión de la FAB partimos a horas 19.00 con rumbo a La Paz. Llegamos al aeropuerto militar aproximadamente a las 20.00 Fuimos recibidos por algunos Jefes y Oficiales. Entre los primeros que saludaron al nuevo gobernante se encontraban los coroneles Faustino Rico Toro y Luis Arce Gómez, que luego fueron nombrados Ministro del Interior y Jefe de la Casa Militar del Presidente, respectivamente.

Llegamos al Palacio de Gobierno, más o menos a las nueve de la noche. Una muchedumbre apreciable vitoreaba y aclamaba a Pereda Asbún, seguramente la misma multitud que lloraba horas antes cuando el Gral. Banzer Suárez abandonó la casa presidencial.

Ingresamos al despacho presidencial donde se encontraban algunos presuntos Ministros de Estado y amigos personales de Pereda Asbún. Entre los militares, se hallaban presentes el Comandante y Jefe del E.M.G. de Ejército y otros altos jefes.

Mientras se redactaba el mensaje de Pereda Asbún, para hacerse cargo del mando, reinaba un silen-

cio impresionante en el recinto, turbado apenas por murmullos y conversaciones a media voz.

En un momento de esos, Pereda Asbún me llamó aparte para nombrarme Comandante General del Ejército. Me dijo, además, que el Jefe de E.M.G. sería el Gral. Ramón Azero. Le agradecí por esta deferencia y regresé a mi asiento. Instantes más tarde, Pereda Asbún llamó al Gral. Villalpando para comunicarle, seguramente, cuanto me había dicho. La inquietud del Gral. Terrazas, sentado junto a mí, no tardó en hacerse visible. Me preguntó en voz baja qué me había dicho el nuevo mandatario, a lo que respondí que me nombró Comandante General del Ejército.

En los minutos de espera, para ingresar al Salón de los Espejos, donde se llevaría a cabo el acto de posesión, seguía dominando el silencio en la sala de reuniones del gabinete. Se estaba preparando el decreto designando a los Ministros de Estado y el corto mensaje del nuevo gobernante.

De pronto, alguien indicó que todo estaba listo. Pasamos al salón donde se realizó el breve acto, que se caracterizó por su sobriedad, sencillez y, sobre todo, por su rapidez.

Concluida la ceremonia, bajamos juntamente con el Gral. Villalpando al despacho del Comandante General de Ejército. En forma cordial y amistosa me entregó la oficina y algunos documentos de importancia. Es de hacer notar que esto se hizo sin observar los reglamentos correspondientes.

XXIII

Una de mis primeras tareas fue realizar algunos cambios en mi Estado Mayor. Procedí, de este modo, al relevo de tres Jefes de Departamento, que ostentaban el grado de General de Brigada, por elemento joven del Ejército.

Así les dí oportunidad para que demostraran su capacidad profesional y espíritu de responsabilidad. Además, cumplía mi propósito, pues en algunas charlas con camaradas de las FF.AA. mi idea fue siempre de renovación en el personal iniciando la apertura necesaria para que Oficiales egresados después de la revolución de 1952, ocuparan cargos de jerarquía dentro de la institución castrense.

De este modo destiné a los Coroneles Jorge Echazú Aguirre, Celso Torrelio Villa y Alfredo Villarroel Barja como Jefes de los Departamentos II, IV y VI, respectivamente, en reemplazo de los Grles. de Brigada Félix Camacho, José Gallardo y Walter Daher.

Conformado mi E.M., juntamente con su Jefe Gral. Ramón Azero, nos abocamos a la conducción del Ejército de acuerdo con normas disciplinarias y de respeto, asimismo procedimos a la elaboración de planes y directivas que normaran debidamente la vida del Ejército. Una de las tareas, dignas de mencionar, fue la renovación, al menos parcial, del armamento de nuestro Ejército. Se procuró extremar los esfuerzos para la adquisición de tanques. Felizmente la comprensión y el esfuerzo de quienes tenían la responsabili-

dad de esta magna tarea, quedó materializada porque adquirimos 35.000 fusiles para el Ejército, con su respectiva dotación de municiones. Además, se compraron 20 tanques austríacos.

Durante el ejercicio de mis funciones como Comandante General del Ejército, no se tuvo que lamentar, felizmente, ningún acto de indisciplina o hechos negativos que pudieran desprestigiar a la institución armada. Todo esto se logró gracias a la eficaz labor del jefe de E.M. de Ejército y Jefes de Departamentos del Comando, así como de los Comandantes de grandes y pequeñas unidades e institutos, lo mismo que de las otras dependencias castrenses.

Llegar al alto cargo de Comandante General del Ejército constituye, realmente, motivo de orgullo y de gran satisfacción personal porque así el militar que se dedicó únicamente a las funciones castrenses alcanza la meta soñada por militares profesionales. En mi caso, después de desempeñar todos los cargos de jerarquía, en casi todas las guarniciones del país, llegué a la situación más elevada dentro del escalafón significando el máximo galardón de mi carrera profesional.

Desde tan importante sitial, después de muchos años de experiencia y luego de haber observado y seguido de cerca todos los avatares de la vida política de Bolivia, se alcanza a ver el acontecer nacional en otra perspectiva, teniendo en cuenta los factores de su desarrollo. Mi satisfacción de comandar al Ejército boliviano era tan grande que me sentí totalmente realizado como hombre y, sobre todo, como militar.

XXIV

Ahora es necesario analizar la labor desarrollada por el gobierno del Gral. Pereda Asbún, surgido a consecuencia de los hechos relatados anteriormente. En esta oportunidad, lo que puedo decir es que fue realmente débil. Su gobierno estaba integrado por elementos heterogéneos y de diversas tendencias políticas. En este equipo ministerial participaba, como Canciller, el Dr. Ricardo Anaya, Jefe del Partido de Izquierda Revolucionaria (PIR) que se convirtió en el blanco del descontento de los miembros de la institución castrense por sus antecedentes personales y haber sido el inspirador de las luctuosas jornadas del 21 de julio de 1946.

Con el presidente Pereda Asbún, en las distintas ocasiones en que podíamos conversar y analizar la situación del país, pudimos cambiar impresiones acerca de la realidad nacional. Hablamos, principalmente, del Canciller Anaya y de otros miembros del gabinete que continuaban como Asesores después de haber desempeñado funciones ministeriales durante el gobierno del Gral. Banzer Suárez.

Al mismo tiempo, le hacíamos ver la conveniencia de una renovación, por lo menos parcial, de su cuerpo de ministros.

Como Comandante del Ejército recibía constantes informes de los Comandantes de grandes y pequeñas unidades, en el sentido de que la labor del Gobierno no se desarrollaba con autoridad, observándose la nin-

guna eficacia del aparato administrativo. Lo que es más, había mucho descontento entre los elementos civiles que colaboraron en la campaña electoral del mandatario.

Por otra parte, se había colocado en la administración pública a elementos oportunistas que no participaron, de manera alguna, en la campaña electoral. A todo esto, quien se sentía defraudado en las elecciones de 1978 y se consideraba como ganador en los comicios, el Dr. Hernán Siles Zuazo, preparaba los ánimos de sus partidarios para crear en el país el ambiente necesario a fin de llegar a acciones de hecho contra el Gobierno.

De acuerdo con los planes de la UDP se desarrollaba una intensa actividad que intranquilizaba a la población. Se temía un alzamiento popular con los consiguientes gravísimos riesgos, especialmente para la institución armada, ya que se la sindicaba como responsable del más grande fraude en favor del Gral. Pereda Asbún.

El pueblo esperaba que el gobierno convocara a nuevas elecciones, a la brevedad posible. Ante esta inquietud, estimulada por los políticos, el Ejecutivo fijó, en principio, una fecha. Posteriormente la anuló. Con el correr de los días, decidió señalar 1980 con el pretexto de que la situación económica del país exigía la aplicación de medidas urgentes para su saneamiento. Todas estas contradicciones oficiales incrementaban el malestar de la población porque no había se-

riedad en las decisiones y planteamientos del gobierno.

En el mes de octubre, en pleno gobierno de Pereda Asbún, se observaban algunos síntomas de actividad subversiva encabezada por jefes militares. Es así que el domingo 20 de octubre fui llamado de urgencia por el primer mandatario a su domicilio particular juntamente con los otros miembros del Alto Mando Militar.

En la reunión, nos comunicó Pereda Asbún que tenía informaciones concretas de que esa misma noche se produciría el golpe de estado para derrocarlo. En ese preciso momento llegó uno de los jefes comprometidos en dicha acción y que seguramente se desanimó a última hora. El visitante proporcionó al mandatario todos los detalles del plan.

Ante esto, ordenó que nos constituyéramos en nuestros Comandos y que él subiría al Palacio de Gobierno no sin antes darnos los nombres de algunos jefes comprometidos.

Me dirigí al G.C.G. de Miraflores solo con el chófer. Al llegar a la puerta principal, cuando eran más o menos las 22.15, el Cabo de Guardia se aproximó al automóvil para reconocerme, en el preciso instante en que un civil, por la ventanilla de la puerta de ingreso, preguntaba al que le atendía, si estaba o habría llegado el My. Cardona. Como este jefe estaba entre los presuntos participantes del golpe, me llamó la atención tal pregunta. Seguramente la respuesta fue de que "no estaba".

Esa persona se retiró, apresuradamente, con dirección a la avenida Saavedra. Llamé de inmediato al Comandante de Guardia y ordené que lo apresaran encerrándolo en un calabozo.

Así ocurrió e inmediatamente pasé a mi despacho para ordenar al Ayudante General, Tcnl. Mena, que se trasladara al calabozo de la prevención para averiguar la identidad del detenido y procediera a un rápido interrogatorio.

Mena volvió a los pocos minutos para informarme que el detenido era Oscar García Suárez. Trajeron en seguida su carnet de identidad y fragmentos de papel. En su desesperación rompió un documento, donde después de ser armado y recompuesto por personal especializado, se comprobó que era una proclama revolucionaria en que se consignaban nombres de jefes como posibles Ministros de Estado y miembros de la futura Junta de Gobierno.

Con esta detención, muy casual por cierto, de García, se descubrió todo el plan. Informé al Presidente, telefónicamente, sobre lo ocurrido. Pereda Asbún se encontraba en su domicilio.

De este modo fue debelado el golpe controlándoselo al mismo tiempo. No ocurrió nada más pero esto constituía otra prueba de malestar, la inquietud y preocupación que se sentía en el seno de las FF.AA.

Después de este fracasado golpe de estado y a fin de interiorizarme personalmente de lo que ocurría dentro de la Institución Armada y particularmente en

el Ejército, solicité al Presidente de la República autorización para realizar un viaje por el interior del país con el fin de visitar e inspeccionar las guarniciones.

Por las conversaciones con Generales, Jefes, Oficiales y Clases, pude comprobar y llegar, por supuesto, a la conclusión de que el gobierno del Gral. Pereda Asbún no tenía el apoyo de la mayoría del Ejército.

Finalizado el viaje por el interior de la República, informé al primer mandatario, incidiendo principalmente en que la preocupación de los Jefes y Oficiales era la composición de su gabinete ministerial por lo que debía proceder al cambio de algunos de sus colaboradores, principalmente al Canciller. Entonces, el Gral. Pereda Asbún me pidió le presentara una lista de Generales y Jefes para elegir algunos para designarlos ministros. Esto sucedió en los primeros días de noviembre de 1978.

Así lo hice en una audiencia que me concedió un domingo por la mañana. La decisión para una reconstitución de su gabinete era visible en el Presidente. Inclusive me invitó para que yo lo colaborara como Ministro de Defensa Nacional. Muy diplomáticamente agradecí su ofrecimiento pidiéndole dejarme en mi cargo de Comandante del Ejército. Mi petición fue aceptada.

Se hizo la recomposición. El Dr. Ricardo Anaya fue ratificado como Ministro de Relaciones Exteriores y Pereda Asbún eligió de la lista de Jefes que le había preparado, a algunos de ellos como sus colabora-

dores. Este nuevo equipo ministerial no duró ni un mes porque luego llegó el 24 de noviembre en que se produjo el cambio de gobierno que lo presidí yo, acompañado de un gabinete constituído por elementos jóvenes y capaces de la institución armada.

Con los Comandantes había realizado una consulta muy sutil para conocer su reacción ante la posibilidad de un cambio de gobierno. Me respondieron que ellos acatarían, disciplinadamente, mis órdenes y disposiciones en determinado momento. En las distintas guarniciones militares aproveché la oportunidad para conversar con elementos civiles que expresaban, igualmente, su inconformidad por la forma en que marchaba la nación con el gobierno de Pereda Asbún.

A mi regreso al Comando de Ejército, reuní a todo mi E.M.G. a fin de informarles sobre los resultados de la gira por las guarniciones. Les dije la verdad acerca de las opiniones vertidas por los camaradas, Comandantes, Jefes y Oficiales, con respecto al gobierno y a la marcha del país. En esa ocasión, conformamos un cuadro de la situación para seguir, paso a paso la evolución de los acontecimientos, principalmente en lo referente al Ejecutivo.

Al primer mandatario le hice conocer también las opiniones que recibí de los miembros de la institución armada. Escuchó con atención y no poca preocupación. Me ordenó realizar algunos cambios de Comandantes que, según él, estaban comprometidos en trajines subversivos. Estas informaciones fueron proporcionadas seguramente por el Ministro del Interior. Sin

embargo, para mi Comando no tenían mayor importancia.

El malestar en la población iba creciendo y la debilidad del gobierno era evidente de manera que llegamos, más o menos al 20 de noviembre, en que las informaciones llegadas a conocimiento del gobierno eran sumamente graves. El mismo mandatario nos hizo conocer estas noticias a los miembros del Alto Mando Militar.

Se informó que los miembros de la UDP estarían a punto de precipitar un levantamiento popular el 24 de noviembre.

XXV

En la noche del 22 nos reunimos en el domicilio del primer mandatario los miembros del Alto Mando Militar, parte de su gabinete ministerial y Asesores presidenciales para considerar las medidas que iban a tomarse el 24, día fijado para el levantamiento dirigido por la UDP.

Se escucharon distintas opiniones y casi todos sugerían medidas persuasivas, utilizando los medios de comunicación (radio, prensa y televisión), a fin de evitar el posible enfrentamiento con partidarios de la UDP.

Se hicieron planes alternativos para los días posteriores. Se redactaron slogans con frases de persua-

sión y de reflexión, para ser leídas en todas las radioemisoras y difundidas en los distintos periódicos

Esta era la opinión del Secretario General de Informaciones de Prensa de la Presidencia, señor Mario (Cucho) Vargas. Tomé la palabra y expresé que si los que predicaban la violencia, empleaban la fuerza para tratar de conseguir sus objetivos, el Ejército a mi mando también estaría dispuesto a repeler, de la misma manera, esas actitudes. Añadí que en esa misma posición estarían las Fuerzas Naval y Aérea. A esto me dijeron que, primeramente, procederían con la persuasión y luego se pondría en práctica mi decisión, para lo cual debía planearse la acción respectiva y tomar las medidas correspondientes. De este modo, mi proposición fue aceptada como segunda alternativa. Todos se inclinaron más por los métodos conciliatorios.

Esta fue la última vez que conversé personalmente con el Gral. Pereda Asbún. Lo que sucedió después, se relatará de acuerdo con la más estricta verdad a fin de que se conozcan, debidamente y con la mayor claridad, los motivos que me indujeron para tomar el poder en la madrugada del 24 de noviembre.

XXVI

En la mañana del 22 recibí la visita del Gral. Hugo Céspedes Espinoza, Inspector General de las FF.AA. para expresarme que veía con verdadera preocupación cuanto estaba sucediendo en el país. Agregó que muchos Jefes y Oficiales que lo visitaban le participa-

ban, igualmente, sus preocupaciones. Añadió que debía tomarse alguna decisión para salvar a las FF.AA. de algún posible enfrentamiento con el pueblo.

Concretamente me dijo que dos Jefes que habían viajado por el interior del país, deseaban conversar conmigo para darme un informe completo de la situación para hacer, en seguida, algunas sugerencias serias al respecto. Acordamos que ellos serían recibidos en la mañana siguiente, o sea el 23 de noviembre.

A las 10.00 de la mañana estuvieron en mi despacho los Coroneles Raúl López y Ariel Ascarrunz, juntamente con el Gral. Céspedes Espinoza. Los citados jefes me informaron detalladamente sobre todo cuanto sabían, pues conversaron con varios Comandantes de las unidades del interior. Agregaron que eran portavoces de sus camaradas para expresar que la debilidad del gobierno tendría funestas consecuencias para la vida del país y que todos ellos estaban conscientes de la necesidad de un cambio total del Poder Ejecutivo.

En dicha reunión estaba presente, asimismo, el Tcnl. Carlos Mena, mi Ayudante General, quien acotó diciendo que evidentemente él, en su nivel, sentía la misma preocupación así como varios camaradas. Finalizó diciendo, en tono de mofa o de burla: "Mi General, el gobierno de Pereda Asbún no aguanta un lapo para su caída".

Estas apreciaciones de los citados Jefes fueron tomadas en cuenta, cuidadosamente por mí, para decidir luego, juntamente con el Jefe de E.M.G. del Ejér-

cito, Gral. Ramón Azero Sansetenea, lo más conveniente.

La delicada situación política, económica y social, me indujo a hacer, en forma personal, un análisis cuidadoso sobre el paso trascendental que daría horas más tarde. Fundamentalmente mi decisión se basaba en mi ascendiente sobre los camaradas del Ejército y sobre muchos de las otras Fuerzas. Mi vida se había desarrollado estrictamente dentro de los moldes de la institución castrense. No fui nunca un elemento servil de ningún gobierno civil ni militar y tampoco fui Ministro de Estado. Además, el hecho de haber llegado al Comando General del Ejército, después de ocupar todos los cargos dentro del escalafón militar, me daban una autoridad moral innegable. En consecuencia, el paso que dí para asumir la Presidencia de la República fue con el objeto de demostrar, ante el pueblo boliviano, que existía un militar que cumpliría su palabra en aras de su honor y de la dignidad de las FF.AA. y evitar un enfrentamiento armado con el pueblo y horas de angustia, dolor y sangre al país.

Continuando con la conversación con los citados Jefes, el Gral. Céspedes Espinoza, observando que yo aceptaba sus sugerencias, me manifestó que si tomaba alguna decisión definitiva, me sugería la conveniencia, talvez de organizar un triunvirato para conducir los destinos nacionales. Ese organismo sería encabezado por mí e integrado por Céspedes Espinoza y López Leytón.

A esta proposición respondí que no era conveniente y que mi decisión definitiva la haría conocer en la

tarde, sin triunvirato alguno, es decir que el Presidente sería yo y nadie más.

Les pedí el mayor secreto sobre la conversación a la espera de posteriores decisiones y medidas, previa comunicación con algunos Comandantes del interior.

Mi proposición de asumir yo la Presidencia fue aceptada por los tres jefes militares. De inmediato ordené a mi Ayudante convocar a una reunión de Comandantes de la guarnición de La Paz para las cuatro de la tarde del mismo día.

El 23 de noviembre estuvimos invitados a un asado criollo ofrecido por el Embajador argentino, Brigadier Luis Ipre Corbat. Asistieron conmigo el Gral. Azero y otros miembros del Alto Mando Militar.

Mi preocupación era cada vez mayor y en cierto momento llamé, a mi lado, al Gral. Azero para hacerle conocer toda la conversación con los jefes mencionados más arriba. Por otra parte, puse en su conocimiento la decisión definitiva que había tomado.

Ante esto, quedó profundamente sorprendido pero aceptó la proposición no sin antes hacerme conocer sus preocupaciones y las graves consecuencias de dicha determinación. Le dije que tanto él como yo gozábamos de cierto prestigio dentro del ambiente militar. Me respondió que él también recibía informes de muchos Jefes y Oficiales, quienes le hacían conocer sus inquietudes acerca de la situación y que palpaban en todas las guarniciones. En síntesis, Azero

estuvo de pleno acuerdo para dar ese trascendental paso.

Después de servirnos el asado criollo, nos constituimos de inmediato en nuestros Comandos para iniciar las conversaciones con los siguientes Comandantes de unidades: Comandante del Regimiento Colorados, Tcnl. Rómulo Mercado; del Ingavi, Tcnl. Tito Vargas Núñez; del Regimiento Tarapacá, Tcnl. Guido Mallo; del Regimiento Motorizado, Tcnl. Erwin Peredo; del Bolívar, Tcnl. Gualberto Rico; del Regimiento Lanza, Cnl. José Olvis Arias. La reunión fue presidida por mí, exclusivamente. A los Comandantes les pedí que en forma individual me hicieran conocer sus opiniones acerca de la situación. Todos, en forma unánime, manifestaron que el aspecto político lo consideraban muy delicado. Me sugerían tomar algunas medidas en un futuro próximo.

Ante todo lo expresado, no había que perder tiempo. En forma serena les afirmé que tomaría alguna decisión y medidas radicales. Para esto, les pedía obedecer lealmente mis órdenes en cualquier momento o circunstancia. Al mismo tiempo les hice saber y recalqué que todo lo que podría ocurrir beneficiaría a la institución armada y al país.

Pedí que volvieran a sus cuarteles y permanecieran atentos para recibir órdenes e instrucciones concretas. Todos respondieron que estarían listos para cumplirlas. Regresaron de inmediato a sus regimientos.

Terminada esta reunión con los comandantes de unidades, llamé a mi despacho al Jefe de E.M.G. del

Ejército para hacerle conocer el criterio y las opiniones de los Jefes de unidades. Todo era favorable para el plan y objetivos que nos habíamos fijado horas antes.

A partir de las diez de la noche tomé contacto por radio y en forma personal con los Comandantes de las Grandes Unidades del Ejército haciéndoles conocer, primero, la situación por la que atravesaba el país y luego, mi decisión. Les pedí su parecer y su pronunciamiento. Absolutamente todos estuvieron de acuerdo en dar su apoyo y cumplir mis órdenes en el momento en que las dictara. Para mayor claridad les dije que iba a cambiarse el Gobierno. El Comandante en Jefe, Gral. Angel Hugo Salmón Córdova y su Jefe de E.M.G. Gral. Antonio Rojas Montalvo, no tenían conocimiento de todo esto. Tampoco sabía nada el Ministro de Defensa Nacional, Gral. Walter Castro Avendaño.

Los Comandantes de la FAB, Gral. de Brigada José Antonio Sempértegui y el de la Fuerza Naval, Contralmirante Moisés Vásquez Sempértegui, tampoco sabían nada de lo que iba sucediendo. A ambos les hice conocer las medidas que se tomaban cuando todo el Ejército estaba de acuerdo con mis propósitos.

Cité a mi Comando al Comandante de la Fuerza Naval para informarle acerca de la situación y se constituyera en la Escuela Naval Militar a fin de hacer saber a sus Jefes y Oficiales los acontecimientos del momento para consultarles y tener una opinión concreta. Me informó luego, telefónicamente, que también ella estaba de acuerdo con el cambio de Gobierno .

Mi Comando sabía que el Presidente se encontraba reunido, en su domicilio, con algunos de sus Ministros y el Comandante de la FAB, seguramente analizando la situación. A las once de la noche, cuando la decisión ya estaba tomada y se ponía en marcha el plan, designé a cuatro Jefes del Ejército para que se constituyeran en la residencia del mandatario. Debían comunicarle que, por decisión de las FF.AA. dejaba de ser Presidente de la República.

Los comisionados no cumplieron la misión porque, según se supo más tarde, Pereda Asbún abandonó su domicilio con rumbo desconocido. En cambio, todavía permanecieron los Ministros de Defensa e Interior, Gral. Walter Castro Avendaño y Cnl. Faustino Rico Toro y el Comandante de la FAB, Gral. José Sempértegui, quienes fueron conducidos al Comando de Ejército para conversar conmigo. Luego de permanecer más o menos una hora, quedaron libres para constituirse en sus domicilios. La petición que les hice fue cumplida por los Ministros.

Sempértegui me dijo que subiría a El Alto para hacer conocer la situación a sus Jefes y Oficiales. La conversación en mi despacho, con los dos Ministros, fue breve. Les hice saber que el paso dado era irreversible y que ellos, con el resto del gabinete, lo mismo que el Gral. Pereda Asbún, gozaban de todas las garantías y de la más amplia libertad. El Comandante de la FAB y todo su Estado Mayor se presentaron en la madrugada manifestando su conformidad con la situación pidiéndome se mantuviera la estructura en su E.M.

Más o menos a las 0.30 recibí un llamado telefónico del Gral. Pereda Asbún quien me preguntó "qué es lo que está pasando; lamento profundamente tu decisión y me extraña tu proceder, ya que anoche te escuché hablar en la reunión como un verdadero soldado. Ahora, que te vaya bien".

En respuesta sólo pude decirle que la decisión tomada se debía a la grave situación por la que atravesaba el país y los peligros que amenazaban a Bolivia y la Institución Armada.

Así terminó la breve conversación telefónica con el ex-mandatario.

XXVII

De esta manera asumí el poder. No me guió ninguna ambición personal sino que actué movido y preocupado por cuanto podía haber sucedido en el país el día elegido por la UDP para su gran manifestación fijada para el 24.

Según todas las informaciones disponibles, esa manifestación habría degenerado en un alzamiento popular y cuyas consecuencias las habría pagado el pueblo de Bolivia y, particularmente, las Fuerzas Armadas.

Asumí el Gobierno dando las más amplias garantías a toda la población sin inferir ultrajes a nadie. No se derramó una sola gota de sangre y no se realizaron detenciones. Puedo afirmar, sin temor a ninguna rectificación, que durante mi mandato presiden-

cial no hubo una sola lágrima y en ningún hogar boliviano se sufrió por el temor o la intranquilidad.

No se utilizaron, en momento alguno, las armas de la Patria para asesinar a los bolivianos. Nadie quedó privado de libertad ni se aplicaron medidas amenazantes y de opresión. La libertad de expresar todas las opiniones, cualesquiera que fuesen, fue amplia.

Por tanto, tengo mi conciencia tranquila y no me arrepiento de nada de lo sucedido.

A horas 09.30 del 24 de noviembre, estando solo en el despacho presidencial del Palacio de Gobierno, recibí un llamado telefónico desde Buenos Aires. Era el Gral. Hugo Banzer Suárez quien ocupaba el cargo de Embajador en la capital argentina.

Después de un saludo cordial me expresó, más o menos, esto: "David, le he llamado para decirle que estoy al tanto de los acontecimientos. Mi preocupación es grande por el país y las FF.AA. Le deseo a Ud. mucho éxito en el desempeño de sus altas funciones y responsabilidades. Asimismo le expreso que cuente con mi cooperación en lo que creyera conveniente. Tome Ud. las cosas con serenidad y verdadero patriotismo".

Le respondí agradeciendo su llamada, por su preocupación, por su espíritu de cooperación y sus deseos de éxito al nuevo gobierno que tenía el honor de presidir, diciéndole finalmente que encararía los problemas del país con serenidad y firmeza.

Al poco tiempo de asumir el mando del país, se hizo presente en la sede del gobierno el Gral. Banzer Suárez por haberse sentido aludido por las declaraciones que hizo a la prensa el entonces Ministro de Agricultura y Asuntos Campesinos, Tcnl. Rolando Saravia O., en el sentido de que "Las FF.AA. que fueron manoseadas por los gobiernos anteriores, ya no lo serían en el actual".

La presencia del ex-mandatario en La Paz, por este motivo, sirvió para conversar personalmente en mi domicilio. En un ambiente de cordialidad, analizamos la situación del país y otros aspectos, entre éstos el gobierno del Gral. Pereda Asbún. Coincidimos en que la heterogeneidad y debilidad eran sus características, manifestándome que "si no lo derrocaba Ud. lo habría hecho el "Tinino" Rico Toro". Seguramente tenía el Gral. Banzer Suárez algunas informaciones al respecto.

Terminó la entrevista con la ratificación en el cargo de Embajador en la vecina república.

Me comprometí, en nombre de las FF.AA. a convocar a elecciones generales para entregar, en seguida, el mando a quien reuniera las condiciones claramente establecidas por nuestra Carta Magna. Muchas veces desechè las sugerencias de quienes me aconsejaban postergar los comicios, en forma indefinida. Mi respuesta fue siempre clara y terminante: si otros querían ensangrentar el país, dividir al pueblo boliviano en forma peligrosa, podrían hacerlo pero yo, no.

Ahora que ha pasado el tiempo y pienso en lo que pudo y debía hacerse, reitero mi firme posición de esos momentos. Por primera vez en muchos años, un gobernante militar iba a salir del Palacio de Gobierno con todos los honores y el sincero aplauso de la ciudadanía. No fui echado por nadie. Cumplí mi deber por encima de toda consideración. Por eso, lo digo sin falso orgullo, que me encuentro tranquilo y satisfecho.

No dividí al pueblo ni al Ejército. El nombre de Bolivia nunca estuvo tan alto. Asistí a dos transmisiones del mando presidencial en países extranjeros. Estuve en reuniones internacionales. Pude apreciar, de cerca, el respeto que se sentía por la patria.

Aun recuerdo, con profunda satisfacción, las palabras del presidente de Venezuela, Dr. Luis Herrera Campins, quien, en un mensaje al Gral. Hugo Banzer Suárez y doctores Víctor Paz Estenssoro y Hernán Siles, el 5 de agosto de 1979, decía:

"El Gobierno presidido por mi distinguido amigo, el General David Padilla Arancibia, haciendo honor a la promesa empeñada, adelantó con buen éxito, en medio de innegables dificultades, el tránsito hacia la actual coyuntura electoral en la que, seguramente, sólo la seriedad de las instituciones políticas locales y las iniciativas que adopten sus dirigentes podrán, en la medida de su sinceridad y de su patriótico desprendimiento, dar la prueba de las fórmulas que permitan superar posiciones conflictivas y enrumbar al

país por caminos de madurez y superación política e institucional".

Hoy, vuelvo a releer los documentos y me pregunto, lo mismo que todos los bolivianos, si hubo sinceridad y patriótico desprendimiento. Lo único que hay de cierto es que solamente las FF.AA. demostraron una grandeza inigualable de espíritu.

En otra declaración, con motivo de las elecciones bolivianas, el Presidente de Venezuela declaraba: "Es de justicia reconocer los esfuerzos del Gobierno boliviano, bajo la presidencia del General David Padilla Arancibia, para hacer bueno el compromiso solemne de conducir a su país a unas elecciones libres y democráticas, en las cuales se exprese la voluntad popular en la escogencia de sus propios gobernantes".

Sensiblemente, la generosa actitud de las FF.AA. no encontró eco en las fracciones políticas que se empeñaron en una desesperada carrera para conseguir el triunfo, recurriendo a las prácticas más ilícitas y condenables.

La conformación de mi Gabinete ministerial se hizo inmediatamente sin permitir el habitual vacío de poder que se observa siempre después de un cambio. No consulté más que a mi conciencia para elegir a los inmediatos colaboradores del gobierno. Asumí el mando para borrar la mala imagen de las FF.AA. ante el pueblo y para demostrar que había un militar que no mentiría ni engañaría a los bolivianos.

En consecuencia, el primer decreto de mi Gobierno se dictó para devolver a la ciudadanía la confianza

y la seguridad. Se convocó a elecciones para el primer domingo de julio de 1979. Esta determinación se cumplió debidamente ya que estaba empeñada la palabra de honor de las FF.AA. a través de mi persona.

El resultado de las elecciones, malogradas por los políticos que no supieron mostrarse patriotas ni respetuosos de la voluntad popular, no es culpa de mi Gobierno ni de las FF.AA.

Esa fue la mejor oportunidad para que los políticos, ansiosos de llegar al poder o asumir la representación popular como Senadores o Diputados, pudieran alcanzar sus objetivos en forma limpia y patriótica.

El pueblo ha vivido y fue espectador de la actitud de un Congreso que no supo comportarse como debía. Ofreció un espectáculo lastimoso. Se impuso el egoísmo de quienes pretendían manejar los destinos nacionales en forma arbitraria y obedeciendo influencias contrarias al espíritu nacionalista de Bolivia. Los políticos pusieron sus intereses por encima de los sagrados de la patria.

La lucha política alcanzó un alto grado de odio y egoismo pocas veces visto en nuestra historia. Como ninguno de los candidatos alcanzó la mayoría de ley, tocaba al Parlamento dar a conocer su decisión. No se obtuvo ningún resultado práctico. Por el contrario, se agriaron más los ánimos y era inminente un enfrentamiento entre partidos que se atribuían la victoria pese a que faltaba la decisión del Congreso, como establece la Constitución.

Así, entre cabildeos y combinaciones, se encontró una solución forzando los principios constitucionales. Fue elegido como Presidente constitucional interino el Dr. Walter Guevara Arze, por el término de un año. Este paso debía tener consecuencias fatales.

Tradicionalmente la transmisión del mando se efectúa el 6 de agosto, pero en esta ocasión no ocurrió así. En la noche del 6 me despedía de mis inmediatos colaboradores en la residencia presidencial de San Jorge. De pronto, llegó un mensaje telefónico desde el Congreso. Se exigía la entrega inmediata del mando. No podía aceptar semejante imposición. Hice responder que se enviara la solicitud por escrito para que yo fijara fecha y hora de la ceremonia.

La calma volvió a los ánimos en el Congreso. En la mañana siguiente recibí la nota correspondiente. Respondí señalando el día 8 a las 11.00 de la mañana.

Ante la demora del flamante mandatario, envié al parlamento un alto funcionario para indicar que hacía rato que esperaba en Palacio para trasladarme con mi gabinete a fin de realizar la entrega del mando. El Dr. Guevara Arze llegó después de la hora señalada, en medio de la nerviosidad de los miembros de las mesas directivas de las cámaras de Senadores y Diputados.

Debo reiterar que el objetivo principal de mi Gobierno fue convocar a elecciones generales para normalizar la vida del país. A la distancia recuerdo aquellas jornadas en que la pasión política se enardecía a

medida que aumentaba la división entre los elementos civiles.

En los ocho meses y medio que duró mi gobierno, el país vivió en un clima de amplio respeto de sus derechos. En todo momento se me demostró simpatía y comprensión. Si bien los problemas se agravaban con el tiempo, no se observaba ningún síntoma de malestar ni de sufrimiento.

Me toca hoy agradecer a todos mis conciudadanos, por su conducta y la responsabilidad en el cumplimiento de sus deberes. No hubo conflictos de ninguna clase. No se produjeron paros ni huelgas. No se plantearon exigencias desmedidas para la solución de los problemas económicos en los sectores laborales.

En el acto eleccionario el pueblo demostró civismo, madurez y un elevado grado de responsabilidad

Durante mi administración, se respetó el principio de autoridad. No hubo escasez de artículos de primera necesidad. Ni la amenaza de "paquetes económicos" que habrían afectado, gravemente, la economía popular, especialmente de los sectores menos favorecidos.

Ahora tengo la plena seguridad de que el pueblo boliviano ha juzgado mis actos y creo que su aprobación es unánime porque es el supremo juez de la conducta de un gobernante que obra con honestidad, patriotismo y dedicación.

No hubo masacres blancas como es habitual al iniciar un gobierno. Se hicieron cambios indispensa-

bles en los organismos estatales y ministerios. Todo se condujo con criterio altamente humano. Por otra parte, debo reiterar que no tengo las manos manchadas con sangre, lo cual tranquiliza más mi conciencia. No asumí el poder precipitando matanzas y encarcelamientos. Pude obrar así porque contaba con la confianza del pueblo. Además, mis colaboradores inmediatos obraron siempre con el pensamiento puesto en la Patria y en la institución armada. Nuevamente debo agradecerles por su esfuerzo y expresarles que mi gratitud es eterna.

Es así que, luego de muchos años, se observaba el raro espectáculo de que los militares entregaban el poder a los civiles. El gobernante y las FF.AA. salieron de la casa de gobierno en medio de los aplausos del pueblo. La institución armada regresaba a sus cuarteles con la frente limpia y el respeto acrecentado de propios y extraños. Al reanudar sus funciones específicas lo hacía con la mirada vigilante para cumplir los preceptos de la Constitución que son claros y concluyentes, en cuanto a la misión de la institución tutelar.

XXVIII

Para relatar mi actuación, como Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, quiero recordar que este cargo lo ocupé, en forma paralela al de Presidente de la República, desde enero de 1979.

Una vez realizada la transmisión del mando al Dr. Guevara Arze me replegué al Gran Cuartel de Miraflores para desempeñar las funciones específicas de Comandante en Jefe de la institución armada.

Al producirse un relevo presidencial y más aun en el caso que me tocó actuar, realizado ante el Congreso Nacional siempre se prevé, puesto que es lo normal, que el nuevo mandatario ratifique o disponga el relevo de los miembros del Alto Mando Militar. Esa es una de las atribuciones del primer mandatario, claramente establecida en la Constitución Política del Estado.

En este caso particular, el primer mandatario ratificó a los Jefes que tenían la responsabilidad de conducir a las FF.AA. incluyendo a mi persona. La determinación presidencial fue acatada en forma disciplinada.

Lo que ocurrió un poco más tarde, en la segunda quincena de septiembre, se debió al hecho de que el Dr. Guevara Arze quiso relevar al Gral. Azero del Comando de Ejército. Ahí surgió el primer problema entre el Ejecutivo y las autoridades militares.

Afortunadamente, luego de varias conversaciones y principalmente en una reunión convocada por el gobernante y que se llevó a cabo en la Sala de Operaciones del Departamento III del Ejército, donde estaban presentes el primer mandatario, los Estados Mayores de las tres Fuerzas y los Comandantes de Unidades de la guarnición de La Paz. En esta oportunidad todo quedó superado, gracias a la comprensión entre au-

toridades militares y el presidente. El Dr. Guevara Arze quiso relevar al Gral. Azero pues, según él, tenía informaciones de un golpe inminente apareciendo como el cabecilla de dicha acción. En dos oportunidades y en reuniones en su domicilio, el primer mandatario me hizo conocer que dicho jefe militar estaba permanentemente empujado por elementos civiles y militares para consumar un golpe de estado. Antes de que esto se produjera, para bien de Bolivia y también del citado General, era conveniente invitarlo para ocupar una Embajada en el país que eligiera, decía Guevara.

Como Comandante en Jefe y por la lealtad que debía a Azero, lo llamé a mi despacho para hacerle conocer la preocupación del Presidente, al mismo tiempo la mía, sobre las conjeturas y rumores que circulaban en torno a su persona. Le pedí que me dijera la verdad de todo ello.

Azero negó todos estos infundios y aseguró que se trataba solamente de rumores. Añadió que no estaba comprometido en ningún golpe subversivo y que se hallaba dispuesto a enfrentarse con quienes lo sindicaban. Estaba seguro de poder aclarar su posición.

Mi deber, por el cargo que ocupaba, era transmitir al Presidente de la República estas aclaraciones del Comandante de Ejército. El Dr. Guevara Arze demostraba cierta obstinación en su empeño de relevar a Azero. Dijo, asimismo, que sería conveniente una conversación entre los tres para aclarar, definitivamente, este asunto o tal vez para decirle cosas concretas al

Gral. Azero, insistiendo en la conveniencia de que se fuera a una Embajada.

Me agradó la propuesta del mandatario para una reunión tripartita en su domicilio a fin de poner, una vez por todas, en claro y en forma definitiva la situación del Jefe militar.

Dicha reunión se llevó a cabo. Azero, en forma serena y firme, con argumentos valederos, demostró al primer mandatario que él estaría dispuesto a retirarse del Comando del Ejército pero que esto, indudablemente, engendraría problemas para el gobierno. Añadió que no participaba en ningún plan conspirativo, con civiles ni con militares. Todo esto atribuía a una animadversión personal para perjudicarlo en su carrera profesional.

Por otro lado, la labor del Congreso que funcionaba después de muchos años, era motivo de permanente preocupación para los miembros de la institución armada. Algunos parlamentarios se ensañaban contra los gobiernos militares y, sobre todo, contra el del Gral. Banzer Suárez. Los ataques y críticas recrudecían en el Legislativo, más que todo con el pretexto del Juicio de Responsabilidades seguido contra dicho ex-mandatario.

La impaciencia y preocupación de las FF.AA. fueron puestas en conocimiento del Presidente, como era mi deber. Le solicité, al mismo tiempo, que recomendara a los congresales tener mayor cuidado, más prudencia y respeto por la institución castrense.

El primer mandatario se comprometió a cumplir lo que le pedía en favor de las FF.AA. Todo esto, por supuesto, en bien de la tranquilidad nacional y de la estabilidad de su gobierno.

El tiempo avanzaba y así llegamos al 11 de octubre cuando se produjo una especie de sublevación en la guarnición de Trinidad. En una proclama difundida por intermedio de las radios locales se pedía la clausura del Congreso y la sustitución del Presidente Guevara Arze por un militar.

Esta actitud no tuvo ninguna repercusión en el resto de las guarniciones. Ordené al Gral. Azero enviar una comisión a la capital beniana para investigar y establecer las causas de esa actitud de los militares de dicha guarnición. La comisión estuvo integrada por los Coroneles Oscar Larraín y Alberto Natusch Busch. Los comisionados volvieron al siguiente día a La Paz informando, primero al Comandante de Ejército del cual dependían y luego, en reunión del Alto Mando Militar. Los dos Jefes dijeron que lo ocurrido en Trinidad no constituía un hecho de importancia ni ofrecía peligro, pues lo que había sucedido era nada más que una reacción, sobre todo en la ciudad de Trinidad, porque las autoridades de ese distrito eran de extrema izquierda y autores de los insultos lanzados en panfletos contra las FF.AA.

Añadieron los comisionados que se trataba de un asunto netamente localista y que la proclama leída en las radioemisoras era un documento sin firmas responsables, por tanto no constituía ningún peligro pa-

ra la estabilidad del Gobierno. Finalmente, recomendaron no tomar ninguna medida disciplinaria en aras de la unidad castrense por tratarse de un hecho aislado.

Lo evidente es que el Cnl. Natusch atemperó las medidas que el Comando de Ejército iba a aplicar, porque de todas maneras, los sucesos de Trinidad no dejaban de constituir una rebelión. Las sanciones para estos casos están contempladas en los reglamentos militares y el Código Penal Militar. Indudablemente, ahora se puede colegir que este hecho, que resultó aislado, fue el preámbulo de lo que sucedió el 1º de noviembre, cuyo cabecilla fue, precisamente, el Cnl. Natusch Busch.

Como en otras oportunidades, también puede decirse que cuanto ocurrió en Trinidad, fue parte de un plan que no estuvo debidamente ajustado ni sincronizado, debiéndose a eso su fracaso. Muy sugestivo fue que al finalizar su información, Natusch Busch hizo referencia a la situación del país, recalcando, en forma muy enfática, que el único partido que tenía vigencia, aun con los problemas que agobiaban a la nación, era el MNR. Hizo notar, igualmente, que esto podía servir para la constitución de una sólida base política con la adhesión de otros partidos nacionalistas.

Esta acotación tuvo su justificación posterior cuando justamente, en base a elementos de la plana mayor del MNR que jefaturizaba el Dr. Víctor Paz Estenssoro, se dio el golpe del 1º de noviembre con todas las consecuencias conocidas por el pueblo.

XXIX

Con motivo del viaje del Dr. Guevara Arze a Panamá, en los primeros días del mes de octubre, el mando quedó en manos de la señora Lydia Gueiler Tejada, quien ocupaba la presidencia de la Cámara de Diputados. El acto de la transmisión se llevó a cabo en el hall del Palacio de Gobierno.

En mi calidad de Comandante en Jefe ordené al Alto Mando Militar no hacerse presente en dicha ceremonia como una prueba de resistencia pasiva y demostración de frialdad para el Congreso, por las actitudes de muchos de sus miembros.

Esta orden se cumplió disciplinadamente. Las autoridades militares estuvieron solamente en el aeropuerto de El Alto para despedir al Presidente interino de la República.

A partir de ese momento, fue notorio el distanciamiento entre el Ejecutivo y el Comando, principalmente entre la señora Gueiler Tejada y mi persona.

Al despedirse, el Dr. Guevara Arze me recomendó estar atento ante cualquier emergencia, durante su ausencia. Vivía obsesionado con un golpe militar. Le respondí que viajara tranquilamente y sin cuidado alguno.

En su breve interinato de cuatro días, la señora Gueiler Tejada realizó una serie de actos convocando a reuniones y a un desayuno-trabajo. No asistí a ninguna de estas reuniones ordenando que fuera sola-

mente el Jefe de Comando M.G. Gral. Víctor Castillo y los Comandantes de Fuerza.

En otro parte, hice conocer todo lo ocurrido en Trinidad. Debo añadir que a partir de ese momento, el Presidente Guevara Arze demostraba una mayor y creciente intranquilidad por las informaciones que seguramente le llegaban a través de sus fuentes, acerca de las actividades del Cnl. Natusch Busch. Ya se había olvidado del Gral. Azero.

Con la respectiva autorización del primer mandatario viajé a Estados Unidos acompañado de mi familia. Se trataba de un chequeo médico. Volví al país antes de la inauguración de la IX Asamblea de la Organización de Estados Americanos que se realizó en esta capital.

Asistimos todos los miembros del Alto Mando Militar al acto de inauguración.

Al término de esto, el Presidente Guevara Arze me indicó que tenía urgencia de conversar conmigo. Para ello me invitó la noche del 22 de octubre a su domicilio en Calacoto. Allí me informó sobre la inusitada actividad del Cnl. Natusch Busch en su oficina del G.C.G. de Miraflores, pues tenía a su cargo la Jefatura del Departamento VI del Ejército.

Me dijo que ya había conversado con él, en su calidad de primer mandatario, habiéndole pedido que no se comprometiera ni se dejara precipitar a actividades subversivas, porque las consecuencias serían

graves para el país, para la institución armada y personalmente para él.

Según lo que me informó el Dr. Guevara Arze, Natusch Busch negó rotundamente todo lo que se le había dicho. Añadió que él se dedicaba solamente a su profesión.

El gobernante siguió diciendo que las pruebas de la subversión eran sumamente claras. Me pidió, finalmente, que como Comandante en Jefe conversara con ese Jefe militar para que aclarara su situación.

Dando cumplimiento al pedido presidencial, cité a Natusch Busch a mi Comando para el día 23 o 24 en la mañana. Cuando estuvimos juntos, le plantée directamente el problema y le ordené que, como militar de honor, de prestigo y con un futuro promisor, sobre todo en el plano de la amistad, ya que en el Colegio Militar había sido un distinguido cadete mío, me dijera toda la verdad de cuanto sabía y en lo que estaba comprometido, no sin antes hacerle conocer que todo lo que se precipitaría, con una actitud subversiva, sería muy lamentable y de consecuencias funestas para la Patria y la institución armada.

El Cnl. Natusch Busch me respondió: "Evidentemente me buscan militares y civiles para liderizar un movimiento subversivo, pero le digo, francamente, mi General, que a los camaradas los reflexiono, les aconsejo no alentar este tipo de movimiento y que se dediquen solamente a su profesión. A los políticos, les niego rotundamente acceder a sus sugestiones hacién-

doles ver la inconveniencia y el peligro de sus proposiciones".

Prosiguió diciéndome: "Mi General, yo sé, reconozco y analizo que un golpe de estado en estos momentos, cualquiera que sea quien lo liderice, iría al fracaso, por las consecuencias internas y externas. Es por todo esto, mi General, como su amigo y su cadete, que le digo con la palabra de un soldado, que no estoy metido en nada, pero sí hay gente interesada en la subversión".

Creí en la sinceridad de sus palabras por lo que le dije: "Mire Alberto, a usted le falta poco para ascender al grado de General de Brigada por todos sus méritos y derechos. No se meta en nada. Su futuro, como militar y como ciudadano, tiene un camino con muchas perspectivas". Con estas palabras terminó la reunión. Al despedirse me reiteró que nada ocurriría. Me pidió, igualmente, que informara de esta manera al Presidente de la República.

Toda esta conversación la hice conocer a Guevara Arze, en su domicilio. El agregó, como un hecho, que se sumaba a todo cuanto conocía, que tal vez Natusch Busch estaba alentado por el Dr. Víctor Paz Estenssoro. Para aclarar esto, se hallaba dispuesto a invitar al jefe del MNR a su domicilio, a una cena, para aclarar tantos rumores. Evidentemente, invitó a los dos a una reunión pero la negativa de ambos fue, nuevamente, rotunda.

El 27 de octubre y con motivo de celebrarse un aniversario más de la creación de la Escuela de Inge-

niería del Ejército, se desarrolló un acto preparado por el Comandante de dicho Instituto, al que asistió el primer mandatario y el Alto Mando Militar.

Al cerrar el acto, Guevara Arze pronunció un discurso alusivo a la fecha, pero en sus partes salientes y en tono muy amargado, hizo ver el peligro en que se encontraba el país y que en caso de producirse la subversión el país se sumiría en un tremendo baño de sangre. Agregó que el caos y la anarquía se apoderarían de Bolivia. Añadió, entre otras cosas, que la única estabilidad para la nación se lograría mediante la conjunción total entre el pueblo y sus FF.AA. Asimismo manifestó que la situación del país se podía comparar con un resorte comprimido y que en el momento que se soltara, sucederían cosas graves para la patria. Con todo esto, demostraba una profunda preocupación por la situación política que atravesaba nuestro país, por tanto no estaba equivocado.

Pasada la ceremonia principal, el Presidente me dijo que deseaba conversar urgentemente conmigo porque los rumores y las informaciones que tenía eran cada vez más alarmantes. Nos reunimos de inmediato en la oficina del Comandante de la Escuela. Me hizo conocer detalles de la confabulación y me pidió que conversara, nuevamente, con Natusch Busch.

Cuando nos retiramos, ordené a mi Ayudante que citara, de inmediato, a dicho jefe para que se constituyera en mi domicilio a la una de la tarde de ese mismo día.

A la hora precisa, estuvo presente. Nos encontrábamos solos en mi escritorio y empecé la conversación diciéndole: "Alberto, acabo de estar con S.E. en la Escuela de Ingenieros y me ha pedido que me entreviste, de nuevo, con Ud. El Dr. Guevara Arze tiene más pruebas de su actividad con elementos políticos y algunos militares. Lo he llamado para que me diga, como soldado, por su honor militar, en qué está Ud. metido y si lo está, dígame con quiénes. Avíseme para tomar algunas decisiones. Dígame toda la verdad". Luego agregué que si estaba realmente en esos trajines, "dígame qué ha de pasar con la institución armada y la Patria?" Además, continué, "quiero hacerle saber que si se produce alguna alteración en la vida política de Bolivia, muchos países amigos no reconocerán al nuevo Gobierno y particularmente Estados Jnidos, pues su Embajador me ha comunicado esa decisión. Ante esta situación, háble me con franqueza".

El Cnl. Natusch Busch me respondió: "Mi General, la conversación que sostuve con Ud. en días pasados en su Comando y las palabras que le expresé, por mi honor, las reitero nuevamente ahora". Calificó de falsedades y calumnias todo lo dicho y solamente con la intención de perjudicarlo.

"Le vuelvo a decir, mi General, que no tenga cuidado de nada y dígale al Dr. Guevara Arze que mi compromiso es de no meterme en ningún tipo de actividades subversivas".

Le expresé, enseguida: "Alberto, nuevamente vuelvo a creerle. Confío en Ud. que, como militar de pres-

tigio, cumplirá con todo lo que acaba de decirme y nada más por ahora". Espero, le reiteré: "medite y reflexione mucho sobre lo que podría ocurrir". Su respuesta fue: "no va a pasar nada, mi General. Se lo prometo".

Me dio un fuerte apretón de manos y se despidió. Esa misma noche conversé con el Presidente para comunicarle el resultado de mi conversación con Natusch Busch pero advertí que seguía muy preocupado y no creía en lo que me había dicho ese jefe militar.

Luego, llegó el 1º de noviembre con todas las consecuencias que el pueblo boliviano tuvo que vivir y soportar.

XXX

Conforme anoté anteriormente, después de la entrega del mando presidencial al Dr. Guevara Arze, la inquietud y preocupación de los jefes y oficiales era notoria y difícil de disimular.

Un día, a fines de septiembre, el Ayudante Tcnl. Carlos Mena Burgos, entró en mi despacho para decirme que los Comandantes de los Regimientos Tarapacá y Colorados, Tcnls. Doria Medina y Moreira, respectivamente, querían conversar conmigo. Me entregaron una invitación, en nombre de los Comandantes de las unidades de las tres Fuerzas con asiento en La Paz. Se trataba de servirnos un plato criollo en la casa del ecónomo del Palacio de Gobierno, señor Obli-

tas, quien vivía en la zona de Irpavi. A esa reunión asistieron casi todos los Comandantes con excepción de uno o dos.

Me di cuenta del motivo de esa reunión. Evidentemente no me equivoqué. Cada uno de los Comandantes se refirió a la situación del país y especialmente a la "labor" de los Padres de la Patria, quienes demostraban una grande y desmedida animadversión contra la institución armada. Agregaron que semejante estado de cosas no podía continuar por más tiempo.

Me decían: "¿quién les ha dado la democracia? Gracias a Ud. y a nuestras FF.AA. funciona el Congreso pero lamentablemente no está cumpliendo con una labor beneficiosa para el país". Unos se mostraban más eufóricos que otros y luego de algunas copas ya no disimulaban su propósito de proponer la realización de un golpe para acabar con el Parlamento y para que las FF.AA. tomaran nuevamente el mando de la nación.

Unos lo decían en tono jocoso y otros, demostraban gran seriedad y resolución. Les respondí en la mesa que el Congreso, el cual funcionaba después de tantos años, tal vez estaba desubicado y que sus miembros aún no conocían completamente sus deberes y obligaciones. Les hice notar, también, como autoridad máxima de las FF.AA. que sentía la misma preocupación que ellos y que la conducta de los Padres de la Patria. empeñados en atacar y desprestigiarnos, me inspiraba el mismo disgusto sentido por ellos. Manifesté, igualmente, que como en anteriores ocasiones,

haría una representación al Presidente de la República.

Con respecto al cambio de gobierno que me proponían mediante un golpe de estado, les dije con la mayor franqueza que lo consideraba prematuro y peligroso por las consecuencias que podrían derivarse. Además, añadí, debía tenerse paciencia y esperar un poco más para tomar algunas medidas. Había que obrar, primero, con actitudes persuasivas y dialogando con los miembros del Ejecutivo y del Legislativo.

En consecuencia, no alenté ni empujé para la realización del golpe. Además, les manifesté que, si como Presidente de la nación y con el apoyo de la institución armada convoqué a elecciones entregando el mando a un ciudadano que, como una solución política, el Congreso eligió como primer mandatario, no podía por tal circunstancia ser el alentador de un plan subversivo, desvirtuando de esta manera mi conducta personal y comprometiendo a la institución armada.

Con estas reflexiones y algunos comentarios, concluyó esa reunión sin haberse tomado ninguna decisión. Más bien, se recomendó observar una conducta comprensiva pero manteniéndose atentos ante cualquier emergencia.

Después de esta reunión, pude notar cómo en forma paulatina el acercamiento a mi persona de los Comandantes, iba disminuyendo. Se podía deducir que sus intenciones se mantenían latentes. Para alcanzar sus objetivos volcaron la atención, primeramente sobre el Gral. Azero y luego hacia el Cnl. Natusch Busch.

No hubiese querido referirme a la conducta del Tcnl. Carlos Mena Burgos, Ayudante General del Comando en Jefe, pero considero necesario, para que los camaradas de las FF.AA. reflexionen sobre el particular y no sigan nunca por ese camino. Dicho jefe trabajó a mi lado durante casi seis años. Fue Subjefe del Departamento II en el período 1974-1975 y Ayudante mío en el Comando del II Cuerpo de Ejército. También estuvo como Jefe de la Casa Militar durante mi presidencia y luego, Ayudante General del Comandante en Jefe. Un hombre al que colaboré en todo sentido, a quien guardé las máximas consideraciones brindándole mi amistad, noble y sincera, sin embargo de todo esto, puso de manifiesto la deslealtad, la falta de nobleza, de consecuencia y de gratitud.

Lamento presentar un ejemplo así, en estas páginas, pero vuelvo a expresar que no puedo dejar de mencionarlo ni pasar por alto su conducta. Mi intención, al citar este hecho, es el de que las generaciones jóvenes del presente y del futuro, vean esta conducta como un pésimo y nefasto ejemplo en la vida militar, ya que en la institución armada no deben tener cabida esta clase de hombres.

Mena fue el Ministro del Interior del Cnl. Alberto Natusch Busch en su fugaz gobierno.

Fue el 31 de octubre, cuando me recogía a las siete de la noche a mi domicilio, que me acompañó hasta la puerta del automóvil para decirme: "Hasta mañana, mi General". Estas palabras, felizmente, fueron las últimas que salieron de sus labios frente a mí.

Dejo a mis camaradas analizar y calificar lo hecho por Mena.

A las ocho de la noche del 31, ya en mi domicilio, recibí la visita de dos oficiales del Regimiento Ingavi que, voluntariamente, llegaron para conversar conmigo e informarme sobre la situación en que se encontraba su unidad como consecuencia del repentino cambio de su Comandante, Tcnl. Alberto Gribosky, por el Tcnl. Freddy Quiroga.

Este cambio fue ordenado directamente por Guevara Arze al Gral. Jorge Terrazas Alborta, Jefe de E.M. del Ejército. Era una medida ligera y precipitada, seguramente para tratar de conjurar lo que se produjo posteriormente.

Ese día estuvo ausente de la guarnición de La Paz el Gral. Ramón Azero, Comandante del Ejército. El 29 me había solicitado permiso para realizar un viaje de inspección a las unidades acantonadas en la frontera con Chile. Desde ese momento y hasta este instante en que escribo estos apuntes, nunca más lo volví a ver ni conversé con él.

Desde ya, ese viaje era sugestivo por las sindicaciones que se hacían de ser el cabecilla de una subversión. Hasta podría decirse que eludió el problema transfiriéndolo al Cnl. Natusch Busch, muy amigo suyo y su protegido.

Más o menos a las 00.30 del 1º de noviembre, fui llamado telefónicamente por Guevara Arze. Me hizo saber, muy preocupado, que algo extraño estaba suce-

diendo en el cuartel de San Jorge, donde se halla ubicada la Policía Militar (luces encendidas, ruido de motores, movimiento de soldados), que dentro de la vida de cuartel eso resultaba anormal, especialmente a altas horas de la noche, y en tiempos de paz.

Le respondí que investigaría de inmediato y que luego le informaría sobre el particular. Traté, primeramente, de comunicarme con el Ayudante General. Lo llamé a su domicilio y me respondió una persona que había quedado al cuidado de la casa. Pedí hablar con Mena y se me contestó que toda la familia había sido trasladada en una vagoneta a la ciudad, en las primeras horas de esa noche. En consecuencia, dicho militar no se encontraba en su casa.

Esto me sirvió de pauta para darme cuenta de que dicho Jefe puso a buen recaudo a su familia porque su compromiso con los conjurados era una realidad.

Enseguida, llamé a los Capitanes Benjamín Ledezma y Oscar Galvez, mis Ayudantes de órdenes, para decirles que fueran a ver lo que sucedía en San Jorge.

Al cabo de una hora, más o menos a la 01.30 de la madrugada, me llamaron muy alarmados para decirme que, efectivamente, la Policía Militar y la tropa estaban armadas, observándose un movimiento inusitado de Oficiales, soldados y vehículos. Al pasar por el Gran Cuartel General, añadieron que sintieron ruido de motores de blindados y que se quedarían en

las proximidades de ambos cuarteles para darme nuevas informaciones y detalles.

Llamé al Dr. Guevara Arze para hacerle saber todo esto. Me respondió que él había salido también para comprobar esos hechos y que efectivamente la subversión estaba en marcha, siendo preciso tomar las medidas más convenientes.

Le sugerí que permaneciera en su domicilio a la espera de otras noticias.

Luego llamé al Jefe de E.M.G. del Comando en Jefe, Gral. Víctor Castillo. Le informé rápidamente sobre lo que pasaba y le ordené prepararse con el fin de constituirse en el G.C.G. Asintió con voz preocupada en la que se notaba también, la sorpresa. Afirmó que se constituiría en el Colegio Militar, primeramente, para preparar la Compañía de Seguridad, conformada por soldados conscriptos para resistir, inicialmente, a los golpistas.

Esta actitud o plan de Castillo me pareció extremadamente raro y no estaba de acuerdo con lo que debía hacerse. ¿Qué podían hacer unos cuantos soldados semi-instruidos, al mando de un General de División como era Castillo, para detener el golpe?

Después de esta conversación quedó un vacío sin otras informaciones. A las 4.30 de la mañana me disponía a salir, con algunos integrantes de mi grupo de seguridad personal, hacia el Cuartel General. Fui sorprendido por la presencia de tropa armada que, al mando de un Oficial, rodeó mi domicilio. No me de-

jaron pasar. Quien comandaba esa fracción, ingresó a la casa para decirme que había recibido órdenes para darme protección y seguridad. Agregó que no podía salir, por ningún motivo. Prácticamente estaba preso.

XXXI

Más o menos a las seis de la mañana recibí un llamado telefónico. Era el Cnl. Natusch Busch para decirme de viva voz, lo siguiente: "Buenos días, mi General .Estoy rodeado por muchos Jefes y Oficiales que son testigos de esta conversación. Los acontecimientos se han precipitado y hemos tomado la decisión de cambiar al Gobierno por muchas razones. Usted, mi General, en esta situación, tiene todas las garantías y libertad porque así lo merece, por cuanto hizo por las FF.AA. y por el país. Además por el respeto que se merece.

"Mi General, no tenga cuidado de nada", fueron sus últimas palabras.

Mi respuesta fue: "Ojalá que esta determinación tomada por Ud. no traiga para el país y las FF.AA. consecuencias imprevisibles. Si Ud. se ha decidido por esto, solamente puedo recordarle nuestras dos conversaciones pero sin embargo, le deseo éxito en su empresa. Gracias y hasta luego".

Para conocer lo que podría estar ocurriendo en Santa Cruz, llamé a las cuatro de la mañana al Coman-

dante del II Cuerpo de Ejército, Gral. Edén Castillo Galarza.

Me respondió, primeramente su esposa, y luego, ante mi insistencia, habló dicho Jefe. Le informé sintéticamente lo que estaba pasando en La Paz. Al mismo tiempo, le pedí que me informara sobre la situación en su guarnición. Me contestó, tranquilamente, que no había novedad alguna, que todo estaba normal pero que permanecería atento y me llamaría en cualquier instante, para informarme lo que pudiera ocurrir.

Al despedirse, expresó: "No tengas ningún cuidado, David. Aquí no ocurrirá nada, pues quien comanda esta Gran Unidad es un soldado leal". Con estas palabras concluyó la conversación telefónica.

Minutos más tarde llamé al Comandante de la I División, Gral. Mario Candia Navarro. Le hice conocer lo que estaba ocurriendo en el cuartel de San Jorge, donde estaba su Comando. Le ordené constituirse allí, de inmediato, para controlar lo que pasaba y comunicarme, enseguida, las novedades. No pasarían ni cinco minutos de esta conversación cuando me llamó para decirme que en el momento que se preparaba para salir de su domicilio se encontró con soldados armados los cuales no lo dejaron abandonar la casa.

A esa hora, cuatro de la mañana más o menos, todo estaba controlado por los sublevados que cortaron las comunicaciones telefónicas. Desde el primer momento dudé del éxito de esta conjura. Mi desacuerdo era total y es por esto que me puse en contra de esa descabellada actitud, con decisión y firmeza.

Esta conducta fue secundada por varios Generales, Jefes y Oficiales, lo que culminó con la lectura de un comunicado, en conferencia de prensa, de los Tcnls. Jorge Escóbar y Rolando Saravia, actitud valiente y decidida que fue el golpe de gracia que precipitó la caída de Natusch Busch.

Me preocupaba la actitud del II Cuerpo de Ejército. Su Comandante se había comprometido para llamarme y como no lo hizo, establecí contacto con Santa Cruz, más o menos a las 9.30 de la mañana. Le pregunté a Castillo sobre la situación real en la capital cruceña, particularmente sobre su posición como Comandante del II Cuerpo de Ejército. Me respondió: "David, no tengas cuidado de nada. Esta unidad está comandada por un soldado, como soy yo. Mi actitud será de no comprometerme con los ambiciosos. Estoy en una reunión con mi Estado Mayor y solamente nos limitaremos a mantener el orden en la jurisdicción de mi Gran Unidad".

Seguramente se trataba de palabras dichas con cálculo o inconscientemente, pues esperaba ver a cuál lado se inclinaba la balanza. Ya no me llamó para darme informes. A la una de la tarde del 1º de noviembre resultó apoyando la subversión. Esta actitud le valió ser nombrado Comandante en Jefe de las FF.AA. Su Jefe de Estado Mayor resultó ser el Gral. Augusto Calderón. Así, de esta manera, solamente por quince días, ambos ocuparon los más altos puestos de la institución armada.

Muchas veces, la ambición desmedida y el no saber colocarse en una situación real, perjudica a las

personas desesperadas y ambiciosas que, por alcanzar una alta situación jerárquica dentro de las FF.AA. traicionan a sus propias conciencias para precipitarse y complicarse en aventuras descabelladas. No piensan, un solo momento, que a la larga esos impulsos perjudican enormemente.

Este es el singular caso del Gral. Edén Castillo G., quien por orden expresa mía fue nombrado Comandante del II Cuerpo de Ejército en Santa Cruz, cuando ejercía un cargo pasivo como el de Presidente del Tribunal Permanente de Justicia Militar. Por su antigüedad y por el puesto que ocupaba en la capital cruceña, en forma natural y normal, al finalizar el año de 1979, habría sido nombrado Comandante del Ejército o Comandante en Jefe de las FF.AA. de la nación. Además, hubiera sido ascendido al grado de General de División, que en justicia le correspondería.

Dicho General fue Comandante en Jefe de la institución armada solamente por quince días. Luego de la caída de Natusch Busch pasó a ser Inspector General y ahora sigue como General de Brigada. Posiblemente, a fines de este año de 1980, pase a la reserva activa ya que cumple 30 años de servicios. Por su inconsecuencia con la institución, con la amistad y su propia conciencia, este General resultó perjudicado.

Presento este ejemplo a mis camaradas para que mediten muchísimo antes de comprometerse y complicarse con actitudes que, a la larga, perjudican y lo postergan en sus aspiraciones profesionales.

El 2 de noviembre, más o menos a la una de la tarde, fui llamado nuevamente por Natusch Busch para indicarme que las medidas de seguridad dispuestas la víspera en mi domicilio, eran solamente para dar protección a mi persona, añadiendo que tales disposiciones serían suspendidas por su orden, para que quedara en completa libertad. Asimismo expresó que disculpara si tales medidas resultaron perjudiciales para mí. La agradecí por esta muestra de amistad, luego me dijo: "Aprovecho esta oportunidad para invitarlo al acto de posesión del gabinete". Muy cortésmente le respondí que no asistiría por razones obvias, terminando de este modo el breve diálogo. Sin embargo, a esa ceremonia asistieron los altos miembros del Mando Militar siendo relevados, horas más tarde, de sus cargos.

Volviendo a lo ocurrido el 1º de noviembre, debo decir que seguía atentamente el curso de los acontecimientos. Además era informado por las comunicaciones de mis camaradas y luego por las transmisiones radiales hasta el momento en que cayó el gobierno del Coronel Natusch Busch.

El Dr. José Fellmann Velarde, comprometido en el golpe, hizo declaraciones en sentido de que yo había sido detenido cuando intentaba ingresar al G.C.G. y que estaba pidiendo garantías personales. Esto era una falsedad y una invención de ese político comprometido en el alzamiento. Llamé de inmediato a Radio Panamericana para desmentir semejante falsedad y manifestar que yo no estaba de acuerdo con ese golpe de estado, poniéndome al frente de tal situación creada por

algunos militares y políticos, entre ellos varios parlamentarios. Esta determinación la mantuve con firmeza pese a los riesgos que corría.

Como los acontecimientos creaban un ambiente de violencia, por el número de muertos, heridos y desaparecidos, particularmente de gente humilde, mi preocupación iba en aumento porque sencillamente se estaba cometiendo un verdadero genocidio.

Volví a llamar a Edén Castillo, posesionado ya como Comandante en Jefe. En tono amistoso y velando por el prestigio de la institución armada, le pedí abstenerse de dictar órdenes a las unidades militares para disparar contra el pueblo. Le manifesté asimismo que él, como máximo representante de la institución armada, junto al Alto Mando Militar, conversara seriamente con el nuevo mandatario para asesorarlo y hacerle ver la situación real del país. Se comprometió a hacerlo pero estoy seguro de que nada dijo a Natusch Busch porque la violencia fue en aumento y la arremetida contra el pueblo fue cada vez más dura, o tal vez no hizo nada sólo por mantenerse en el cargo no diciendo la verdad como correspondía.

Igualmente, en ese plano de preocupación y dolor, llamé al Ministro de Defensa, Gral. Oscar Larraín, para pedirle, al igual que hice con el Comandante en Jefe, meditara y reflexionara sobre la situación para evitar un baño mayor de sangre. Pienso, igualmente, que tampoco este dignatario de Estado se puso en su lugar para cumplir con una de sus obligaciones: el debido asesoramiento al Presidente de la República.

La desmedida ambición y el afán de figurar de muchos Jefes, en varias etapas de la vida del país, hacen que no reflexionen ni midan las consecuencias que, al final de todo, perjudican grandemente a la institución, desprestigiándola y divorciándola del pueblo.

Ante esta actitud, de no tomar medida alguna, resolví redactar tres documentos: uno para el pueblo de Bolivia y dos para los camaradas de la institución militar. Les pedía que con actitudes patrióticas y nobles, resistieran y se opusieran a las determinaciones del nuevo gobierno.

Felizmente muchos camaradas comprendieron esta terrible situación, creada por unos cuantos ambiciosos y que sirvió para apoyar a políticos descalificados y traidores a su causa, a sus ideales y a sus jefes, como lo fueron aquellos civiles, entre ellos parlamentarios, que arrastraron —si cabe la palabra— a un grupo de Jefes y Oficiales para ocupar el gobierno en forma fugaz y sangrienta.

Desde el 1º de noviembre pasaron los días en medio de la mayor zozobra e incertidumbre. Se percibía claramente la aproximación del día en que caería el gobierno. Tenía que ser así porque se trataba de una aventura golpista, sin aceptación en el pueblo ni en los países hermanos.

Guevara Arze trató de establecer un gobierno en "la clandestinidad". Carente de todo apoyo no logró éxito en este intento. Desapareció del escenario político.

XXXII

El domingo 4 de noviembre, después de asistir a misa en la iglesia de San Miguel, se me ocurrió dar un paseo por la ciudad en compañía de mi esposa y de algunas personas que me habían colaborado. Mi intención era observar el panorama de la capital paceña y nada más que eso.

Al llegar al Prado, en la esquina del Colegio Don Bosco, recorriendo ese sector, recibí el saludo de muchas personas. Seguimos la marcha para subir a los barrios de la zona norte.

Al llegar a la esquina de la Power, observé algunas barricadas y gente en ese lugar. Ordené al chofer volver por la otra vía hasta la Plaza del Estudiante.

En todo ese trayecto recibía el afectuoso saludo de numerosas personas. Más o menos, antes de llegar a la sede de la COB, muchos transeúntes se detuvieron rodeando mi automóvil solicitándome que bajara para hablar con ese grupo. Me limité a saludarlos y seguir el recorrido. Segundos después de este pequeño encuentro, se escucharon ráfagas de ametralladora, seguramente por la aglomeración. Todos se dispersaron de prisa protegiéndose dentro de las casas. Aproveché esta breve tregua para continuar, más rápidamente, hacia Sopocachi.

Respecto a esto, llegué a conocer comentarios de que había ido, personalmente, a la COB. Nada más falso porque no tenía motivo alguno para hacerlo. Co-

mo dije antes, mi propósito era solamente de observar un poco la ciudad.

Luego de una corta permanencia en Sopocachi, regresé a mi domicilio. Me puse a analizar y pensar sobre la delicada situación del país y la de las FF.AA. Consideré oportuno hacer distribuir los mensajes citados anteriormente.

Por seguridad y como medida de precaución, salí de mi domicilio para pasar tres o cuatro noches en casas de amigos ya que las informaciones recibidas de mis camaradas hacían ver que existía el propósito de detenerme o tomar alguna medida de fuerza conmigo.

Es así que en la última noche que estuve fuera de mi casa, varios camaradas me hicieron saber que habían escuchado en el G.C.G. que una comisión, al mando del Tcnl. Arce Gómez, se constituiría en mi domicilio, no sé con qué fines. Dicho Jefe bajó con varias personas pero ingresó solamente con su Ayudante, esto por la firmeza y determinación de mi esposa y de mis familiares. Hizo una revisión total, sin ninguna violencia y con el mayor respeto. No puedo explicarme la intención de esa visita, conocida solamente por quienes la ordenaron y realizaron.

Dos días después de este hecho, el Cnl. Natusch Busch abandonaba el Palacio de Gobierno por la puerta trasera, acompañado por una fuerte escolta.

En la segunda semana del golpe comenzaron las conversaciones para solucionar una situación difícil

entre los factores de poder de ese momento: FF.AA., el Congreso Nacional y la Central Obrera Boliviana. Se trataba de conciliar criterios y resolver el grave problema creado por la actitud de Natusch Busch.

Todos estos acontecimientos los seguía de cerca pues estaba informado, permanentemente, por muchas personas, civiles y militares.

La culminación de tales negociaciones son ampliamente conocidas por el pueblo de Bolivia. La designación, como sucesora del Dr. Guevara Arze, recayó en la persona de la señora Lydia Gueiler Tejada, presidente de la Cámara de Diputados. Era, como en ocasión anterior, un nombramiento interino.

De este modo, por primera vez en la historia de Bolivia, una mujer llegaba a la primera magistratura. Su permanencia en el poder sería transitoria. También hubo un vacío político y debilidad total. Los problemas sindicales se agravaron intencionalmente. Se permitió que actuara otro centro de poder. La COB imponía su voluntad entre el gobierno. El malestar iba en aumento y el pueblo presentía horas de suma gravedad.

La institución armada era objeto de los más violentos ataques.

Al amparo de una irrestricta libertad de expresión, se insultaba constantemente a Jefes y Oficiales. El Gobierno toleraba estas manifestaciones de odio sin preocuparse, en lo mínimo, de poner coto a tales provocaciones.

Con mis disculpas más sinceras a las mujeres de Bolivia y a la misma señora Gueiler Tejada, debo declarar lo siguiente: "En qué maldita hora los honorables Padres de la Patria la designaron para ocupar el alto cargo de Presidente de la República. Su gobierno fue mucho más débil que el de Guevara Arze. El país vivió en un desorden impresionante. El pueblo sufrió hambre y soportó la carestía de muchos artículos de primera necesidad. El Gobierno marchaba a la deriva y los Ministros se dedicaban solamente a rendir pleitesía a la gobernante interina, por su condición de mujer.

"No hubo un sólo lugar en el territorio nacional donde no se sintieran los efectos de los paros, las huelgas, los estados de emergencia, los bloqueos de caminos, las presiones y las amenazas. Las anormalidades se sucedían sin cesar. Nadie estaba en condiciones de poner orden en la administración pública.

"El Gobierno no tenía fuerza para poner atajo a los desmanes estimulados por un sindicalismo demagógico y politizado. Desapareció, por completo, el principio de autoridad.

"El peor error que se cometió y que constituyó el punto de partida para su total fracaso como gobernante fue aceptar y poner en ejecución las medidas económicas impuestas por el Fondo Monetario Internacional, a través del Dr. Víctor Paz Estenssoro y de su ejecutor en el gabinete, el Ministro de Finanzas Augusto Cuadros Sánchez".

Desde esos momentos comenzó a agravarse el malestar en el país. Sin embargo, la señora Gueiler Tejada se jactaba de esa proeza diciendo que sólo el valor y la firmeza de su gobierno, la indujeron a tomar semejantes medidas ya que los anteriores gobiernos no se animaron a ponerlas en práctica. ¡Cuán equivocada estaba la pobre señora! Por semejante determinación vivió en un permanente estado de intranquilidad durante su mandato presidencial.

La COB era el organismo que consiguó asegurar un elevado poder de decisión. Imponía toda clase de medidas y el gobierno las ponía en ejecución sin vacilar. Tenía atribuciones ilimitadas en todos los problemas que confrontaba el país, aun los más complicados y técnicos. Decidía en muchos aspectos que no eran de su incumbencia sino del Ejecutivo exclusivamente.

El Parlamento que designó a la señora Gueiler Tejada le retiró todo su apoyo en un acto de inconsecuencia. El Dr. Paz Estenssoro tenía en sus manos los hilos del gobierno al que manejaba, desde fuera, de acuerdo con sus conveniencias. La Presidente, que pregonaba defender la democracia con su vida si era necesario, deambulaba en un total abandono, sin ninguna dirección fija y sin autoridad alguna.

El comentario general era de "pobre país en semejantes manos. Pobre nación con un Legislativo que no cumplía sus obligaciones, que comprometió el futuro de la patria con sus actitudes demagógicas e irresponsables". En el breve período presidencial, de

un interinato absurdo, se insultó como nunca a la institución armada. Se hizo de todo menos cumplir lo que establece la Constitución Política del Estado: legislar.

Por otra parte, las FF.AA. le imponían toda clase de medidas. Las presiones eran fuertes de parte del Alto Mando. Se la obligaba a dictar una serie de disposiciones, como ser el cambio de comandantes de Fuerza (Ejército-FAB).

Tal vez en esto hago una falsa apreciación, pero creo que cuanto ocurría, era que la Presidente, a fin de cuidar su elevado cargo y alcanzar la meta que decía haberse propuesto: presidir las elecciones más limpias de la historia, aceptaba las imposiciones del Alto Mando Militar y de la COB.

Concurría a todas las invitaciones que le hacían en las diferentes guarniciones del país para compartir con los militares algunos instantes de solaz y de esparcimiento, porque tal vez de esta manera podía calmar y apaciguar las ambiciones que estaban a punto de explotar.

El pueblo, al que no se puede engañar nunca, observaba esa lucha entre factores de poder: las FF.AA. y la COB. Esta situación debía definirse en un plazo más o menos breve. La COB iba preparando, con habilidad diabólica, la destrucción de la institución armada para establecer, nuevamente, las milicias populares con sus tribunales del pueblo y su Asamblea, como en otros tiempos.

La presión sobre el Gobierno era cada vez más intensa. En ese duelo de centros de poder, debía imponerse solamente aquel que asumiera la defensa franca y decidida de una nación que no acepta ideologías foráneas de ninguna clase.

Se llegó, como suele decirse, a la recta final con las elecciones del 29 de junio. Se inscribieron 73 partidos políticos con 14 candidatos a la presidencia y una Ley Electoral elaborada y modificada a toda velocidad, con tremendas contradicciones. Los que modificaron ese documento obraron con criterio netamente sectario y bajo influencias inconfesables. Los Poderes Ejecutivo y Legislativo se enfrascaron en estériles polémicas, defendiendo sus puntos de vista acerca de semejante legislación. Se dijo que todo el trabajo realizado en el Congreso fue modificado por el Ejecutivo. Sin embargo, con dicha ley se realizaron los comicios más controvertidos de nuestra historia.

Los resultados no se conocieron definitivamente pero se multiplicaron las acusaciones sobre fraudes. Hubo una maquinaria propagandística de grandes proporciones para intentar demostrar la "limpieza" de las elecciones. Se recurrió a la más moderna tecnología, según se dijo, para el recuento de votos pero ni con todo eso se pudo llegar a una feliz culminación. Hasta donde se sabía, la UDP aseguraba haber alcanzado ventaja sobre las otras candidaturas, sin llegar, empero, a la mayoría de ley. Le habría tocado al Parlamento, capaz de toda suerte de maniobras, elegir al mandatario entre los tres candidatos más votados.

El 17 de julio de este año surgió un gobierno estrictamente militar. De esta manera no se permitió que el Congreso se convirtiera, otra vez, en árbitro de los destinos del país. Había elegido dos presidentes interinos sin mayor justificación legal.

Los políticos, que perdieron las mejores oportunidades de poner en práctica la democracia que tanto predicaban, deben meditar en sus gravísimos errores. El pueblo se pregunta si han aprendido la lección.

PALABRAS FINALES

El 8 de agosto de 1979 —Centenario del Litoral Cautivo— entregué las insignias presidenciales, en el Congreso Nacional, al Dr. Walter Guevara Arze, elegido por el Parlamento como gobernante interino. Su mandato debía tener la breve duración de un año.

Las FF.AA. asumieron en noviembre de 1978 la responsabilidad de gobernar Bolivia en vista de que el país vivía en un clima de intranquilidad y creciente inseguridad. Con el propósito de evitar enfrentamientos, de imprevisibles consecuencias, la institución armada decidió intervenir, en forma inmediata, asumiendo la totalidad del poder.

El proceso electoral de julio de 1978, como dije anteriormente, significó una amarga frustración para el pueblo boliviano. Lejos de ser la expresión de una voluntad popular consciente, deseosa de cambio y de

una verdadera apertura democrática, sólo sirvió para poner en evidencia todas las fallas de una democracia enferma.

El pueblo se dividió en una serie de grupos, que si bien aparentaban demostrar interés por los problemas nacionales y apoyaban una verdadera vuelta al estado de derecho, no hacían otra cosa que ahondar diferencias, atomizando a la masa electoral y recurriendo a métodos inaceptables en un pueblo que se consideraba con suficiente madurez cívica.

Se imponía la necesidad de poner fin a las indecisiones de un peligroso juego político. Debían terminar las controversias estériles y demagógicas. Era preciso asegurar una adecuada continuidad administrativa y preservar los derechos individuales para conducir al país por caminos menos peligrosos que los elegidos por la política.

Lo que hicieron las FF.AA. bajo mi Comando el 24 de noviembre de 1978, se diferenciaba de otros movimientos revolucionarios porque no asumía la defensa de intereses de grupo. Respondía, única y exclusivamente, a la defensa de los grandes intereses patrios y a la voluntad de la nación. Dicha actitud contó con el respaldo total del país y mereció el respeto de las naciones que mantienen cordiales relaciones diplomáticas con nosotros. El reconocimiento de mi Gobierno fue casi inmediato.

Desde el primer momento, las FF.AA. expresaron, con la mayor sinceridad, su propósito de convocar a

elecciones generales en un término prudencial y entregar el mando presidencial, antes de retirarse a sus cuarteles, a quien fuera elegido por decisión popular, de acuerdo con los preceptos constitucionales.

La Junta Militar que presidí, cumplió ante el país y su propia conciencia, la alta misión que se había propuesto el 24 de noviembre, esto es, devolver al pueblo el pleno goce de sus derechos ciudadanos, la total libertad, paz social y concordia entre los bolivianos.

El Gobierno militar reconoció la necesidad de un movimiento sindical sano y vigoroso, alejado de las maniobras políticas y empeñado, más que en actividades demagógicas, en una defensa franca y honesta de los derechos de la clase trabajadora.

Respetó al sindicalismo pero no ocultó su preocupación por la creciente politización de sus cuadros directivos. Se dio perfecta cuenta de que al amparo de las leyes y con menosprecio de la legislación laboral, se precipitarían días difíciles para el país.

Mi Gobierno, además, al cumplirse 49 años de la Autonomía Universitaria, proclamada por otra Junta Militar, devolvió a las casas de estudios superiores toda su independencia, tan necesaria para el desarrollo de sus funciones específicas.

No olvidaré nunca el cordial y sincero recibimiento en la Facultad de Ciencias de la Salud y en la UMSA, cuando asistí a sendos actos universitarios. No escuché una sola voz de protesta ni observé actitud algu-

na de disconformidad con mi presencia. Por el contrario, en el diálogo abierto y espontáneo con catedráticos y estudiantes, se demostró mutuo respeto y, sobre todo, comprensión.

De esta manera, mi Gobierno hizo ver al país que respetaba a los verdaderos estudiantes, a la juventud que acude a los claustros universitarios para recibir una sólida educación y no para ser intoxicada con prédicas antinacionales.

Durante mi Gobierno, el respeto a la ciudadanía no fue un enunciado teórico y sin valor. La libertad era una realidad, no un mito. La vigencia de las leyes y de todas las normas jurídicas, propias de un país civilizado, constituyeron la base esencial de la estructura estatal y de la interrelación humana. Por eso, como dije en mi último Mensaje presidencial, pude hacer mías aquellas inolvidables palabras del Gran Mariscal de Ayacucho y decir que preferí "ser esclavo de las leyes y no el tirano o verdugo de mi propia patria".

Traté de gobernar Bolivia pensado sólo en la felicidad y la paz de su pueblo. Creo que cumplí con este propósito.

En todo momento pensamos en el ideal que es la misma vida para todos los bolivianos: volver al mar. "Hay instancias, lo declaré en diciembre de 1978, a las cuales puede recurrir Bolivia para que se resuelva, pronto y en forma definitiva, uno de los más grandes problemas continentales que preocupan a América".

Las FF.AA. de la Nación son el pueblo, de uniforme. Por ello asumieron una gran responsabilidad en forma consciente, más allá de circunstancias momentáneas. Se proyectaron con sentido histórico de elevado contenido patriótico, que será juzgado con mayor objetividad por las generaciones que marchan apresuradamente para ocupar su lugar en la conducción de los destinos nacionales.

Sin embargo, pese a nuestra preocupación por los problemas vitales del país, que no pueden ser resueltos de la noche a la mañana o mediante fórmulas mágicas, la infamia de los enemigos de las FF.AA. no se detuvo ante nada. Bastaría citar, solamente, dos hechos: Karachipampa y la adquisición de arroz paquistano.

Dentro de poco tiempo, Karachipampa será una realidad altamente beneficiosa para el país y no la pesadilla que presentaba y aun presenta la demagogia. Ya se habló demasiado sobre este complejo por lo que no deseo entrar en mayores detalles. Hay una amplia documentación al alcance de toda la ciudadanía para darse cuenta de lo que significa esa obra.

Confío en que al iniciarse los trabajos en este importante centro metalúrgico, desaparezcan definitivamente las calumnias de quienes recurren a todas las armas para pretender manchar, inútilmente, el buen nombre de las FF.AA.

Con espíritu destructor y odio ilimitado, se utilizó el asunto de la compra de arroz paquistano para tratar de difamar a mi Gobierno. La verdad se ha im-

puesto y nadie ha sufrido o muerto por haber consumido este producto, importado en momentos difíciles para el pueblo. Sólo la malevolencia más enfermiza, llevada al extremo, pudo precipitar una campaña tan difamatoria como carente de todo respaldo.

El tiempo colabora estrechamente con la justicia y no se debe esperar mucho para que se imponga la verdad, pese a todas las maniobras y acechanzas de quienes se valen de la calumnia y tratan de levantar un pedestal que, al final de cuentas, está construido con barro.

Estos Apuntes no constituyen un balance de mi Gobierno. Son, apenas, una contribución a la historia. Quienes investigan la vida del país y de sus conductores, tienen ahora un punto de partida con mis declaraciones, en asuntos en que intervine en forma directa.

No pretendo justificar mis actos porque no necesito de justificación alguna. No defiendo mi conducta porque no tengo nada de qué defenderme. Digo la verdad que, tal vez, pueda lastimar a algunos camaradas. Si callara y prefiriera un cómodo silencio, dejaría de cumplir un deber, porque en la vida de los pueblos es siempre necesario analizar, franca y valientemente, los errores para evitar que otros puedan repetirlos.

Para finalizar, quiero pedir a mis conciudadanos y en especial a mis camaradas, que hagan frente, con máxima entereza, al desafío del destino en la hora actual.

Debemos emprender juntos la difícil y grave tarea de asegurar la marcha para alcanzar los objetivos tan anhelados por la ciudadanía.

Los bolivianos que aman realmente a la patria y son capaces de cualquier sacrificio por asegurar su grandeza, están obligados a unirse disciplinadamente y hacer desaparecer todos los factores que pudieran desunirlos.

Con gran fe en el futuro, estamos empeñados en la gigantesca tarea que toca a gobernantes y gobernados, civiles y militares: trabajar con fe, con audacia y unidad por el progreso de Bolivia, entregándole todas nuestras energías sin poner límites de ninguna clase, sin oportunismos vergonzosos ni condicionamientos indignos de un pueblo que mira de frente y sin temores al futuro.

Para concluir, quiero repetir algunas frases que que pronuncié ante el último Congreso Nacional, reunido el 8 de agosto de 1979:

"Quiera la Divina Providencia, inspirar todos nuestros actos para conducir a la Nación por un camino de paz y de comprensión, de sincera unidad entre todos los bolivianos".

"El momento es difícil y los problemas son de gran magnitud, pero si todos los ciudadanos saben obrar con ecuanimidad y dedicación patriótica, se podrá hacer que sean menos críticas las horas que nos esperan".

En las tareas de Gobierno conté con la decidida e ilimitada cooperación de distinguidos camaradas cuya obra es recordada, por mí, con afecto y gratitud.

Estamos reconstruyendo al país. Emprendamos esta tarea sin vacilaciones, utilizando los mejores materiales. Así tendremos mañana la Bolivia con que siempre hemos soñado y que el pueblo, junto con sus Fuerzas Armadas, están forjando con la máxima decisión.

Diciembre, 1980.

Gral. Div. David Padilla Arancibia

DATOS BIOGRAFICOS

Lugar y fecha de nacimiento:	Sucre, 13 de agosto 1927
Padres:	Roberto Padilla Lazcano Honoria Arancibia de Padilla
Hijos:	Lourdes Padilla Chávez de Balcázar Alberto Padilla Chávez Alfredo Padilla Chávez
Esposa:	Marina Goytia de Padilla
Estudios: Primaria:	Escuela "Daniel Calvo", Sucre
Secundaria:	Colegio Nacional "Junín", Sucre
Ingreso al Colegio Militar:	13 de diciembre de 1943
Egreso del Colegio Militar:	Diciembre de 1948

ASCENSOS

Al grado de Subteniente:	Según Orden General diciembre 1948
Al grado de Teniente:	Según Orden General enero 1953
Al grado de Capitán:	Según Orden General diciembre 1956
Al grado de Mayor:	Según Orden General diciembre 1961

Al grado de Teniente Coronel:	Según Orden General diciembre 1966
Al grado de Coronel:	Según Orden General diciembre 1970
Al grado de General de Brigada:	Según Orden General diciembre 1975
Al grado de General de División:	Según Orden General diciembre 1978

DESTINOS

1949	Enero:	Al Arsenal Central Fuerzas Armadas
	Noviembre:	Reg. "Rocha" 10 de Infantería en Mutún y San Juan
1950		Ratificado en el anterior destino
1951		Reg. "Rocha" 10 de Infantería en Roboré, Fortín Suárez Arana
1952		De enero a marzo, ratificado en el anterior destino
	Abril:	Al Reg. "Pérez" 3 de Infantería en Corocoro (herido en la revolución del 9 de abril)
	Mayo:	Reg. "Riosinho" en Cobija (no me incorporé por enfermedad)
	Agosto:	Reg. "Waldo Ballivián" en La Paz
	Octubre:	Reg. "Warnes" 10 de Infantería en Roboré
1953		Ratificado en el anterior destino
	Junio:	A Jefatura Territorial Nº 3 en Santa Cruz
1954		A Reg. "Manchego" 12 de Infantería en Santiago de Chiquitos
1955	Enero/Junio:	Comandante Puesto Militar en San Matías

	Julio/Diciembre:	Reg. "Montes" 7 de Infantería, San José de Chiquitos
1956		Como alumno de la Escuela de Armas "Gral. José Ballivián" en Cochabamba
1957		Escuela Militar de Clases "Max Paredes" en Sucre
1958	Enero/Junio	Ayudante del Ministro de Defensa Nacional
	Julio/Diciembre:	Fort Gulick (Panamá), Curso de Comando y Plana Mayor
1959		Edecán de S. E.
1960		Mismo destino (Prefecto Departamento Pando)
1961		Edecán de S. E.
1962	a 1964:	Becado en la República Argentina en la Escuela Superior de Guerra
1965		Escuela de Comando y Estado Mayor, Cochabamba, como alumno
1966	Enero/Junio:	Comando de la IV División en Camiri como Jefe de Secc. II y III
	Julio/Diciembre:	Comandante Reg. "Bullaín" 4 de Artillería en Choreti.
1967		Como Comandante Reg. "Campos" 6 de Infantería en Carandaytí.
1968	y 1969	Comando General del Ejército (Dpto. III como Jefe de Sección)
1970	Enero:	Comando VI División Ejército en Riberalta como Jefe Sección IVª.
	Octubre	Comandante Re. "Méndez Arcos" 24 de Infantería en Challapata
1971		Ratificado en el anterior destino

1972		Jefe Estado Mayor Primera División Ejército
1973		Ratificado en el anterior destino y alumno Escuela Altos Estudios Militares
1974	y 1975	Jefe Departamento II Comando General Ejército
1976		Comandante IV División en Camiri (no me incorporé por enfermedad)
	Septiembre:	Presidente del Tribunal Permanente de Justicia Militar
1977		Comandante de la III División de Ejército en Villamontes
1978	Enero/Julio:	Comandante Segundo Cuerpo Ejército en Santa Cruz
	Julio/Noviembre:	Comandante General del Ejército
	24 Noviembre:	Presidente de la República y Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas de la Nación
1979		Misma situación anterior
1980		Destino a la Reserva Activa por haber cumplido 31 años de servicios ininterrumpidos en la carrera de las armas.

La presente edición de "DECISIONES Y RECUERDOS DE UN GENERAL", se terminó de imprimir el día 15 de Febrero de 1982, en los Talleres de Empresa Editora "URQUIZO" S. A., en la ciudad de La Paz — Bolivia.

(Viene de la solapa anterior)

Las Fuerzas Armadas reaccionaron con energía y sin vacilaciones para poner fin al carnaval político y las crecientes provocaciones. El 24 de noviembre se demostró, una vez más, la firme vocación nacionalista de la institución tutelar de la patria.

Esta obra del General Padilla Arancibia es una valiosa y oportuna contribución a nuestra historia. El militar que dejó el Palacio de Gobierno en medio del respeto de todos, hace conocer muchos hechos importantes y desconocidos de la vida de Bolivia en los últimos treinta años. Emplea un lenguaje sencillo, propio del soldado de vocación, sin adornos literarios ni afanes publicitarios. Dice la verdad, serenamente, y es posible que algunas personas se sientan heridas en su vanidad personal. Pero la intención del ex-Presidente no es precipitar enconos, reabrir heridas u originar polémicas. Cumple su deber como militar y como boliviano. Si yerra en sus juicios, precisos y categóricos, ahí están el pueblo y la historia para rectificar tales apreciaciones.

Esta lección de civismo, afirmada en treinta y un años de servicios a la nación, debe ser escuchada con respeto y, sobre todo, con sincero espíritu bolivianista. La mayor parte de los males de Bolivia tienen origen en la falta de memoria de su pueblo.